

Ya somos muchos en este zoológico

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

EMILIANO PÉREZ CRUZ

Ya somos muchos en este zoológico

Prólogo

JOSEFINA ESTRADA

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Ya somos muchos en este zoológico

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Emiliano Pérez Cruz

ISBN: 978-607-495-278-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/73/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRÓLOGO

Emiliano Pérez Cruz nació el 8 de agosto de 1955 en la ciudad de México. Estudió periodismo y comunicación colectiva en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En 1975, obtuvo el primer lugar del concurso convocado para celebrar el vigésimo quinto aniversario de la Facultad, con el cuento “Que no ves que soy Judas”. Desde ese primer texto se hizo patente el estilo, los personajes y los ambientes que le darían un lugar destacado en la literatura mexicana; el crítico veracruzano, Mario Muñoz señala: “Sin caer en la conmisericordia por la situación infrahumana de los seres que describe, y dotado de una sorprendente habilidad para manejar la violencia en sus más variados registros, Pérez Cruz ha conseguido gestar una literatura apasionada y desafiante en la que ha desaparecido la línea divisoria entre el bien y el mal para entregarnos un mundo de pesadilla donde, a veces, también pueden existir el humor y la ternura”.

En 1977, Pérez Cruz escribió su segundo cuento “Todos tienen premio, todos”, el cual le permitió obtener la beca Salvador Novo del Centro Mexicano de Escritores. Este texto ha sido recopilado en diversas antologías; la más conspicua es la de Seymour Merton, *El cuento hispanoamericano*. Desde ese año, Pérez Cruz ha venido colaborando en los suplementos y revistas culturales más importantes del país.

Pérez Cruz nació en la colonia Santa María la Ribera, en la calle Sor Juana Inés de la Cruz, pero buena parte de su vida transcurrió en Ciudad Nezahualcóyotl —también conocida como Lomas del Terregal, Minezota, Nezahualpolvo, Nezahualodo o Nezayork—, donde su familia fue fundadora. Los entornos de la infancia y adolescencia están íntimamente ligados en la literatura y en los relatos autobiográficos de Emiliano. Así se podrá constatar en la mayoría de los textos de *Ya somos muchos en este zoológico* donde se reúnen 18 relatos, los cuales se encontraban dispersos en suplementos culturales, revistas, blogs y antologías, incluso en *fanzines* que los jóvenes editan para difundir sus preferencias.

En el primer texto “A modo de introito: guía de lectura” el autor hace una remembranza de su padre, Serafín Pérez Morales, quien falleció el 3 de octubre de 2012, a nueve días de cumplir ochenta y dos años —había nacido el 12 de octubre, Día de la Raza, de 1931—. Pérez Cruz considera que sus “alas para cuentear a la gente” y la fascinación por contar historias le viene de las noches en que su padre les narraba a sus tres hijos la vida campesina en Contepec, Michoacán.

Desde entonces, el autor se acostumbró “a leer las páginas de esos libros vivos que son los seres humanos; sobre todo, la de esos libros que son los humillados y ofendidos, los más desposeídos que habitan este país”. En este texto, también nos narra su aprendizaje de las primeras letras y su posterior encanto por la lectura, la de los libros de texto y la de las revistas ilustradas que cada semana le obsequiaban su abuela y su tía, quienes trabajaban como sirvientas en Polanco. El texto concluye cuando el niño Emiliano compra sus dos primeros libros de literatura: *Historias de hospital* y *Tropa vieja* de Francisco L. Urquiza.

El relato, “¿Qué tiene Nina, mami?”, tiene como escenario el mercado del barrio donde una loquita fue violada y engendra al ser al cual los locatarios desean adjudicar al acomedido retrasado mental. En “Amores fingidos” el autor recuerda al Charro, dueño de una marrana que idolatra y con quien bebe cerveza. En “Tepacalte de piñata”, Emiliano recrea la atmósfera de la Navidad, las posadas y las peleas callejeras entre niños. El cuento “Terrompotucotón” es la historia de una mujer de antigua belleza tropical, Praxedis, cuyos mejores años se consumieron en el esfuerzo por sobrevivir en la marginalidad; el nombre del relato es el canturreo reiterativo y eterno de las palomas.

Las vicisitudes de la adolescencia en la pobreza se abordan con crudeza en “El indomable... casi”. En “Como de novela” se recrean las fantasías eróticas de dos jóvenes universitarios; ella es una joven de clase alta, y él, sirviente de su casa. En el texto “Canciones infantiles” hay un diálogo de jóvenes que cuentan, en una justa de albuces, sus pintorescas aventuras sexuales; aquí el autor confirma su profundo conocimiento del habla popular, que deviene pirotecnia.

En “Un gato loco en la oscuridad”, “Estarás en tu casita”, “Pon esas manitas sobre el teclado” y “¿Me explico?”, Emiliano muestra la errática, enloquecedora y obsesiva conducta de los amantes. La realidad del mundo carcelario se revela en dos relatos: “Oscura sonrisa de alegría” y “Gallofero”.

El cuento que da nombre al conjunto, “Ya somos muchos en este zoológico”, y “Julietta”, confirman lo que el dramaturgo Tomás Espinosa escribió acerca de la literatura de Pérez Cruz: “Emiliano teje y desteje un discurso rico, rítmico, musical, donde casi no hay hueco o pausas, tejedor de tramas del juego de palabras e imágenes visuales, verbales, auditivas... Y su verbo es la revancha para hablar de todos los temas, de todas las

malas landres o tumores de la sociedad”. Estas características son evidentes en “Entre amazonas”, donde una pareja se vale del engaño para poder utilizar el metro de la ciudad de México en las horas pico y viajar hasta su centro de trabajo, usurpando un sitio en el área destinada a las mujeres, amazonas siempre dispuestas a la defensa de su territorio ante las incursiones masculinas. El último texto del libro es un relato-carta dirigido a su nieta Ximena, quien vino al mundo el 30 de abril, Día del Niño.

En la lectura de este libro podrá constatar el juicio del crítico literario Christopher Domínguez Michael: “Quizá el mayor éxito del coloquialismo urbano de los últimos veinte años sea la obra de Emiliano Pérez Cruz. Lejano a las figuras legendarias y de su protección retórica, Pérez Cruz es un narrador natural, para quien lo popular no es una impostura ontológica sino una escena literaria. Su oído está en la tradición de Garibay y de Ramírez, pero recorre las calles de la Ciudad de México con una inusual pertinencia dramática... Es quizá el cuentista de la ciudad más notable de su generación”.

JOSEFINA ESTRADA

Ya somos muchos en este zoológico

*A la memoria de mis padres, Serafín Pérez Morales
y Teresa Cruz Galindo*

Para mis hijos Juan Pablo, Emiliano, Jerónimo y Rodrigo (qepd)

*Para mis tíos Fernando Galindo, Consuelo Reséndiz,
Rafael Santiago Galindo, Epifania Godoy
y familia que les acompaña*

Para mis hermanos Alfredo, Ricardo, Teresa, Elena y Pilar

Todo,
todo,
en el aire,
en el agua,
en la tierra,
desarraigado y ácido,
descompuesto,
perdido.

[...]

Como si no existiera más que el sudor y el asco;
como si sólo ansiáramos nutrir con nuestra sangre
las raíces del odio;
como si ya no fuese bastante deprimente
saber que sólo somos un pálido excremento
del amor,
de la muerte.

OLIVERIO GIRONDO

“Hazaña”

A MODO DE INTROITO GUÍA DE LECTURA

*A la memoria de mi padre, Serafín Pérez Morales:
octubre 12 de 1931- octubre 3 de 2012*

2 de octubre no se olvida. El día siguiente de este 2012, tampoco: murió mi padre, a nueve días de cumplir los ochenta y dos años de edad, el Día de la Raza. *Diabetes mellitus* para un hombre que para nada fue dulce, aunque sí alegre, fiestero, platicador de tiempo entero, rudo, amargoso, ojoalegre, chofer, campesino andrajoso y analfabeta del campo a la ciudad, de los primeros pobladores de Nezayork, memorioso, *añorante* del rancho en El Pino, Contepec, Michoacán, donde ahora reposa en compañía de su padre, Bernardino Pérez Castro, en el poblado de Dolores.

—Se cayó otro grano de la mazorca. Ya quedamos pocos Pérez —dijo mi tío Ismael Pérez Pérez, su hermano.

Y yo recordé un texto donde me acordaba de él, de mi padre, mi apá, don Sera...

* * *

Dicen, en las relaciones amorosas: que cuando la fuerza mengua, para eso está la lengua. Y como de la lengua nace el amor, yo espero que me amen mucho y entonces ejercitaré la de sin hueso, como nombraba a la lengua don Gabriel Vargas en *La familia Burrón*, esa historieta inolvidable que nos da pie a entrar en esta guía de lectura.

Han de saber que a uno le dio por la lectura en aquellos tiempos de la prealfabetización, por curiosidad y aburrimiento y porque (ya lo dijo Henry Miller) hay personas que son libros vivos...

Entonces uno empezó a leer a estos seres que poblaban nuestro entorno, antes de empezar a deletrear las primeras sílabas.

La infancia fue, ni duda cabe, destino: en casa la sobremesa nocturna la presidía don Serafín Pérez Morales, quien se dice mi padre y a quien no le queda más que aceptarlo. Don Sera fue dotado con una envidiable habilidad para envolvernos con sus historias del rancho, ubicado allá delante de Maravatío, por El Pino, despuesito de los mogotes donde comienzan los acebuches y las guardarrayas, tantito antes de por donde iban a colgar a tu abuelo Venado —esto fue cuando los cristeros y los agraristas y el reparto de la tierra, cuando la dotación de los ejidos—, que su nombre verdadero fue Bernardino Pérez Castro, el padre de todos los Pérez de por allá y pue'que de hasta San José Buenavista, con eso de que luego se iba en solitario a ranchar allá por donde muchos de los hombres se iban de espaldas mojadas, que después fueron los mojados a secas o los mojarras que les nombran ahora, hoy en día, con tus primos de Nueva York, de Miami Beach, de Los Ángeles...

Con un padre así, cómo no le iba a salir cuentero alguno de los hijos. Imagínense una cocinita de tres por tres metros, negreada por el tizne de los quinqués y de la estufita de petróleo donde todas las noches mi madre hervía en una olla de barro agua para el café Algusto y calentaba la estancia:

Para el frío
para el calor

Café Agosto
es lo mejor

En esa cocinita estaba la mesa que don Serafín elaboró con madera de cimbra, de esa que desechan los albañiles luego que colaron trabes y losas; a como Dios le dio a entender y tan rústico como es don Serapio, rústica le resultó la mesa clavada y clavacoteada con clavos de tres pulgadas, “para que no baile a la hora de cucharear los frijoles”, se justificaba el chofer habilitado como carpintero.

Esa mesa lucía el mantel de cuadrillé bordado en punto de cruz por mi madre, doña Tere, después *la Gordis* para todos sus bodoques. Cuadrillé que aprendió a bordar para solaz de sus horas de ocio.

Una vez que terminábamos de cenar, se levantaban los platos y se servía el café, “menos para los chamacos porque si no, no se van a dormir”, y entre sorbo y sorbo y una remojada para ablandar el pan de dulce duro en el café de olla. Don Sera mañosamente metía la aguja y sacaba la hebra de algún relato de allá, del rancho enclavado en el municipio de Contepec, Michoacán, municipio vecino del de Epitacio Huerta, donde ahora dicen que abundan los mariguaneros y los uniformados de verde les dan la protección...

Así, mediante los relatos de don Serafín, mi padre, mis hermanos y yo nos habituamos a leer las páginas de esos libros vivos que son los seres humanos, sobre todo las de esos libros que son los humillados y ofendidos, los más desposeídos que habitan en este país. Nos enterábamos de la vida del campo, del ciclo de la siembra hasta la cosecha, de las lluvias que nutrían la milpa o los aguaceros y granizadas que daban al traste con ella; sabíamos de lo rudo que era ser hijo de campesino

obligado a trabajar desde antes de la madrugada y hasta después de la media noche, localizando y arreando vacas desbalaçadas, terneras que no debían quedar a merced de los coyotes, gallinas que debían preservar sus huevos ante el acecho de los tlacuaches y tejones.

Con esa literatura oral nutrimos nuestra infancia, obtuvimos educación sentimental, enriquecimos nuestro imaginario y lo incluimos en el colectivo. Sin embargo, el coco de “La leeeee-traaaaa con sangre entraaa” estaba a la vuelta de la esquina y era más hórrido que la Llorona y el Nagual, que la Bruja que se aparecía junto al camposanto o las bolas de fuego que flotaban sobre las tumbas...

La leeeee-traaaaa con sangre entraaa fue una realidad que inició con la llegada del *Silabario de San Miguel* a nuestra vivienda, en la entonces ciudad dormitorio desplegada sobre lo que después sería el municipio 120 del Estado de México, mejor conocida como las Colonias del ex Vaso de Texcoco.

Mi padre lo adquirió en alguno de los puestos establecidos a las afueras de las iglesias; en ellos vendían estampitas con imágenes de santos y vírgenes, escapularios y milagros, mirra e incienso, velas, devocionarios, catecismos y todo eso que aún se ve por el rumbo de La Merced y La Candelaria de los Patos, entre Anillo de Circunvalación y Francisco Morazán, entre Fray Servando y La Lagunilla.

Las noches de sobremesa se convirtieron en La leeeee-traaaaa con sangre entraaa, en sus fieros y espeluznantes capítulos que parecieran no tener fin hasta que el papá o la mamá tenían la certeza de que por fin cualquiera de sus bodoques sabía leer aquellas tiernas frases que auguraban un brillante futuro en las Letras Nacionales se Han Cubierto de Gloria: “Mi mamá me mima”, “Ese oso se asea, así se asea ese oso”, “Susi y su gato

Susú”, hasta la grandiosidad que significó leer de corrido, sin tropiezos y con la debida entonación los versos del sapito, que ahora sabemos fue escrito por José Sebastian Tallón y ahora a su disposición en internet, en la página de “Los niños saludables”:

Nadie sabe donde vive.
Nadie en la casa lo vio.
Pero todos escuchamos
al sapito Glo-Glo-Glo.

¿Vivirá en la chimenea?
¿Dónde el pillo se escondió?
¿Dónde canta cuando llueve
el sapito Glo-Glo-Glo?

¿Vive, acaso, en la azotea?
¿Se ha metido en un rincón?
¿Está abajo de la cama?
¿Vive oculto en una flor?

Nadie sabe donde vive.
Nadie en la casa lo vio.
Pero todos escuchamos
cuando llueve: Glo-Glo-Glo.

Fue grandioso leer de corrido y sin tropiezos. De aquí en adelante nos volvimos unos valentones, esperábamos con ansia, al inicio de cursos, los libros de texto gratuitos y el rico aroma que emanaban: papel, tinta, cartoncillo en los forros y sin épica sordina impresa la Patria impecable y diamantina, soberbia, de rostro indiado y tetas que ya quisieran los de la leche Alpura

para imprimir en sus envases tetra pack, de radiante piel morena emergiendo de entre la blanca tela de su vestimenta y con la bandera tricolor en ristre.

Entonces, en los libros de texto gratuitos nos dimos a la tarea de descifrar tradiciones y leyendas, descubrir la tortura de restar y dividir y lo chido que resultaba sumar y multiplicar y vaguear por las ciencias naturales y la geografía nacional y padecer el civismo posrevolucionario y en fin: la lectura ya nos la pelaba, nos la Pérez Prado o, ya envalentonados, nos la Pérez Cruz la lectura.

Y de los libros de texto a las historietas o cuentos (como les llamábamos antes de la sociología de la cultura de masas) sólo había un paso.

Mi abuela Yayis y mi tía Tanis, ambas secretarías domésticas en Polanco, o la Chapultepec Morales como se llamaba antes, llegaban todos los lunes a pasar su día de descanso con nosotros y además de llevar ropa para reusar, pan duro para los puercos, que éramos nosotros, bolsas de frijol, arroz, azúcar y de dulces y caramelos de mantequilla y de esos que ahora vocean en el metro como caramelos de Laposse. Tenían la fuerza y la paciencia necesarias para allegarnos cuantos cuentos adquiría el generoso doctor oftalmólogo don Heriberto Fernández Isasi, y luego de devorarlos los obsequiaba para que fueran a dar hasta lo que ya se empezaba a conocer como Lomas del Terregal, Minezota, Nezahualpolvo, Nezahualodo o Nezayork pa los cuates...

Los días lunes, día de catecismo para la bola de pingos que doña Natalia se propuso catequizar hasta llevarlos a la primera comunión, los tres hermanos que entonces éramos nos tendíamos boca abajo sobre el llano salitroso que los domingos servía de cancha futbolera, sede del invencible Huracán, equipo de la colonia Estado de México que recibía a los equipos visitantes

provenientes de colonias tan distantes como La Bondonjo, Martín Carrera, La Malinche, incluso Tepito.

Prófugos de la catequesis, salíamos del salón de puntitas, mientras doña Natalia, amodorrada por el calor vespertino dormitaba sin abandonar su sonsonete:

Dios te salve, a ti llamamos
Los desterrados hijos de Eva
Que aquí suspiramos
Gimiendo y llorando
En este valle de lágrimas...

Por la parte posterior arribábamos al llano y boca abajo oteábamos hasta descubrir a lo lejos el camión de pasajeros proveniente de La Merced con destino a la colonia El Sol, previa parada frente a la caseta de policía donde los cuicos, en calzoncillos, lavaban sus uniformes desteñidos a fuerza de fregar y fregar. Era el chimeco San Rafael-Aviación-Chimalhuacán-Colonias del ex Vaso de Texcoco, en su advocación o ruta Maravillas-Sol por la 7. Invariablemente, a las cuatro de la tarde de cada lunes paraba frente a la caseta y adivinábamos los pies de nuestras queridas parientas que llegan al terregal cargadas de tesoros, comida y lectura.

Entre la lectura destacaban: *Chanoc, aventuras de mar y selva, Santo, el enmascarado de plata, La familia Burrón, Los Supersabios, Rolando el Rabioso, El libro semanal, Nocturno, Rutas de pasión, Susy, secretos del corazón, Vidas ejemplares, El charrito de oro, Carta Brava, Islas Marías, La vida de Pedro Infante, La vida de María Félix*, además de periódicos de la semana, revistas, enciclopedias por entregas (un fascículo cada semana), y libros de texto de las escuelas confesionales donde hacía sus

estudios Heriberto y Tilita, los hijos de don Heriberto y doña Clotilde Fernández Beltrán. Entre los tres hermanos disputábamos quién se quedaba con cuál. Para la lectura, tan preciada lectura, había reglas y mi madre recurría a la pavloviana pedagogía del estímulo-respuesta: “Si no acaban la tarea, no hay cuentos”, “El que no acabe su quehacer, no tiene cuentos”, “El que no le dé su comida al perro ni atienda el gallinero, no tiene cuentos”.

Y como perros pavlovianos terminábamos la tarea, culminábamos el quehacer, le aventábamos sus sopas al perro (y de paso le dábamos dos-tres patadas), echábamos maíz y tortilla remojada a las gallinas y hasta cambiábamos el agua del bebedero de los conejos y les dábamos alfalfa fresca, sin yerbas que les empacharan e inflamaran la barriga.

Entonces sí, mientras pardeaba la tarde, el patio se plagaba de chamacos arrebatándose los cuentos y buscando una pared dónde recargarse y con toda la comodidad del mundo seguir las aventuras de Chanoc y Tzekub Baloyán en el mar, la selva, cercenando boas, montando jabalíes o enfrentados en la selección de fútbol de Ixtac contra la selección Resto del Mundo; Tzekub disputando el amor de las ninfas del bosque (gordas de más de cien kilates y lonja sobre lonja) a su ahijado, que ni las pelaba, empeñado como estaba en salvar a Ixtac de los malhechores o de los abusos de Puk y Suk, apoyado por el Negro Sobuca y por su compadre Patalarga, siempre avisado por la constante ingestión de la generosa bebida de moderación, el Cañabar.

Quienes preferían la vida urbana, entonces desconocida en las Colonias del ex Vaso de Texcoco, se introducían al universo deletreado e ilustrado por don Gabriel Vargas y su equipo en *La familia Burrón*. Cómo olvidar a los integrantes de esa familia: doña Borola Tacuche de Burrón; su esposo, Regino Burrón, padres de Macuca y El Tejocote y del adoptivo

Foforito Cantarranas, hijo del borrachales Susanito Cantarranas, novio de la divina Chuy, ambos parroquianos frecuentes de la pulquería de su preferencia donde le metían con fe al babadry, tlachicotón, caldo de oso al que sólo le falta un grado para ser carne proveniente de los magueyales de San Cirindango de Las Iguanas, territorio habitado por los caciques Juanón Teporochas y Briagoberto Memelas, contraparte rural de La Coyotera, suburbio de casuchas y calles sin pavimentar donde campeaba la miseria y en ocasiones Satán Carroña.

En los cuentos o historietas, como en la literatura oral que nuestro padres nos transmitieron, también obtuvimos educación sentimental y una visión más amplia e imaginativa del mundo, de la realidad, de la historia, de los conflictos de clases, del delito (Ruperto Tacuche, hermano de Borola, le hacía al dos de bastos) y del oficio en el cual uno caería quién sabe por qué: el de la escritura como una posibilidad de asir, de hacer, deshacer y rearmar al mundo como habíamos aprendido en esas lecturas incipientes donde también aparecieron las fábulas de Samaniego y Tomás de Iriarte, *Los tigres de la Malasia*, de Emilio Salgari, los *Clásicos de oro ilustrados*, donde descubrimos en historieta a Edgar Allan Poe, *El Quijote*, *La vuelta al mundo en 80 días*, y tantas y tantas historias que se volvieron lectura seria, o más seria cuando acompañamos a la abuela Yayis y a la tía Tana a la terminal de autobuses de donde salían flechas rumbo a su pueblo, Jonacapa, municipio de Huichapan, Hidalgo.

Pasarían allá sus vacaciones y antes de la despedida fueron más generosas que de costumbre y a cada uno de los nietos nos dieron diez pesos de domingo. Un dineral. En la terminal, a la entrada de la farmacia se ubicada un pequeño quiosco que exhibía la colección de los Populibros *La Prensa*, editados por el diario del mismo nombre. Ahí, sin que nadie me lo ordenara y

sin que me doliera el codo, adquirí dos libros de bolsillo que me causaron profunda sorpresa: *Historias de hospital* y *Tropa vieja*, escrito por Francisco L. Urquiza, general que fue durante la revolución y que plasmó en ese texto las historias de los Juanes que tanto se parecían a los Juanes de siempre y a los que están por venir.

Pero eso ya es literatura en serio y el tema es nuestro particular placer por la lectura, la lectura de tantos y tantos materiales, nuestros clásicos, que nos dieron alas para cuentear a la gente. Nomás.

¿QUÉ TIENE NINA, MAMI?

I

El vientre de Nina parece próximo a reventar.

Nina pasea sus ratos de ocio por los pasillos del mercado. Don Lauro, decano entre los carniceros, la detiene para obsequiarle un par de bisteces, una caricia en el abultado vientre y unas monedas.

—Ve con doña Eve para que te los ase con un par de papas, jitomate y cebolla rebanada. Te compras un refresco y cuando acabes me traes una comida corrida. ¡Pero muévete m'hijita, que ese chamaco tiene que salir bien alimentado!

Nina parte carrera hacia el puesto donde doña Eve instaló su cocina económica. La cabellera, suelta hasta la cintura, se prende al aire matutino como un abanico ondulante, de sedosa negrura.

—¡No corras, muchacha de porra, que te vas a despanzurrar! —grita alarmada doña Chalía, una de las locatarias. Pero Nina no escucha más que el golpe seco de las plantas de sus pies, desnudos, contra las frías losas del pasillo.

II

La descubrieron dormida, hecha rosca al fondo del mercado, sobre la montaña de basura proveniente de cada uno de los puestos. La noche anterior llovizó, y con el sol de la mañana el basurero despedía un intenso aroma de podredumbre, dulzón, etéreo.

—¡Levántate, muchacha atrabancada: vas a pescar una infección, alguna pulmonía! —la zarandó doña Tina.

—¡Mire, Tinita: esa sangre no es de su luna! ¡Qué se me hace que a esta escuincla ya la desgraciaron! —observó la Güera—. ¡Perros, ni a las atarantadas respetan!

Fueron La Güera de la florería y doña Tina, la del puesto de alfalfa, quienes dieron aviso al párroco de la colonia y convencieron a Nina para que las acompañara al dispensario médico de la iglesia.

III

Como el doctor sólo asistía por las tardes, el padre trepó a su destartalada bicicleta Windsor; fue hasta la clínica comunitaria por un pasante de medicina, mientras las mujeres limpiaban la sangre hecha costras en la entrepierna de Nina.

—El aprendiz de matasanos dijo que sí, que habían violado a Nina la loquita y que diéramos parte a las autoridades —propaló al viento la Güera.

—Levantamos un acta y la Güera quedó de ver si la Nina menstruaba o no —comadrea doña Tina con sus amigas de la

Congregación de San Roque—, pero le perdimos la pista como tres meses y cuando la volvimos a ver, ya tenía panza.

—¿Y a la madre, no la han localizado? —interrogó Coquito al tiempo que con sus dedos nudosos, artríticos, hacía la señal de la cruz—. Dios nos cuide, con tanto policia loco que anda suelto hay que encomendarnos a su divina sombra... Capaz que uno de ellos le hizo la cosa.

—Nadie sabe nada de ella —dijo Amelia la verdulera—. Le pesaba la hija, si no, ¿por qué iba a botarla así como así? Prefirió largarse con el condenado Comanche.

—¡Pero así le irá al par de briagos! —sentenció doña Lola, embozada con su rebozo de listas multicolores que contrastaban con la austeridad del templo.

—Lo que no tengan que hacer —las sorprendió la severa voz del párroco—, no lo hagan en la casa del Señor. ¿Acaso no tienen marido que atender... hijos que mandar a la escuela? La vida es corta y comer prójimo no es cosa que alimente. ¡Vámonos, vámonos de una vez! Si las necesito, mando por ustedes... y nomás no salgan con que tienen mucho qué hacer.

IV

Las dos mujeres, luego de cosechar dinero entre los locatarios del mercado, fueron al laboratorio para que Nina pasara los análisis de rigor; consultaron al sacerdote y decidieron que el vientre de Nina contenía un hijo de Dios y había que esperar el alumbramiento.

En el mercado hacían conjeturas acerca de la violación de la adolescente. Tenían en la mira al grupo de muchachos que por las tardes se reúne en la esquina de la iglesia para organizar un encuentro de fútbol callejero, tomar cerveza y vacilar a las chamacas que salen del templo.

—Alguno de éstos fue —afirmaba Coquito—. En la cara se les nota la maldad.

—Si por la cara nos fiáramos —replicaba la Güera—, a cuántos no le cargaríamos el abuso que le cometieron a la escuincla. ¡Hasta el buenazo de don Lauro andaría en el chisme! O su marido de usted, Coquito, que mientras limpia el mostrador o despacha los licuados, suelta la baba ante cualquier escuincla... ¡Si bien que me lo tengo fichado! Y no diga que no, porque hasta desgreñadas le han valido a usted, Coquito, cuando le hace ver eso.

—Oh pues. Se me hace que los defiende porque sus chavales andan en la bola. Además, la vista es muy natural Güera —respingó Coquito—. ¿A poco me va a negar que Poncho el de los abarrotos no se la come con los ojos? Y usted bien que lanza miraditas de borrego a medio morir. No se haga, no se haga...

Pero nadie se atrevía a decir nombres. Especulaciones. Hipótesis. Habladurías. No más.

V

Los chiquillos del kínder, arremolinados frente a la paletería, veían a Nina trabajar como mandadera para granjearse un bocado: cargaba cubetas con agua o huacales o llevaba charolas con

comida a la carnicería, al puesto de mariscos, a la tortillería, al local de Planos y Proyectos, y no faltaba quien preguntara:

—¿Qué tiene en la panza Nina, mami?— para que le respondieran:

—Un tumor, m'hijo, un tumor...

—Ahhh...

—Pásele marchantita, pásele: ¿qué le damos?

—Veneno para esos infelices— respondía la clienta.

—Qué poca madre de cabrones, ¿qué tenían que meterse con la loquita? —exclamaba indignada alguna marchanta.

—Ya ve usted, marchantita: loca-locas pero bien que se coloca —rio Isaac, el muchacho de la pescadería; no el mayor (le dio por la religión de los Pentecostés y por divulgarla tocando de puerta en puerta), sino el que tenía la cara cubierta con plastas de barro coloraduzcos—. Yo llegué a verla con el Pato... Correteándose con ese menso, hasta que la alcanzaba y se le ponía encima. Y quién sabe si nomás la encaramaba con las garras puestas...

Para su mala estrella, el Pato interrumpió la conversación; por unas monedas ofrecía vaciar el bote de la basura (le gustaba seleccionar las escamas grandes y plateadas para jugar; también apartaba las vejigas de flotación).

El pescadero quiso divertirse a sus costillas, pero el Pato era retrasado mental, no pendejo.

—Conque tu mujer es la Nina, ¿eh Patito? ¿A poco te sirve el palito...? Y vas a ser papá, ¿eh?

La risa se le congeló al sentir el escupitajo en plena cara.

—Pendejé. Yo no... Hijo tuyú... Pendejú —reconvino el Pato.

Furioso, con los barro a punto de erupcionar, Isaac el pescadero le sorrajó un bagre en la cara; la nariz y la boca del Pato sangraron.

La marchanta pagó y dio media vuelta, sin reponerse aún de la impresión que tal violencia le produjera. Quedaron frente a frente el Pato y el pescadero, con el mostrador de por medio. Con bagres, huachinangos, cazones, lisas, sierras, mojarras y manojos de jaiba mediante.

—Pendejú... Pendejú... Hijo tuyú —gritaba el Pato babeando sangre. Pero nadie más lo escuchó.

VI

—¡Infames! ¿Ora qué va a ser de la criatura? —se preguntaban las fieles cuando Nina se ponía frente a ellas con la cesta de las limosnas, mientras el párroco repartía el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

—Pobrecita-pobrecita pero bien alegre que se ve —comentaban los hombres reunidos en el atrio, después de la misa dominical del mediodía.

—Si te van a violar, relájate y goza —bromeaba Amapola (la nieta del sacristán), chacoteando con otras adolescentes de la colonia, de pelo trasquilado y vestidas al igual que ella: botas con suela de goma (de dos pulgadas), blusa de colores chillantes y chaleco y pantalón con estoperoles a lo largo de las costuras. Nina venía hacia ellas sonriente, con la canastilla extendida.

—Ahí viene la taras —exclamó Pilla, pero de inmediato se llevó las manos a la cara porque el impacto del canasto fue seco en su frente; billetes y monedas se desparramaron por el piso

de tierra y a Nina, de pie, los ojos se le desmesuraron y llevó las manos al vientre.

Todo el mundo corrió a verla; los integrantes de la estudiantina abandonaron los instrumentos; el sacerdote se abrió paso entre el gentío, despojándose de la casulla, y tomó a Nina del brazo para llevarla al dispensario.

VII

La noticia se esparció como llamarada de petate, pero con el vuelo suficiente para llegar a la pescadería. Fue una falsa alarma, el médico recomendó a Nina que guardara reposo si no quería que su bebé no naciera, ni antes de tiempo; le dio una fuerte dosis de vitamínicos para en algo menguar su anemia crónica.

Pero desde entonces, los barros coloraduzcos de Isaac como que se han consumido; se le ve cabizbundo y meditabundo, pero no deja de parar la oreja cuando alguien menciona a Nina, la loquita de la colonia.

—Oye, Patito: ¿te gustaría ir al cine en la tardecita?

El Pato abre la bolsa donde vuelca la basura del bote de la pescadería. Ejecuta su labor en silencio y antes de cerrar la boca del recipiente escarba entre los desechos.

—Yo te invito, menso. Y luego me acompañas y nos echamos unas cheves bien muertas, ¿ya vas?

El Pato abandona su actitud y responde:

—Hijo tuyú... Loco tú... Emborrachas y loco tú... Loco tumbas a Nina tú... Pendejé, págame...

—Toma —extiende un billete el pescadero; enseguida añade casi entre dientes—: y ¡chingas-a-tu-madre! ¡Nomás hablas y chingas a tu madre, Patito! ¡Sáquese a picar el culo, taras hijo de la rechingada!

VIII

—¿Qué tiene en la panza Nina, mami? —interroga el niño.

—Un tumor —le contestan al robusto chiquillo que camina asido a la mano de su madre, con la mamadera en la diestra.

—¿También va a tomar mamila su tumor, mami? —insiste el chamaco, inexpresivo, cogido con fuerza.

—¡Qué despiertos nacen ya los chiquillos, ¿verdad comadre?!

—Ojalá y no me salga malentraña, como el que le hizo la travesura a la loquita... ¡Sería capaz de caparlo, por ésta que sí, comadre! —sentencia la señora y besa la señal de la cruz.

Isaac hace como que la virgen le habla.

A lo lejos, entre los puestos, asoma el vientre de Nina; luego aparece toda ella con una charola de comida, rumbo a la carnicería de don Lauro, su ángel de la guarda, dulce compañía: no me desampares ni de noche ni de día...

Isaac hace un esfuerzo, deja de salpicar escamas y murmura a las clientas:

—¿Qué tal que el viejito Lauro nos diera la sorpresa de que va a ser papá?

—¡Ya ni la burla perdonas, tú! Aunque... si la juventud quisiera y esta vieja pudiera —suspira una de las comadres—, no le hace: aunque te jieda a pescado...

—¡Ora, ora... No sea tan lanzada, marchantita! —respinga Isaac.

—Quien quita y hasta los barros se te curan con mi comadrita, Isaac, y sabe guisar rete bien —apoya la otra sin descuidar al chamaco que chupa y chupa la mamadera.

—No te faltaría una docena diaria de ostiones —embroma la comadre—. Aunque con todo y eso, enviude a los cuarentaicinco...

—Mami, ¿qué tiene Nina, mami? —interrumpe el chiquillo.

—Un tumor, mi niño, un tumor...

Isaac palidece. Los granos de su rostro fulguran; continúa con la lluvia de escamas y de reajo observa al Pato, ajeno al diálogo, éste hurga en el bote de la basura: busca escamas tornasoladas y la vejiga de flotación del huachinango que Isaac trae entre manos y le muestra, discreto pero amenazador.

AMORES FINGIDOS

Mi mamá estaba llorando en un rincón. Mi tío Fer vino a visitarla y así la dejó cuando se fue. Los tres hermanos nos acercamos a consolarla. Pero con su delantal ella secó las lágrimas, hizo a un lado la silla desvencijada y con mucho coraje nos dijo:

—Ahora sí: por cabrones escuincles desobedientes, se van a quedar sin bisabuela.

Yo no entendí qué quiso decir, pero mi hermano Alfredo, el mayor, creo que sí: nos hizo gestos y señas a Ricardo y a mí para que nos saliéramos y dejáramos a mamá en la cocina, que siempre olía a humo del petróleo quemado en la estufa; dejaba negras las paredes y las telarañas.

Salimos al llano y nos unimos a uno de los dos bandos que habían levantado trincheras con terrones. Nosotros siempre hacíamos ejército con los hijos del Charro. Tenían una puntería que siempre lucían atinándole a los rabos de los perros.

Las tecatas de lodo volaban de uno a otro lado y se estrellaban en las cabezotas —peladas casi a rape— que asomaban. Cada tiro acertado se festejaba a risotadas y cábulas y gritos de “pelón pelonete, hoy te atiné y mañana te muelo en un molcajete”.

Cuando llegó de trabajar, mi madre se puso de acuerdo con mi padre, recibió el dinero del pasaje, hizo maletas y en la madrugada —sin que nos diéramos cuenta— se fue un mes a Jonacapa, su pueblo pedregoso y seco.

La bisabuela Manuela murió, dicen, el día en que hice berrinche porque quería ir con mi mamá, alcanzarla, y mi padre se negó.

Con tres nalgadas la entendedora se me aclaró. Mi padre es zurdo y creo que toda la fuerza la concentraba en esa mano. Dejé de revolcarme y me limpié lágrimas y mocos; desde la mesa de la cocina, mis hermanos —bajita la mano— me hacían burla, lero-lero.

Cuando llegaba de trabajar, a eso de las seis de la tarde, mi padre pedía la cena. Ocupaba su lugar de costumbre en la mesa que él mismo hizo con tablas de cimbra y pintó de azul marino.

Frente a su plato de sopa humeante —esa me salía requetebién; Alfredo se encargaba del guisado y Ricardo preparaba el agua de limón—, mi padre perdía la mirada a lo lejos, mordisqueaba la tortilla enrollada y si acaso se le ofrecía algo, ahí estábamos los tres para acercárselo: que la sal, más tortillas, la jarra de agua de limón, otro poco de guisado...

Luego de cenar, junto a su cama dejábamos una tina con agua caliente y sal para que se lavara los pies. Como todo el día manejaba un camión, los pies casi se le cocían de tanto llevarlos junto al motor. Y le olían fuerte, fuerte. Se los enjuagaba con agua de yerbabuena. Dice que sólo así le descansaban.

* * *

El berrinche se me olvidó porque, antes de irse, mi madre nos encargó con doña Hortensia, la esposa del Charro. Fueron los días que más suave pasé en mi infancia, porque doña Hortensia nos dejaba brincar en las camas y siempre hacía huevos con longaniza y café con leche para el desayuno.

Mis dos hermanos y yo nos granjeábamos a la familia del Charro lavando el chiquero y acarreando agua. Sus hijos decían que los cochinitos eran la pasión de su papá, y quería montonales a Chenchá la marrana, porque en cada camada mínimo le daba ocho cerditos color rosa que entre todos arreábamos para que pastaran a la orilla del río Churubusco. No estaba tan contaminado, los domingos íbamos a la orilla a pescar y en vez de redes, metíamos nuestros sombreros de palma y salían con varios pececitos como charales: plateados-plateados.

Luego, ayudábamos a sus hijos en el quehacer y todo el día nos soltaban en el llano para que jugáramos lo que se nos antojara. A media tarde volvíamos a su casa y doña Hortensia nos ayudaba a desvestirnos para que todos nos metiéramos a la enorme pila donde acumulaba el agua de lluvia; también sus hijos entraban y era como una alberca donde nos refrescábamos de la asoleada.

El Charro trabajaba en el restaurante del aeropuerto y siempre llegaba con un resto de dólares que los gringos le daban de propina, pero como era bien pedo, todos los días iba con el Maistro, el dueño de la tiendita, y ahí se ponía sus buenos cuetes.

Una vez mi papá se encuetó con él. Decían que qué bueno que eran vecinos y se acordaban de su juventud en el campo y a cada rato decían salud y entrechocaban sus botellas de cerveza Victoria. Cantaban corridos y canciones rancheras, y el Charro era el que tocaba la guitarra. Me gustaba mucho una que decía:

Caminito de la sierra,
voy buscando al criminal, ayayay,
que mató mis ilusiones,
con su modo de mirar, ayayay.

La cárcel que le preparo,
si lo llegase a encontrar, ayayay,
es este corazoncito
que él no ha sabido guardar, ayayay...

Del resto de la canción no me acuerdo, pero sí de cuando el Charro y mi papá dejaron de cantar. Salimos, los hijos del Charro y nosotros tres, a buscarlos y los hallamos a medio llano, recargados espalda con espalda y la cabeza de uno sobre el hombro del otro, ronca y ronca, con la luz de la luna plateada pegándoles de lleno en la cara.

* * *

Al Charro, durante ese mes, se le metió la puntada de ponerlos a entrenar box a todos los chavos de por ahí cerca. Habilitó el patio como gimnasio y sólo respetó el chiquero de Chenchá.

Llenó unos botes con arena y cemento, les metió un tubo atravesado, y ya teníamos nuestras pesas. También colocó una especie de portería y colgó un costal con aserrín al que todos debíamos pegarle para endurecer los puños.

—Denle duro —nos decía y el coraje se le reflejaba en la cara picada de viruela—. Denle duro, como si fuera esta puta vida, hijitos, porque si orita está cabrona, cuando sean grandes, chiquita, no se la van a acabar.

Con un balón prisionero en su red hizo la pera-loca y con varillas y alambre recocido, los aros para columpiarnos y fortalecer los brazos.

—Aunque sea un José Medel o un Casius Cley tiene que salir de este establo —decía el Charro.

A las seis de la mañana llegábamos para el entrenamiento, nos poníamos los guantes y le dábamos duro a la pera y al costal. Siempre salía alguno con un ojo morado o con la nariz hinchada y con la sangre escurriendo.

Aunque hubiera ganadores y perdedores, el Charro nos igualaba a la hora del desayuno y en el patio le ayudaba a doña Hortensia a servir café con leche y panqués para todos. Llegamos a ser unos quince, formados cada quien con su vaso o pocillo.

Pero lo más suave era cuando sacaba a la enorme marrana del corral y nos daba chance de montarla por todo el llano. El chiste estaba en agarrarse a veinte uñas y no caer, porque la marrana buscaba morder y trompear al que azotaba, en castigo por habersele trepado al lomo.

* * *

Los hijos del Charro eran Juan, Román, Víctor, Polo y Alejandro. Una vez estuvimos todos muy tristes porque vimos llorar a doña Hortensia. Después muchas veces más lloró, porque cuando el Charro llegaba en las noches se la cateaba con ganas, y le decía que ya tenía otra vieja pero con zapatos.

Porque lo que sea de cada quien, el Charro bien que se llevaba con las señoras de la colonia, aunque medio que le tenían miedo porque siempre andaba con una pistolotota entre la cadera.

Pero esa vez que la vimos llorando fue porque Juan llegó con la nariz sangrante y un ojo de cotorra, morado...

Se lo había sonado el Mole, un cuate que vendía cuentos en los camiones y gelatinas en la colonia, tempranito en la mañana; Juan compró una y el Mole no le quiso dar cambio.

Como el hijo del Charro le reclamó, le dio una buena madriza y lo mandó sangrando a la casa. Entonces lo vio el Charro y dijo que cómo era pendejo, que en vano había gastado para que en el gimnasio aprendiéramos a defendernos; que todos éramos una bola de escuincles putos, buenos para nada; que no sabíamos meter las manos y que así no íbamos a ser nadie nunca, que todo mundo nos iba a agarrar de barquito de vela para sus diversiones.

Agarró a Juan a cinturonzos y le puso el otro ojo morado. Para que la bilis no le hiciera daño, mandó a que le compráramos unas cervezas y luego otras. Cuando se tranquilizó fue hasta el ropero, sacó una botella de tequila y la pistola; le puso tiros y se la dio a Juan, que seguía moqueando allá, por el corral de la marrana.

—Ten, ve y pártete la madre a ese cabrón y te traes las vitrinas con las gelatinas. Y cuidadito me hagas quedar mal, cabrón, porque te va peor.

Juan iba saliendo cuando vio que el Mole venía por la calle, muy quitado de la pena, ofreciendo sus gelatinas y saltando los charcos que la lluvia de la noche anterior dejó.

—¡Aaaaletinesssss! ¡Cuántas aaaaletinesss de agua y de leche! ¡Aaaaletinesssss y flanssss!

Traía una vitrina en cada mano y no perdía el equilibrio cuando con ellas brincaba pisando en las piedras que salían del agua, para no mojarse los pies descalzos.

—¡Mira papá —le dijo Juan al Charro—, ese fue... ese fue el que me pegó!

El Charro dejó la botella de tequila que llevaba en ese momento a la boca y salió a ver. El Mole venía chiflando, de tan sin culpa que se creía.

—Ahhh qué bien... ¡Pero ¿qué espera, m'hijo, que no le dispara al hijo de la chingada?! ¡Órale y sin fallar, que está caro el parque!

Juan se limpió una gota de sangre coagulada en su nariz, levantó el arma, apuntó con cuidado y nosotros nos llevamos las manos a las orejas, porque esperábamos un tronidazo meco.

Cuando Juan comenzó a jalar del gatillo, el Mole se paró en seco y al darse cuenta inmediata de sus intenciones puso las vitrinas sobre el lodo y si no hubiera sido por ese agachoncito que dio, el Juan se lo quiebra, de veras.

El tronidazo nos espantó a todos, hasta al Juan que ya empezaba con pelitos en donde les conté, y se metió corriendo a la cocina y se abrazó chillando a su mamá. El Mole nomás se llevó una mano a la oreja y pegó la carrera en zigzag, por si le tronaban otro cuete.

Qué se iba a acordar de las gelatinas y de los flanes.

El Charro aprovechó para gritarle, haciendo bocina con las manos:

—¡Qué pasó cabrón, ¿no que muy machito poniéndose con los más tilicos que tú?! ¡No le saque al plomo, hijo de la chingada, que es un boleto para hacerse de un cacho de tierra! ¡Cabrón miedoso éste! ¡Pa' que te vuelvas a meter con los Jiménez, desgraciado encajoso!

Todos los chamacos del barrio admirábamos al Charro, y más ese día, porque nos dio chance de suspender los entrenamientos para que fuéramos a recoger las vitrinas. Fue la vez que más me atraganté de flanes con rompopo, que el Charro mandó comprar junto con otro medio litro de tequila y más cervezas.

Pero las lágrimas de doña Horte, sentada en la mesa y con un cigarrillo en la boca que chupaba mientras limpiaba los

frijoles, hacían que se nos atragantaran flanes y gelatinas en el gañote.

—Pero chingada madre, vieja —gritona el Charro con la botella de tequila en una mano y la pistola en la otra—, ¿así cuándo se van a enseñar a hombrecitos esta bola de escuincles, si cuando tienen que defenderse tú te pones a chillar como Magdalena? Así n’hombre, qué va...

* * *

El Charro trabajaba en el restaurante de cuatro de la tarde a diez de la noche; sábados y domingos descansaba. Bueno, eso de descansar es un decir: el sábado, cuando el sol comenzaba a calentar, se iba a la tienda del Maistro y con Cato, el Catarino, el Chilaquil, don Palomo —esposo de la Pichona— y el de la Jefa, se ponían unas pedas de aquéllas y terminaban todos tirados en el llano.

Era entonces esto un llano, cuando todos conocían a todos y nuestros papás se ponían a platicar historias de la tierra de donde venían antes de aterrizar detrasito del aeropuerto, en el llano blancuzco de salitre; las mamás, en las tardes, sacaban una sillita al patio, sus canastas de hilo o estambre y se ponían a tejer y a bordar y a tijeretear al prójimo.

Nadie se espantaba de nada y no había el miedo de ahora, cuando ya somos millones de cristianos. Qué esperanzas que hoy viéramos al Charro como entonces, rumbo a la tienda con todo y marrana, porque la Chenchita era su consentida: más que su mujer —a la que de veras quería, sobre todo cuando no traía copas encima ni ella cigarro en la boca—, más que cualquiera de sus hijos o de nosotros, que éramos como sus hijos adoptivos.

La Chenchu no lloraba cuando el Charro llegaba borracho a su casa. Al contrario, llegaba con él y como el Charro siempre fue parejo, por cada cerveza que tomaba le daba otra a ella.

Al rato la Chenchu andaba gruñendo por el llano de lo peda que estaba ¡y sus peleas con los perros eran de verse! Pero a pesar de como anduviera, no abandonaba jamás a su dueño.

* * *

Entre semana, después de los entrenamientos y ante la mala puntería de Juan cuando la bronca con el Mole, al Charro le dio por enseñarnos a tirar con la pistola, un revólver calibre 38 súper.

Le decían el Charro porque siempre le gustó vestir de negro, con botas vaqueras y camisas texanas y cinturones de cuero bordado con tripilla y sombrero tejano de ante que lo hacía verse bien galán. Parecía el Águila Negra o El Zorro, pero sin antifaz.

Una vez se enfermó: le pegó la cirrosis y ya jamás se recuperó. Después se le vino una bronca más grande: la policía dio con él, que fue judicial y querían entamarlo porque dicen que debía las lesiones de un colega que en una noche de farra se le puso al pedo, se quiso pasar de vivo y por poco y se va a comer lombrices y pinacates a la tumba.

Tenía que darles una lana a los tiras para que no lo denunciaran. Pero lo peor fue cuando a doña Hortensia le cayeron los de Migración. Ella, aunque de madre mexicana, nació en Calexico, California y tenía la nacionalidad estadounidense.

Por eso se la llevaron; tuvo que irse. Fue esa la oportunidad que el Charro tuvo para desafanar la bronca de la tira. Después

que doña Horte se fue (más bien se la llevaron), agarró a sus chavos y sus triquis y se fueron a Tijuana.

Ella se encargó de pasarlos de uno en uno y ya nomás le faltaba él, pero quiso la mala pata que de nuevo le atacara la cirrosis... y murió.

* * *

Para mí que lo que de verdad mató al Charro no fue la cirrosis, sino la pena por la muerte de su marrana, la Chenchá. La quería un resto. No en balde se aventó la broncota aquella en la tienda del Maistro, nomás porque pasó un cuate por ahí cuando el Charro estaba bien briago junto con el animalote. Pidió unos cigarros, pero de repente la cuina se le dejó ir por el trasero y se le prendió a una nalga. El cuate volteó espantado y lo primero que se le ocurrió fue plantarle tremendo patadón en el hocico, con tan buena puntería que le voló dos colmillos al animal.

No lo hubiera hecho la bestia de hombre. Llegó el Charro y lo descontó; se quitó el cinturón y le acomodó una cintariza sabrosa al chavo aquel. Lo mandó a su casa sangrando y lleno de verdugones. Pero pus José no se iba a quedar con las manos cruzadas después de lo bonito y sabroso que le habían dado.

Me acuerdo retequetebien: era domingo y cuando menos pensaban los cuates que ese día chuparon con el Charro, llegaron tres carros con agentes y cinco patrullas con puro guardia rural armados con metralletas y rifles M-1, como si fueran a cazar a Al Capone.

Arriaron con todos para la cárcel de Texcoco, que era donde antes se arreglaban los asuntos legales de acá de este lado. Pero resulta que el Charro no estaba entre los que llegaron a TexMex, porque ese día le tocaba guardia en el restorán. Y ahí

tienen que los cuicos, endemoniados, averiguaron dónde vivía y jalaron rumbo a su jacal.

Claro que se había ido, pero a los tiras les valió: llegaron disparando a lo bestia, ametrallaron la fachada de la casa, rompieron a punta de hachazos el zaguán y a los chamacos los aventaron como si fueran basura. Vaya sustote que se llevó doña Hortensia. Y nosotros tres, que de ahí no salíamos. De un manotazo yo fui a dar sobre un macetón de helechos, caí en blandido. Desde entonces, ¡vieron qué respeto le tengo a la Ley! (Por mí, que se pudra.)

Los chavos se le abrazaban de las faldas a la doña y los más grandes quisieron armarla de tos, pero de volada los sometieron y se los llevaron, eso que eran menores de edad. Viva México. El Charro tuvo que dejar sus ahorros en TexMex, arreglándose por debajo del agua para que ya no la hicieran de emoción los de la Ley. Brrr.

* * *

Pero decía: lo que mató al Charro fue la muerte de su marrana. Y es que él tuvo la culpa. Como una vez se metieron los cacos a robarse las gallinas y de paso arrear con la puerca, tuvo que ponerle cerca de alambre al corral. Les había dicho a sus hijos que en la noche amarraran a la puerca y conectaran un alambre con electricidad a la cerca. Pero una vez que él llegó bien briago entró a sacarla, estuvo jugando buen rato con ella y después la metió a la pocilga y la dejó sin atar.

Al otro día la cuina estaba electrocutada. Para nosotros fue una pachanga porque Juan tuvo que destazarla, y como en las carnicerías no le creían que hubiera muerto por accidente, no la pudo vender y todos los chavos nos atascamos con carnitas.

A mí no me gustaban las orejas porque no las rasuraban bien, pero el Charro llegaba, me daba un coscorrón y decía:

—Ándele muchacho, no le tenga miedo al chicharrón con pelos, que de pelos siempre va a encontrar llena esta vida.

Que el Charro murió me lo dijo Javier, el hijo de doña Adelita, la única a quien le escribía doña Hortensia. Por las cartas se dieron cuenta de que estaba loca. Decía que le dijeran a don Víctor —que así se llamaba el Charro— que no se apurara, que ella había hablado con el presidente Kennedy y pronto lo iban a dejar pasar, puesto que estaba casado con una ciudadana de los Estados Unidos muy necesaria para el país, tanto como su marido y sus hijos.

Lo único que se olvidaba es que ella misma lo había enterrado allá, en la frontera. Llegó a escribir que el Charro quedó justo debajito de un huizache, como él siempre quiso. Pero la memoria traicionaba a doña Hortensia. O quién sabe, a lo mejor se le pegó algo de la locura del Charro, porque cuando se electrocutó la marrana Chenchá y todavía después que nos la comimos entre todos, el hombre salía al llano con la botella de tequila: un trago se empinaba y otro lo derramaba a su lado, como si le estuviera convidando a Chenchá.

La bola de chamacos andábamos detrás de él, cuidándolo, y sí hubo quienes afirmaron ver a la marrana abriendo el hocico y gruñendo de gusto por el trago recibido.

TEPALCATE DE PIÑATA

Para Manuel Blanco, qepd

Eran la infancia y la temporada navideña en un llano salitroso, con amaneceres de agua cristalizada por el frío; el rocío helado quemaba hojas de geranios, nochebuenas y malvones que mamá criaba en latas de chiles de La Costeña, alimentándolas con una mezcla de tierra negra y tierra de hoja, enriquecida con boñigas de vaca o cagarrutas de borrego que un recio moreno entrado en años, vestido de manta y calzado con huarache de llanta de cuatro correas, pregonaba:

—¡Tierra pa' las macetas, marchantita! ¡Tierra pa' las macetas! ¡Pinos, pinitos de Navidad y nochebuenas; abono natural de vaca lechera!

Era la infancia y la temporada navideña daba pie para el chantaje del tipo:

—Si no se apuran a su quehacer, no van a la posada de hoy...

Y ahí nos tienen a los tres carnalitos, mentando madres pero metiéndole fe a eso de lavar trastos, atender a las hermanas menores: qué, ¿ya vieron a la más chirris? Se hizo del dos y ora: un volado para ver quién le cambia el pañal; además, había que cumplir con las tardes de catecismo, hacer las sopas para el perro y servírselas en cuanto la noche se dejara venir; calentar la comida para darle de comer al padre y poner sobre la estufa de petróleo la olla para que la madre hiciera el atole de avena que todas las mañanas, a regañadientes, debíamos ingerir...

Pelados casi a rape, por aquello de no vayas a darle asilo a los piojos y luego cómo los sacas del greñerío, el frío amorataba las orejas y nos tenía sorbiendo mocos que el viento helado congelaba en los cachetes de los más chicos que asistían a las posadas.

Dando las siete, ocho de la noche, pelábamos gallo hacia donde, nos habían dicho, saldrían los Peregrinos. El llano se iba llenando de escuincles desarrapados, apenas cubiertos con chamarras desgarradas adquiridas en los puestos de relingos del mercado de San Juan Pantitlán.

—¿Y a ustedes quién los invitó, trío de pelones de hospicio? —nos topó en una peregrinación Samaniego el Sarampión. Obvio: se ganó este apodo por su manía de ponerse al tú por tú sólo con chamacos menores que él.

—Pus tu pinche madre no fue, güey... Nos invitamos solitos, al fin que en tu casa no es la posada —le contestó Alfredo, que ya andaba por los doce años y comenzaba a embarnecer...

—Pero es en la de mi tía, pinche trío de tres mugrosos, y de mi cuenta corre que si los veo allá los ahogo en un gargajo —nos amenazó el Sarampión y de remate nos arrancó las gorras de estambre con que cubríamos el corte de pelo a la pelón pelonete, cabeza de cuete, y las aventó a un charco lodoso.

—¡Con mi carnalito no te metas! —saltó Ricardo, el menor de los tres, apenas de seis años pero picudo para los tiritos callejeros, y se le fue a las patadas. Pero el Sarampión tenía las manotas de un adolescente de catorce años entrados a los quince y con ellas en la frente del Richar lo mantuvo a raya, le dio tres coscorriones y luego le escupió la pelona.

—Para que se te resbalen bien las sobadas, pedazo de moco —dijo y se fue dejándonos con las piernas temblando por el coraje.

* * *

Exigíamos nuestra velita y el librito de letanías para pedir y dar posada a los Santos Peregrinos; hacíamos bulla en la procesión y ansiábamos el momento en que colgaran la piñata para darle de palos, animados por el consabido canto de “dale, dale, dale, / no pierdas el tino / porque si lo pierdes, / de un palo te empino...”.

El intento de hacer trampa se daba a cada rato, porque qué mayor gusto que ser el verdugo de la adornada olla de barro atestada con fruta y dulces. Hacíamos lo posible porque la venda con que nos cubrían los ojos dejara alguna rendija por la cual atisbar y darle con fe a la estrella, rábano o negrita Cucurumbé que pendía del mecate, sostenido a cada extremo por cábulas que al menor descuido le sorrajaban a uno la olla en la cabeza, para regocijo de los que esperaban turno o la lluvia de naranjas, mandarinas, trozos de caña de azúcar, jícamas, cacahuates, tejocotes y colación.

Claro que no faltaban los descabrados, porque los cábulas mencionados no se tentaban el alma para sacudir los restos de la piñata sobre la chamacada, que voraz se revolcaba en la tierra buscando frutas para llevar a casa.

La lluvia de tepalcates comenzaba desde la primera piñata. Levantábamos la vista hacia la azotea para ver quién sostenía un cabo del mecate. Era el Orejas, inseparable compañero del Sarampión y como él, también larguirucho y correoso, con el rostro cubierto de barritos y espinillas.

—Calmado, güero de rancho, que vas a descabrararnos —gritó Alfredo. A cambio recibió un golpe en la nuca con los restos de la negrita Cucurumbé que estaba a su espalda. No fue el Orejas quien tiró de la reata.

—Ya vi que fuiste tú, pinche Sarampión —gritó Richar hacia el otro extremo de la cuerda, zarandeando bravucón su rechonchita humanidad, animosa, dispuesta a la bronca.

—Escuincle majadero. Si no respeta a san José y a la virgen María, se me va pero si así, y mañana verá como lo acuso con su mamá para que le quite lo deslenguado —dijo doña Marina, la tía del Sarampión.

—¿Pus qué no ve que le pegó a mi carnal? —alegó Richar, nada más para que la señora reiterara la amenaza:

—Bájele, escuincle altanero. O se me están quietos o se me van, pero así de rapidito —nos tronaba los dedos en la nariz la pinche vieja.

—Calmados —dije al Richar y al Alfredo, les cerré un ojo y añadí—: todavía nos faltan dos piñatas; tranquilas, bestias peludas, tran-qui-li-nas.

Nos perdimos en la bola, esperando el turno de las otras ollas. Aproveché para hacerme de un tepalcate de piñata bien afilado y otros dos para mis hermanos, que entendieron el significado de la cerradita de ojo: “Por si se sigue pasando de vivo el Sarampión”, quería decir. Faltaba que nos pusiéramos de acuerdo, pero eso podía esperar porque ya colgaba del lazo una piñata en forma de rábano.

* * *

A cada posada íbamos con una bolsa para llenarla con la fruta que ganáramos entre los tres y luego compartirla con mis hermanas y mi apá y mi amá..., si es que algo quedaba tras desandar el camino. Nos entreteníamos con el cielo estrellado donde uno hacía esfuerzos por localizar la constelación de los Reyes Magos, cada vez más cercana porque Melchor, Gaspar y Baltazar

debían arribar puntualitos a la casa de cada cual la noche del 5 de enero, leer las cartas de los pedinches, hurgar en sus sacos y dejar los regalos respectivos junto al zapato, en cuyo interior debían dejar hechas confeti las misivas a ellos dirigidas. Entre más cercanas están las cosas, menos sabemos lo que valen. Por eso se nos dificultaba ver a los Santos Reyes, porque además éramos malos, según algunos vecinos.

Aquella noche de la posada en casa de doña Marina, la tía del Sarampión, nos dimos gusto tirándole garrotazos a las ollas adornadas y cosechando fruta y colaciones, disputadas a patada y trompón con los demás santos peregrinos de nuestra edad, hijos de su pelona: tan desmadrosos y avorazados como nosotros; nos dimos gusto bebiendo ponche de granada y comiendo las quesadillas y tostadas de tinga que repartieron al final de la posada.

Como el retorno era muy largo, nos gustaba espantarnos con historias de aparecidos y fantasmas que en las sobremesas nuestros papaces, criados en lejanas rancherías, referían como ejemplo, para que nos portáramos bien porque de lo contrario... ¡huy nanita!, la Llorona o el Jorobado o las víboras de cascabel o el Colgado durante la Guerra Cristera podían aparecer a la vuelta de cualquier casa...

Era la infancia y la temporada navideña nos permitía robar rejas de madera, postes del mismo material, o ir a los basureros y en alguno de los innumerables baldíos alledaños al vecindario prender fuego a las llantas recabadas; alrededor de las fogatas nos quitábamos el frío y saboreábamos lo ganado en las piñatas de la posada e inventábamos aventuras y precoces noviazgos y cantábamos piezas campiranas aprendidas de la radio y reiterábamos los cuentos de nuestros apás y amás y al final del fuego

cada quien se retiraba a su casa, por su voluntad o porque un grito feroz, terrible, amenazante, hería la negra noche:

—¡Alfredooo! ¡Emilianooo! ¡Riicardooo! ¡¿Se vienen a dormir o quieren que vaya por ustedes?! ¿Los espero o qué?

—Mejor “o qué”, amá —cabuleaba el lombriciente Richar.

—Ai vamos —corregíamos Alfredo y yo, porque la mamá tenía la mano pesada, y la del apá, ni hablar—. Mejor ai vamos ya.

Allá íbamos, pelando cacahuates, desgajando naranjas y mandarinas, utilizando los tejocotes como pelotas que rebotaban en la cabeza de quienes iban delante. Poco a poco el grupo de amigos disminuía hasta que sólo quedábamos los tres pelonetes caminando.

* * *

Aquella noche de la posada de doña Marina, la tía del Sarampión, íbamos tan campantes y felices que hasta el berrinche por los agandalles del Sarampión se nos olvidó y comenzamos a planear la única fecha de las posadas que en casa festejábamos, la del 24 de diciembre, y mirando al cielo delectábamos en voz alta el contenido de nuestra carta a los Reyes Magos, miren: cada vez están más cerca, a ver si ora si nos traen una bicicleta aunque sea para los tres, y al Richar su traje del Llanero Solitario con todo y pistolas y para ti el rifle de municiones para tirarle a las culebras allá en la laguna que está atrasito del aeropuerto, y una bolsa de canicas, de preferencia de las más bombochas, y un juego de guantes de box para organizar tiritos con los hijos del Charro y...

Estábamos por llegar a la casa de la Señito, la que hacía limpias y encabezaba los rosarios en los velorios de la colonia.

Tenía fama de bruja y el respeto que le teníamos estaba más fincado en el miedo que en las canas de su edad.

—¿Oyeron? —dijo el Richar.

Los erizados pelos de las testas rasuradas vibraron con el escalofrío que nos corrió por toda la columna vertebral hasta los talones descalzos. Alfredo se detuvo y nos hizo señas para que empuñáramos los afilados tepalcates que recogimos en casa de doña Marina.

—Fue un gato... o chance que un perro —dije al Alfre y me puse a silbar.

—También de miedo se chifla —dijo Alfredo nomás por decir. Paramos la oreja. Nada.

—Fue el aire —dije.

—Movió las ramas del pirúl —agregó Richar.

—¡Nooo, somos dos ánimas en pena! —escuchamos voces enronquecidas y enseguida aparecieron ante nosotros dos largas figuras blancas iluminadas por las estrellas, que se deslizaban hacia nosotros víctimas ya del terror.

—Ayjos de su inchi madre, córranle que estos sí son espantos de adevis.

—Espérenme, no me dejen —chillaba Ricardo.

—Pus no te quedes —decía Alfredo.

Y yo no dije nada porque con todo y carrera sentí que algo caliente me escurría entre las piernas pero no aflojé la velocidad hasta llegar cerca de la tienda del Maistro, que siempre tenía un foco encendido y miré atrás buscando a mis hermanos, pero ellos ya habían transpuesto el patio de la casa y entonces me dije: Diosito, si es cierto lo que dice mi abuelito: que con groserías se espantan las ánimas en pena, entonces, sofocado y todo como iba, entonces que con todo respeto vayan y chinguen a su madre, hijas de su pinchi y culera autora, por favorcito nomás

déjenme llegar a mi casa y se las miento cien veces más para que descansen en paz y no vuelvan a hacer que me cague de miedo, una-dos-tres por la salvación de mi alma, Dios te salve María llena eres de gracia pero llévate a esos espantos que te juro y perjuro Jesusito santo que ya no vuelvo a desobedecer a mi mamacita, y en esas estaba cuando por fin entré al patio y me tropecé con el Dandy que venía a mi encuentro meneando el rabo y se largó aullando de dolor porque le pegué en pleno hocico mientras yo sentí que volaba y ¡cuaz!, de pura barriga aterricé, se me salió todo el aire y creo que hasta los cacahuates y me fui, me fui, me fui...

Me fui, hasta que el olor a alcohol alcanforado me hizo despertar.

Fue sólo un desmayo de segundos que me parecieron la eternidad, y ya estaba sobre un tapete y sin pantalones ni calzones, porque te cagaste del susto, carnal, decía Alfredo, y Ricardo —entre risas nerviosas— decía: Ya ni yo, ¿verdad mamá que ya ni yo que soy más chico le tuve cus-cus a los fantasmas?

—Qué cabrones fantasmas ni que ocho cuartos —repetía mi madre cada que nos acordábamos del susto—, si a todo mundo le contaron Sarampión y el Orejas del susto que les pegaron, eran ellos envueltos con las sábanas que la Señito había dejado en su tendedero... Además, hay que tenerle más miedo a los vivos que a los muertos, animales éstos...

* * *

Alfredo y Richar estuvieron unos días en ayunas, a puro té de ruda y ajenjo, para contrarrestar el susto y la bilis. A mí de plano me llevó mi madre con la Señito, para que me curara del susto y

me diera una limpia con ramos de pirul, porque para nada que se me quitara lo amarillento.

Ella le recomendó a mi mamá que me diera a tomar, tres días en la mañana y en ayunas, bien caliente, medio litro de leche hervida con ajos y epazote: el mero 24 de diciembre arrojé dos lombrices. Y vomité por el aroma: tan fuerte que hasta las lombrices salieron tapándose las narices.

—Esos y más animales has de tener por comerte la tierra de mis macetas —dijo mi madre y sólo me dejó comer y cenar caldo de frijol y dos tortillas tostadas. Me perdí los romeritos con camarón, el pozole, los tamales y el ponche.

—Prohibidos los cacahuates, porque puedes agarrar un empacho que pa' qué te cuento.

Durante mucho tiempo conservé el tepalcate que recogí en la posada de doña Marina, la tía del Sarampión, y le sacaba filo tallándolo en las paredes y en el piso de cemento.

Pero cada que me topaba al sobrino, yo medía demasiado el terreno esperando que se me pusiera a la distancia justa para ensartarlo, aunque fuera por las nalgas. Pero el Sarampión me desarmaba con sus gritos de burla:

—¡Eh, eh, eh, aguas con el cagón; del pinche susto se le salió el mojón, eh, eh, eh!

Un día me fui al guáter y se me olvidó llevar mi pliego de periódico; sentí el tepalcate, lo extraje y lo usé como papel higiénico.

Adiós venganza.

TERROMPOTUCOTÓN

Hace tantos años, tantos, diosito de sus desvelos... Tantos años hace que dejó la tierra caliente para malvivir en esta calle de la colonia del Sol. Ahora prefiere que no soplen sobre los leños de su memoria, para que la escarcha de ceniza que los cubre no agarre vuelo y los deje al descubierto, porque aún abrasan.

Aún es posible descubrir en ellos la exuberancia tropical donde Praxedis creció entre loros y cocotales, plátanos y papayos, brisa marina y lagartos bostezando, amodorrados en la laguna donde los manglares de esmeralda se elevan sobre el agua como gigantescas garzas verdes, lánguidas y despeinadas.

Por más que quiere sepultarlos, la memoria pare una fila de pescadores con tortugas caguamas pataleando sobre sus hombros: abandonan el mar de sus olvidos y se vuelven palabras que Praxedis suelta inconscientemente mientras atiza el fogón, extiende una tortilla sobre el comal, moldea una bolita de masa y la cubre con el plástico de su maquineta.

En las palabras, en ellas va Praxedis quinceañera hasta el Río Grande en busca de una piedra donde lavar; termina, pone la ropa dentro de la palangana, ahí va Praxedis hasta la poza: fuera huipil, los chiquillos arman gran alborozo: se lanzan en clavado desde el inmenso árbol de mango, nadan para ver cómo el fondo de manta deshilachado se le pega al cuerpo, igual que la cabellera inmensa.

Teodoro siente escozor en todo el cuerpo... pero no aparta la vista de aquellas formas, siente el mal de los celos y a pedradas aleja a la parvada de chiquillos y se queda con ella. La corriente del río se incendia con el crepúsculo.

En la colonia, la tarde lluviosa empapa a los chiquillos que llegan hasta su jacal de adobe.

—Mi papá ya llegó y quiere de comer, ¿ya están mis tortillas, Praxe?

—Oritita te las acabalo, pero mientras ponles tantita semá a los marranos y un puñito de trigo a los pichones...

Los pichones que parecen decir: te-rompo-tu-cotón terrompotucotón.

Teodoro, tres años menor que ella, embarneció y a los diecisiete parecía de veinte años; la copra daba para estrenar huarachas, paliacate colorado y sombrero duro para los días de fiesta, y hasta para invitarla a la feria de Pinotepa.

El mismo año en que la enamoró se casaron, y a él se le metió lo loco: la llevó para Acapulco.

Diez años que allí pasaron no sirvieron para que él sentara cabeza, y entonces Teodoro quiso venir a la ciudad de México porque en la playa no faltó el güero panzón que deseaba comprar las frutas de Praxedis. Los mismos que pretendían los pescadores.

Teodoro se les enfrentaba y las cicatrices se le borraron con el tiempo, aunque le dejaron huella en el alma.

—Pero yo quería mujer bonita, ¿verdad? —contaba a los vecinos con unos pulques encima.

Envolvieron los tiliches en la hamaca y agarraron Flecha con rumbo a la capital. Adiós sol, adiós mar. No bien se instalaron en la casa de un paisano, Teodoro enfermó de fiebre tifoidea.

—Los Sánchez eran nuestros compadres, les llevamos una hija a la iglesia, a la confirmación, y la íbamos pasando. Nos

estimaban bien, pero Teodoro nadita que se aliviaba y ellos que me ayudan a convencerlo pa' que me dejara trabajar. El compadre José Inés era jardinero y tenía conocidos; me encontró colocación en la Chapultepec-Morales pero lo que pagaban no alcanzaba y además el compadre me esperaba en la terminal de los camiones, aunque yo no quisiera, y siempre llegábamos juntos. La comadre me ponía mala cara.

Halló acomodo en la colonia Anzures. Cuando Teodoro sintió que las piernas lo sostenían, la retiró del servicio doméstico. Comenzó el éxodo de vecindad en vecindad. En todas partes Teodoro le reclamaba que no se embarazara.

—De haber sabido que me iba a juntar con una mula...

Lo mismo le decía el compadre José Inés, pero en otros términos:

—Ándele Praxedis, al fin y al cabo ni peligro hay de que se preñe...

La comadre Paloma estaba al alba y las vecinas metían cizaña:

—A esas calentanas les rebulle, les rebulle.

De Paloma se convirtió en pichona celosa y, nomás por no dejar, un sábado en la tarde le dio un agarrón a Praxedis en los lavaderos públicos, cuando el sol pardeaba al poniente; Teodoro le completó la tunda:

—Quién te manda andar de argüendera y nalga fácil.

Más le dolió la acusación que los golpes.

Lo bueno fue que Manuel nació años después que abandonaran la casa de los compadres; fue un parto difícil, porque Praxedis andaba por los treintaitantos años. Además, le dieron las fiebres: la enteraron de que nunca más volvería a sentir pataditas en el vientre.

“Qué mejor”, pensó, porque Teodoro le había agarrado el gusto al tequila. El poquito de dinero que le quedaba después de las borracheras, ella fue atesorándolo luego de esculcarle los bolsillos. Una vecina la puso al tanto de la venta de terrenos allá por la carretera a Puebla. Dio el enganche para adquirir uno, salitroso, de doscientos metros cuadrados. Ante la posibilidad de perderlo —debía varios abonos—, decidió trabajar en una tortillería de la colonia Morelos.

Ganaba una miseria que nada compensaba la deshidratación sufrida ante el ardiente comal, donde otras cinco como ella tomaban la bolita de masa, la ponían sobre la máquina, presionaban con toda su fuerza, daban vuelta al rodillo, tomaban la tortilla y la cocían sobre el comal. Le pagaban por cada bola de tres kilos de masa transformada.

Era muy poco. No obstante, ahorró para cubrir el costo de las láminas para que Teodoro techara el cuartito de adobes, que a regañadientes levantó sobre aquel lote salitroso, en pleno desierto o laguna, según la estación del año.

No alcanzó a suspirar, satisfecha de la obra realizada: un 4 de mayo, mareado por la cruda del día de la Santa Cruz —día de los albañiles—, Teodoro cayó del andamio lastimándose algunas vértebras. Quedó imposibilitado para faenas pesadas. Comenzó a secarse y el humor se le agrió del todo.

Praxedis abandonó la tortillería de San Juan Pantitlán donde por fin ganaba regular. Decidió establecerse por cuenta propia, en su casa. Quería salir de pobre y pensaba que eso, empezar de cero, hizo ricos a los ricos. Manuel, un escuinle apenas, “se voló” con una chiquilla; ahora Praxedis tiene dos nietos, pero ni esperanzas de ayuda: del carrito cargado con cañas peladas, jícamas, naranjas, mangos verdes y pepinos con

chile piquín, Manuel apenas sacaba para sostener a su familia, y eso que en tortillas no gastaba...

El humo y el calor ensombrecieron a Praxedis. Para que en algo ayudara, surtió de dulces a Teodoro y le puso una mesita a las puertas del jacal. Era menos anciano de lo que parecía, pero las dolencias de la columna lo aplastaban. Sentado, las moscas le temían: con un mechudo de tiras de papel las mantenía a raya.

Los chiquillos se divertían lanzando tecatas de tierra salitrosa a los pichones y ella gritaba:

—¡Asómate! —porque no podía separarse del comal caliente por miedo a que le diera un aire. Teodoro iba, abandonaba los dulces a la chiquillada golosa que se despachaba con la cuchara grande.

Por allá, a mediados de los sesenta (cuando las costras de salitre amanecieron endurecidas por el hielo y los bebederos de gallinas y pichones congelados) se le ocurrió morir a don Doro; Praxedis dispuso del dinero que durante un año ahorró para el impuesto predial.

Teodoro recibió humilde aunque cristiana sepultura.

Desde entonces Praxedis va al molino de nixtamal, carga la leña desde la maderería de José el herrero y adquiere comida para los animales (un puerquito, tres gallinas “ponedoras” —cada una con su gallo— y un matrimonio de guajolotes malgeniudos).

Vendía tortillas a las escasas vecinas que por entonces había en los terrenos del Sol, contándoles —durante la espera de los kilos— sus penas. Nunca pudo juntar para una báscula: veintidós piezas eran mil gramos para ella.

Tantos años hace... De lunes a domingo atendía sus animales, vendía blanquillos de las “ponedoras” y remendaba con chapopote y trapos viejos el techo de su vivienda, antes de la temporada de lluvias.

El número de vecinos aumentó y las costumbres variaron.

La maquina y el comal, alimentado con leña, fueron insuficientes para competir con las Tortilladoras Automáticas Celorio. Pronto las vecinas se acostumbraron al mal sabor de la cocción con gas, para ganarle tiempo al tiempo. Sólo unas cuantas le fueron fieles.

Un mal día Praxedis sintió que se quedaba con los dientes arriscados. Pilarica, estudiante de enfermería, fue a ponerle una inyección que compraron entre todas las vecinas; sabían el secreto deseo de Praxedis: dormir, dormir, ya, de una vez para siempre.

Pero el diosito de sus desvelos actuó con disimulo y no le cumplió; Praxedis sigue aquí, gruñe a los chiquillos de las escasas clientas, fieles a esta artesana del maíz que pone oídos sordos a las sugerencias, cada vez más constantes, de su hijo Manuel el cañero:

—Ya vende este jacal y ven a vivir con tus nietos...

No sabe que ya lo hizo, pero como han salido por ahí parientes que jamás le tendieron la mano (y que ahora la rondan), prefiere no despertar envidias.

Una vecina tiene el encargo de entregar a la Chinita, la nieta de cinco años que acompaña a Praxe en estas noches lluviosas, la cuenta de ahorros que doña Goya le abrió en un banco. Porque eso sí: la viuda de don Doro quiere dejar todos sus papeles al corriente. El vecino que le compró el jacal aceptó las condiciones que puso al vender: silencio y toma de posesión cuando su novenario por el descanso eterno de su alma.

El golpeteo de la lluvia sobre el techo metálico arrulla a Praxedis. Bajo la cama, un par de palomos sigue con su rutina: terrompo-tucotón, terrompo-tucotón.

A los pies de Praxedis, la China duerme, sin percatarse de que a su abuela las fiebres nocturnas le bañan el cuerpo en sudor, ésta más que otras noches.

La gota de agua —plop—se ahoga en el bacín que la anciana colocó para que no se moje el nido de los pichones; marca su respiración —plop.

¿Lloviznará mañana? Porque si no, porque si la gota callara. Y esta China con el sueño tan pesado...

EL INDOMABLE... CASI

Para Maricruz Jiménez

Salí de la tienda con la enorme bolsa de plástico sobre mi hombro; del mostrador a la puerta de entrada tenía que caminar más de cincuenta metros de patio, y las veinticuatro cervezas que llevaba me hicieron atravesarlo como si me hubiera tomado una docena: de un lado a otro. De puro coraje masticaba el chicle y le arrancaba “tronidos de tortillera”, según decía mi mamá.

Siempre era de esa manera cuando mi padre se juntaba con sus amigos: vieja, échale más agua a los frijoles; vieja, te haces una salsa de chile morita y tomate verde con cilantro y cebolla picada; vieja, calla a esos escuincles que ya nos tienen aturridos...

Malos modos, los de mi padre, cuando se echa sus alcoholos: hasta yo que soy su consentido la llevo, y a puros gritos:

—Vete por las cervezas. Pero a la de ya o te acomodo tus chingadazos, muchacho talegón —¡Talegón! Desde que dejé la escuela no me la acabo con tantos gritos. De pilón, los de Zulma la tendera, a mis espaldas:

—¡Dile al vago de tu padre y a sus amiguitos que ya no te voy a vender ni una más!

Cuando gritaba, los cachetes de la gorda Zulma se ponían de colores: entre guinda y morado.

—¡Que venga él por su vicio, chingao, ¿qué ni eso puede hacer?!

El asiento de las botellas se marcaba sobre mi piel, me dolía y me daba comezón. Pero los gritos de la puerca, marrana, gorda mantecosa Zulma, me hacían corto circuito en la cabeza. Volví la vista y le dirigí una mirada asesina.

En el llano jugaban futbol los grandulones del vecindario. Ninguno de ellos es mi amigo. ¿A quién le van a dar ganas de tener amigos zoquetes, futboleros, tan ridículos, mamones, con sus pantaloncitos de duende y sus playeras numeradas?

A la orilla de la improvisada cancha las muchachas, sangronas, echaban porras y hurras a uno y otro equipo. Con seguridad todos escucharon a la zoquete tendera panzona. Ojalá se le pudra la manteca en la cintura.

Apresuré el paso hacia la puerta. Me sentía *el Indomable* Paul Newman cruzando entre los facinerosos, mirando al frente y ocasionalmente con la vista clavada en el camino bordeado de abrojos.

Alzaba el pie para salvar el único escalón cuando un cuerpo se estrelló contra mí. La sacudida me nubló el cerebro. Pensé que el más retrasado de los maleantes me atontaba la cabeza con una tranca, previo destrozo de mi sombrero vaquero.

El violento encuentro me hizo soltar la bolsa que parecía llena de carbones sobre mi hombro derecho. Cuando resbaló fue como un tizón restregado en la piel irritada. Vi una lluvia de colores lila, verde, rojo, azul...

Caí de espaldas y sobre mí quedó el cuerpo de América; todo su continente encima, con su pelo, su inmensa cabellera negra y rizada que cubrió mi rostro. De las resquebrajadas botellas manó el líquido ámbar y el ambiente se embriago con el aroma de la cerveza.

Ambos nos incorporamos.

* * *

América me ganaba en edad por un año. Iba a la secundaria que está frente a mi casa. Un día la vi y ya no se me olvidó: iba con otras dos amigas y a mí me tenían castigado lavando los vidrios del zaguán, con mi madre supervisando a su modo:

—Cuando acabes te me vas a las tortillas, pero así —trona-ba los dedos—, así de rapidito, y te regresas de volada, porque ya está caliente el agua para que bañes a tus hermanos...

Claro que me daba pena, más porque todos los escuincles de la secundaria escuchaban, hasta cuando le hacían los honores a la bandera. Volteaban los más cábulas y como un coro de bailarinas, imitaban mis movimientos al restregar los vidrios con papel periódico.

América y sus amigas agarraron la maña de chiflarme cada que me veían, y esas veces coincidían con el cumplimiento de los castigos que me ganaba. La cabeza me hervía de puro coraje y lo más que alcanzaba a decir era:

—Chingue a su madre el que me vea...

Pero las tres escuinclas, tan inocentes con sus libros apretados contra el pecho, me vacilaban:

—Dale duro a los vidrios, culito, duro...

—A ver cuándo vas a mi casa para limpiar la cristalería, papacito...

—Si como lo mueves lo bates, ¡ah, qué rico chocolate...!

—América te trae ganas, pero te vas a dar cuenta cuando tengas canas...

—... Güey —agregaba una de ellas, pero yo de pena ni volteaba, prefería seguir susurrando:

—Chingue a su madre el que me vea...

* * *

A los dos nos ganó la risa, pero la sorpresa de verme empapado con la cerveza me dio calambres: imaginé la respuesta de mi padre al verme llegar sin su encargo, rodeado por su bola de cuates desesperados, con los vasos vacíos sobre la mesa esperando mi llegada.

Ya me lo imaginaba: desfajado, en sandalias, arrastrando los pantalones y gritando sin que le importara que alguien lo oyera:

—Putá madre, tan grandote y tan pendejo, ¿crees que el dinero me lo regalan, crees que lo cago nomás para que tú hagas chingaderas?

En unos momentos más lo vería dar vuelta por el camino, me daría de gritos y hasta dos que tres cachetadas, al ver el montón de vidrios adentro de la bolsa.

—Fue sin querer —dijo América. Sentados, ambos nos reímos de nuevo; nos incorporamos de golpe al sentir la humedad en el culo.

—Asómate a ver si alguien viene —le dije.

Desde la calle, nadie.

La tendera dejó la ventana desde donde despachaba sus mercancías de abarrotes, vinos y licores; fue hasta nosotros. América, cogida al marco de la puerta, atisbaba hacia los dominicales futboleros. Entonces vi que la humedad le traslucía el vestido blanco de popelina, y que debajo había unas pantaletas igualmente transparentes que ofrecían a la vista las nalgas de la morena de hoyuelos en las mejillas, barba partida y pícaros ojos.

“Ojitos platicadores”, decía mi padre cuando recordaba a mi madre joven.

—Se te va a caer la baba —dijo la robusta tendera, la de palabras de rojo vivo pero de violenta ternura o coraje. Los chiquillos le decían “La Patita”, de Cri Cri: porque “como los barcos al navegar, mueve la cola, cuaracuacué”.

Echó una mirada al interior de la bolsa y calculó:

—Mínimo se rompió la mitad de envases. Te van a dar una buena joda, muchacho.

América llegó hasta nosotros y escuchó el comentario. En cuclillas ayudó a separar los envases salvados de la desgracia. Zulma, la tendera, levantó la mirada para echarle en cara:

—¿Ya ves lo que pasa cuando uno corre nomás a lo pendejo?

Luego fijó la vista sobre ella y bajó el tono de su voz:

—¡M’hijita, ya tienes pelos donde te conté! —le dijo colocando su mano derecha a un costado de su boca y transmitiendo el secreto a voces—. Con ese vestido enseñas todas las nalgas. Toma, ponte aunque sea mi mandil.

América se dirigió presurosa y tomó el trapo que le ofrecían. Yo sentí que un cosquilleo me subía desde la planta de los pies, pero Zulma me devolvió a la peliaguda situación en la que me hallaba:

—Tráete la bolsa. Te voy a reponer los envases rotos. Yo no sé cómo le vas a hacer, pero tienes una semana para pagarme, y si no —amenazó—, tendré que ver al briago de tu padre...

Desandamos el patio. Tras de nosotros, América intentaba atar los cabos del mandil.

—Yo te ayudo a pagar —decía, un tanto apenada—. Fue por mi culpa. Perdóname.

—Per-dó-na-me, per-dó-na-me —repetí en tono lento, burión—. Per-dó-na-me...

* * *

Por más que quise, no volví a verla. Hasta deseaba que me vacilara. Vivía al otro lado de donde yo vivía, en la zona que le decíamos “de los riquillos”, aunque no fueran más que empleados o burócratas, todos anotados en la lista de fiado que Zulma, la tendera, llevaba al día.

Sólo había dos maneras para salir del fraccionamiento: por el lado del vecino panteón (“deposito de carnes frías”, le llamábamos para medio disminuir el miedo que nos daba) o por el callejón de la Casa del Colono, mamonamente llamada Casa Club, que era por donde vivía América con su familia.

Aunque había que dar una vuelta mayor para llegar hasta donde pasaba el transporte, ese fue mi nuevo camino. Ahhh, porque después del incidente de los envases, mis padres decidieron sacarme de la secundaria: me fui dos meses de pinta, en plena temporada de exámenes finales.

Perdí el año escolar y tendría que repetirlo con mis propios recursos. Además, querían que me apuntara en la escuela de la que éramos vecinos. No quise.

—De ti dependerá si te quedas como bestia de carga analfabestia.

—No he de ser distinto a las bestias de carga universitarias —me le puse contestón a mi padre, contador público ti-tu-lado, vendedor de jugos enlatados y detergentes en los tianguis.

La respuesta me hizo salir por piernas de la casa, pero no puede evitar la metralla verbal de mi apá:

—¡Cabrón éste, deslenguado: regrésate y verás como te floreo el hocico, para que aprendas a contestarme!

Ni que estuviera loco. Fui a visitar a los hermanos de mi padre, carpinteros de oficio, para ver si me empleaban como

ayudante durante las vacaciones; a escondidas de él, mi madre me daba dinero para los camiones. Mi padre quería que caminara los quince kilómetros de distancia a la casa de mis tíos, que cada vez prometían emplearme... pero al día siguiente.

Al pasar por la casa de América volteaba, disimulado, con la esperanza de que ella apareciera, aunque yo tardara unos minutos más mi recorrido. Hasta alborotaba más mis pelos encrespados y restiraba la camiseta decorada con una leyenda y una cabeza de cerdo: “¡Marranos de todo el mundo, uníos!”.

Al retorno volvía por el callejón con la misma esperanza alimentada. El callejón me gustaba, sobre todo sus orillas sombreadas por frondosos cedros. Aún en el día había que caminar con cuidado, pues el suelo empedrado era traicionero.

Antes de llegar al callejón había que saltar la barda semi-destruida de la fábrica de mosaicos abandonada. El cuarto donde estuvieron las regaderas para los peones, muchos lo utilizábamos como excusado de emergencia.

* * *

Un día que tomé leche y jugo de naranja antes de salir, tuve que recurrir a dicho sitio. Aún no daban las ocho de la mañana y el sol ya estaba alto. Las fieras se revolcaban y gruñían en mi estómago; fuertes cólicos me atormentaron y un sudor intenso me invadió; dedos me faltaban para aflojar el cinturón.

El denso aroma de las cacas en pudrición no me importó. Aquella ridícula pose (ni en cuclillas ni de pie, “de aguilita”) me volvió el alma al cuerpo, sólo para que al abrir los ojos —aliviado de aquél peso apestoso, pese a ser recién parido— América apareciera en el marco de la puerta.

No inspeccionó el lugar para nada. Se confió a las penumbras. Alguna urgencia —como la mía— le aquejaba, porque alzó su vestido, enganchó su pantaleta con los dedos pulgares y la bajó.

Se posó en cuclillas y en el cuartucho abandonado retumbaron los gases y la diarrea de la bella América, quien posaba la mirada en el muro de enfrente hasta que la desvió y —ni modo— se dio cuenta de mi presencia sorprendida, alelada por la suya.

América se quedó como hipnotizada. Luego, poco a poco, se enderezó.

Pasados unos instantes, como autómata le tendí las servilletas de papel que acostumbraba llevar conmigo para emergencias diarreicas. América ni siquiera intentó tomarlas. Entonces me acerqué a ella, la tomé por la cintura con un brazo y llevé hasta su trasero mis dedos índice y anular envueltos en el suave papel.

América se aflojó; bajo mis pantalones sentí a la fiera incontrolable. La misma fiera que en las noches, pero sobre todo al despertar, se me alocaba; hasta que no la tomaba entre mis dedos y la frotaba, perdía su fiereza. Otras veces yo la provocaba hojeando revistas que mi papá escondía hasta en el horno de la cocina. Pero esta vez para nada tuve que cucarla. Yo creo que el ambiente tuvo la culpa.

Tiré el papel y con ambas manos atraje su cintura hasta mi vientre. No puedo decir que adrede. Más bien, era como si yo estuviera viendo lo que otro hacía: otro idéntico a mí pero sin miedo, haciendo lo que yo no haría por inseguridad o miedo o por inseguridad y miedo al mismo tiempo.

Nos besamos como en las películas; como mi bragueta estaba abierta, no me costó trabajo dirigir a la fiera hasta su entrepierna; su vellosidad era como de bebé conejo y la fiera se aplacó y como si siempre hubiera conocido el camino, pasó;

luego fue devorado con una calma tal que me sentí evaporar. Creo que ella también, porque la sentí lacia-lacia.

Casi enseguida llegó lo que salpicaba las fotos de las revistas. En ese momento me sentí en un brusco despertar frente a su rostro, que revelaba hilillos de sudor transparente, y frente a su boca entreabierta; sentí sus brazos cobrar vida, salir de su inercia, abrazarme con fuerza, chupar mi boca e iniciar aquellos movimientos de ritmo lento, luego incrementado hasta el desvanecimiento de ambos; juntos resbalamos hasta quedar de rodillas, uno enfrente del otro.

—Me hiciste esperar mucho —dijo América.

—Ni tanto —contesté como cualquier rompecorazones de la tele.

Pero enseguida llegó su voz, aunque distinta a la de unos segundos atrás:

—Vete. ¡Salte y vete. No te quiero ver. No me busques. Si te veo, te mato!

—Pero...

—¡Vete! ¡Lárgate o te mato!

Con un rápido movimiento me soltó y al subirme los calzones sentí fría la humedad que me dejó.

De un salto ya estaba abrochándome los pantalones. Una pluma salió de mi bolsillo y mi vista descubrió un billete entre las costras de mierda anónima. Mi mano fue hasta él y lo metí al bolsillo.

Sentí que me quemaba.

Salí presuroso y a unos metros me volví a verla. Se acomodaba el uniforme. Tenía los ojos rasgados, llenos de lágrimas, y se agachó a recoger piedras. Debo decirlo, la verdad: otra vez fui el de siempre: huí.

* * *

No he podido gastar ni un centavo de los cincuenta pesos que me hallé. Si me los gasto, pienso —canijo yo— que América nunca volverá a mí.

Contaba entonces yo con catorce años de edad.

En mes y medio cumpliré quince. América no tarda, ya es hora de que vuelva. Más vale, porque si no, pienso que me pasaré la vida azorrillado, ido. Siento que en aquella cogida me atrapó el alma. Cada que veo las fotos de las revistas de mi padre, el rostro de cada modelo es de América. Y le doy duro al guante en el baño, en la cama, en algún rincón del taller de carpintería. Me aguanto los suspiros, no se vaya a dar cuenta alguien que me traen enculado, como dicen los carpinteros.

Comprendo a la América, le dio mucho coraje que yo la hubiera descubierto con la urgencia de vaciar sus intestinos. O a lo mejor le dio coraje que yo fuese tan cagón como la humanidad toda. O a lo mejor nomás se me figuró lo de la cogida, quién sabe.

Prefiero otra versión: que a lo mejor me veía como el Indomable, y la decepcioné cuando me descubrió tan cagón como ella.

COMO DE NOVELA

Para el maestro Helioflores

Estaba harta.

Pero harta, lo que se dice *harta*: por eso sentenció que desde ese jueves —“que pasará a la historia, de eso estoy segura”, había escrito en su diario— ya nada ni nadie podría hacer que volviera a ser la de antes: se daría a la tarea de construirse a sí misma y no a la hija, la hermana, la amiga que todos deseaban... *menos ella*.

Costara lo que costara, sería Sylvia Lizzeth Nul y no otra.

“Pero para eso —pensó—, me gustaría encontrar a una persona de la que valga la pena enamorarse. Hallar el amor. Pero no ese que nos dicen desde la televisión, todo amelcochado y caralimpia y con la seguridad y la comodidad y la compañía de los hijos y de un viejito rechoncho y cervecero que se pase la vida viendo partidos de futbol o quejándose, con el vecino o con el del puesto de periódicos, de lo caro que está todo, presumiendo que ya tiene cripta familiar *para-no-crearle-problemas-a-los-gordos* con el Último Suspiro...”

“Eso no es el amor. Yo quiero el amor apasionado, el que rompe y rasga, como el que dice el poeta cuando alega que *el amor es el silencio más fino, el más tembloroso, el más insoportable*. Si no es así, no tiene caso”.

Pero resulta que eso de “me gustaría encontrar...” era mentira. Sylvia Lizzeth estaba enamorada, sólo que no quería

aceptarlo. El afortunado era nada menos que Juan Francisco, alias *Torombolo*: así le decían sus compañeros en el taller de ebanistería, que los franceses para los que trabajaba mantenían en el garaje de la casa, sala-de-exhibición de los muebles de estilo que ahí fabricaban.

Claro que Torombolo ignoraba los sentimientos de la Señorita de la casa hacia él. Nada extraño, pues ella misma no lograba aclarárselos. Además, la forma en que se conocieron no fue la más simple y adecuada.

Él llegaba de la escuela donde estudiaba a eso de las tres de la tarde y de inmediato iniciaba las tareas que le correspondían en la pequeña empresa Decor-Arte, propiedad de don Raymond Nul y doña Marion, su mujer, padres de Sylvia Lizzeth, Simón y Michel, sus hermanos (con quienes Torombolo se entendía bastante bien: preferían llamarlo Paco que por el apodo).

Ambos estudiaban sociología en la UNAM y se interesaban por conocer el modo de vida de su empleado, proveniente de Neza, segundo barrio preferido por sus condiscípulos —el primero era Tepito— cuando salían a sus prácticas de campo.

Sylvia estudiaba lo mismo que sus hermanos, también dentro de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y, como ellos, sentía curiosidad por la vida de Paco. Pero el verdadero interés le nació cuando él la conoció... de cuerpo entero. De los pies al cabello. Del negro al blanco solar. Del vacío a la estupefacción... De la sorpresa al atormentador deseo del reencuentro y la plena satisfacción: hasta la saciedad, hasta el hartazgo.

* * *

Paco llegó como de costumbre. Fue hasta el fondo del pasillo —columna vertebral de la mansión— donde guardaban los enseres de limpieza con los que, a diario, hacía el aseo de la finca ubicada en la colonia Anzures.

Colgó la chamarra —eterna chamarra de mezclilla desvaída— en el perchero de pie que le asignaron y llevó trapeador, jerga, escalerilla, desinfectante y demás instrumentos de limpieza hasta la puerta de acceso al pasillo; debía cruzar una estancia que hacía las veces de vestidor y gigantesco guardarropa; a un costado estaba el baño, cubierto en su totalidad con mármol negro; tenía sauna y una gran tina de porcelana tan negra como la taza del guáter, bidé, lavabo y los accesorios.

Con el agua en la cubeta, la jerga en el trapeador y listo para empezar sus labores —le pagaban por hora y regularmente trabajaba cuatro—, descubrió que le faltaban el desinfectante con aroma a pino y los guantes de hule látex que sobre todo usaba en invierno, para que no se le reseca la piel de las manos y luego lo cabulearan sus amigos diciéndole “manos de lagarto”.

Fue hasta la covacha y por más que hurgó, no aparecieron ni los guantes ni el desinfectante. Salió al pasillo y en la primera puerta, la de la cocina, se asomó para preguntarle a doña Zenaida si no los había agarrado.

La vieja cocinera secaba con su antebrazo el sudor espeso que le fluía desde dentro de la cofia blanquísima; se encontraba de malas: le encargaron conseguir conejo para la comida del otro día. Ella tuvo que matar y desollar a los gazapos, pero al sacarle las tripas a uno —había cuatro sobre la mesa cubierta de zaleas humeantes, entrañas, cuchillos manchados de sangre

y *gillettes* con los que desnudó a los animalillos— se le reventó la vesícula biliar. Seguro la carne amargaría.

Quizá por eso doña Zenaida le contestó, mientras con la mano derecha se hacía a un lado las greñas que le estorbaban la vista:

—Yo qué quieres que sepa de tus chingaderas. Búscalas, mira —agregó con franco disgusto, resoplando de coraje—. Ya nomás eso me faltaría: ser la gata del gato, chingados. ¡Lucida estaría! Busca tus mugres, ¡todo quieres que te lo pongan en las manos, inútil!

—¡Uhhh, pinchi ruquita! ¡Yo qué culpa tengo de que sea pendeja! Si no sabe donde están mis chácharas, dígamelo y ya, punto: no tiene por qué cagarme así nomás, de barbas —se defendió Torombolo y dando media vuelta salió al patio echando mentadas de madre: a ver si el chofer sabía de los guantes y el aromatizante de pino.

—Están en el baño, mi buen Torombolo —dijo Atenógenes—: creí que ahí los guardabas, mi buen, junto a la tina. Discúlpame, manito.

—No se apure, ese; no hay cuete. Pero déjeme bien limpiecito el Meche Benz. Nomás no me lo talle tanto, que se lo va a acabar.

—Te voy a tallar pero el lomo, y con la de hacer chis, mi Ceniciento, con la de hacer chis.

—Chale, usted luego luego a los albures, mi *Anquetenajes*. Ahí se ve, porque ya me anda de miarbolito, ¿no quiere sacudírmelo? —preguntó Torombolo y no esperó respuesta.

A la salida del Cecehache (donde estudiaba el bachillera-to) fue con uno de los Hermanos Gemelos y tomó tres cervezas. Con el frío le estaban haciendo efecto diurético. Aprovecharía su ida al baño para dos cosas.

* * *

Recorrió el pasillo en segundos. Apenas traspuso la puerta, advirtió que no había encendido las luces del guardarropa. Lo recibió la penumbra. Recordó que traía descompuesto el cierre del pantalón. Para que no se le bajara y a cada rato le dijeran: “si no cierras la jaula se te va a escapar el pajarito quema maíz”, le puso un hilo que enredaba en el botón de la pretina; quiso bajar el zíper, pero no hallaba la punta del cordoncillo.

Por más que bailoteaba para calmar las ganas de orinar, no solucionaba el problema; el bailoteo fue insuficiente para contenerse: las piernas le temblaban, el sudor perló su frente, sintió que el corazón le palpitaba desbocado... y fue por demás evitar que fluyera la orina en que se habían transformado las cervezas ingeridas; lo peor: con el frío decembrino los orines se enfriaron al momento y entumecieron a Torombolo, quien sólo acertaba a decir por lo bajo:

—¡Chingada madre: ya me mié, ya me mié! —y a dejar, resignado, que la vejiga se desahogara.

“Por suerte —pensó— apenas el sábado me traje unos pantalones viejos, para escombrar la cava del señor Nul; que si no...”.

Combando las piernas fue nuevamente hasta la covacha. De entre un montón de jergas deshilachadas extrajo el pantalón.

—Ora sí que voy ir en el metro a la última moda: de *crisis-punk*. Qué-mala-onda, neta que yes.

Desanudó los tenis, dejó sus calcetines como un par de donas en el piso —un aroma de piel húmeda y amoníaco se elevó por la estancia—; extendió los pantalones y los calzoncillos sobre la tarima que empleaban para planchar la ropa y, castañeteando los dientes, se dirigió al baño con la camisa y un

suéter blanco encima. En la mano izquierda llevaba el pantalón que lo sacaría del apuro.

La puerta sin seguro era clara señal que dentro no había nadie. Días antes había aceitado las bisagras existentes en la residencia. Desde entonces, nada rechinaba. Empujó y rápidamente se introdujo. “No vayan a salir la Señorita o la doña Marión”.

¡La que se le armaría a Torombolo por andar en pelotas! Sobre todo en esta *casá que es decenté y que usteg tiené que respetag si se quedag con el trabajo*, le dijo don Raymond el día que llegó a solicitar el empleo de mozo-de-la-casa, en un afán de, cuando menos, tener para una torta en la escuela, lo indispensable para los camiones y, de vez en cuando, para unas cervezas con los amigos de la escuela: se daban la gran vida en el billar mientras él se la pasaba con las tripas gruñéndole a la vida.

* * *

En dos zancadas llegó a la taza del guáter. Debido al frío y desnudo como andaba, nuevamente sintió deseos de orinar, aunque ya no con el ansia y la desesperación anterior. Iba a soltar el chorro cuando, a través del espejo que pendía sobre el lavamanos, advirtió la presencia de Sylvia Lizzeth, *la Señorita...* “Bueno, eso de señorita lo dice ella”, gustaban de lucubrar los trabajadores del señor Nul.

Ella, la Señorita, en la tina, desnuda, sumergida en aguas cuyos vapores emanaban aromas de sándalo y jazmín y almizcle y aceite de manzana.

Desnuda y líquida. Aromática. Esencial.

Sorprendido, Torombolo se volvió para cerciorarse, aún con el flácido miembro en la diestra. Sólo entonces se percató de la atmósfera neblinosa en la que se hallaba, del frío mármol

y de las ropas de la Señorita desparramadas al pie de la tina: mallas color *rosa-pierna-de-garza*, pantaletitas blancas (adornadas con un ramo de rosas bordadas sobre el monte de Venus), zapatillas de ballet y vestido a lo Marilyn-ventilándose-sobre-las-rejillas-del-metro, sin faltar el listón con que se ataba el pelo y de paso equilibraba el rosa chillante de las mallas.

Y también descubrió Torombolo que ya no sabe de nada más que de la presencia de la Señorita Sylvia Lizzeth sumergida en el agua; de la blancura de su cuerpo ondulante y líquido; de sus senos que parecían sacarla a flote, coronados por dos breves pezones color bugambilia dorada por el sol del atardecer tropical; de su rostro de ojos entrecerrados (Destacaba la nariz respingada y la barbilla partida, las tupidas cejas y el rizo de las amplias pestañas).

Era evidente que disfrutaba no sólo la tibieza de las aromatizadas aguas, sino también el jugueteo imperceptible que sus manos realizaban aguas abajo, entre la fronda de finos vellos azabache que destacaba la blancura de su anatomía.

Las manos de la Señorita: *alas quebradas*, diría Agustín Lara, entreabriendo los labios de la vulva para sobre ellos pasar el pequeño dedo índice: índice de fuego para sentirse tan cálida como el agua que la envuelve como a una diosa absoluta, lo cual le facilita acariciarse así, suavemente, pensando el recorrido para que, dócil, el dedo se encargue del resto hasta que fluya el líquido que le quema las inmensidades del ser y que, de haber estado fuera de la tina, hubiese empapado la ingle, la sedosa corona del Monte de Venus, la mano toda con hilos plateados: huellas del caracol del deseo que la aquejaba.

(Porque ya no se conformaba con el índice: extendía la mano entera y la deslizaba como mariposa dispuesta a surcar la caliginosa y palpitante zona ya hinchada, ya henchida por el

insistente toqueo: el aleteante cordial se introducía en el interior denso ya de tan cremoso, tan aprisionador y sin embargo aterciopelado anfitrión. La mariposa-índice provocaba la erección del clítoris ultrasensible, que tantas descargas provocaba y distribuía a todo su ser, orillándolo a que perceptiblemente se moviera, como para albergar en su musgoso capullo al pene más hermoso del mundo —y quedárselo por siempre, erguido y retozón, cíclope ansioso de navegar profundidades generadoras de prodigos efluvios.)

Con los ojos entrecerrados y la cabellera fuera del agua, Sylvia Lizzeth (cascada negra confundiéndose con el mármol) era incapaz de aceptar otra cosa que no fuesen aquellas andanadas placenteras que se prodigaba: incluso y con un mínimo esfuerzo (auxiliada con un poco de champú), revoloteaba e introducía el meñique en el brevísimo, delicado, tenso ojo trasero (“mi pasita”, decía cuando platicaba con sus amigas de cuestiones relativas al sexo).

Deseaba algo más, pero temía lastimarse.

Y sin embargo, apostaba a la realidad de los sueños. Entonces la sensación de casi plenitud le venía por partida doble: autopo-seída por atrás y por delante, formaba ligeros círculos en el agua con el meneo de sus nalgas firmes y, cuando secas, satinadas; entreabría la boca y con la lengua, fina y puntiaguda, lánguida punta de flecha, se acariciaba los labios encarnados e intensificaba el placer acariciándose los senos, apretándolos hasta erectar los pezones. El agua de la señorial tina hacía olas y cobraba vida, como si algo muy al interior de su interior bullera, rebullera feliz, alegre, luminoso de dicha autoproclamada.

* * *

Todo esto veía Torombolo. Nada más que eso. Y sus manos ciegas delectaban el pene que, ¿a qué hora irguio se el acezante coloso? Dejó fluir (cíclope al fin) una breve lágrima opalina que Torombolo atrapó, sin conciencia de lo que hacía, para untarse el glande violáceo que se estremecía ante lo que la vista y demás sentidos —mezclados con imaginación y recién descubiertos sentidos adivinatorios— le brindaban. La Señorita, sin proponérselo, prodigaba sus encantos, estremecidos por corrientes de plenitud; él imaginaba ser el alma de aquellas felices manos que retozaban sobre piel de durazno sin más justificación que ser vivarachas danzarinas; él, arrodillado junto a la tina, conteniendo la respiración para luego bucear hasta aquella vorágine oscura cuyo centro alberga todas las comodidades posibles para una lengua como la de Torombolo, resuelta y ágil para prenderse como sanguijuela, dispuesta a apropiarse de todo aquello y mucho más: el alma de tanto cuerpo, incluso.

Torombolo se soñaba causante de todas aquellas marejadas de placer tan gratas a Sylvia Lizzeth, dispuesta frente a él: abre las piernas al máximo para que el muchacho se deje ir, trémulo, balbuceante, lentísimo, abrasándose en aquel horno marino y llameante hasta el sínfin que es, prepucio propicio para instalarse breves segundos eternizados y luego retroceder para volver a zambullirse en aquella carne glotona que todo lo engulle adhiriéndose y succionándolo desde la punta que lo corona, hasta la raíz misma del tronco nervudo y palpitante que, encabritado, arremete hasta tocar la nada, la eternidad.

Al retorno alisa aquella envoltura carmesí que lo embrutece convirtiéndolo en feroz ariete, cabrió que embiste hasta que las pelvis se funden en un torbellino de pelambres, rizada

y sedosa la de ella, áspera y lacia la de él. Así fundidos, vueltos uno, las insatisfechas valvas claman por boca de Sylvia Lizzeth, la Señorita de la casa:

—¡Así... asíí...! ¡Ven asíí... ¡Otra vez... aunque me duela!

Ahora ella toma las bridas y está meciéndose y goza visualmente esta fantasía oscura y tensa, de venas enhiestas como crestas que le serruchan algodonosamente la carne sensible... hasta que el cíclope le lleva el alma hasta el paladar. Las bridas. Y los espolonazos: acaricia y soba los testículos como si fuesen óvalos perfectos bruñidos y preñados de miel derretida al sol, óvalos brillantados por las emanaciones de Sylvia, espesas y transparentes, aromáticas como hierba húmeda.

Sylvia goza el perezoso deslizarse de este singular reptil que se pierde y al aparecer algo vuelca de aquello que lo envuelve: funda gratinada de zumos iridiscentes, hostigando al inquieto clítoris que, al ser tocado, telegrafía a todas las centrales nerviosas un insistente: “Vente... vente porque yo me vengo... Yaaa... vente”. Hasta que el cerebro dispone a esas dos masas de sensualidad para que capten hasta lo infinitesimal la muerte chiquita, que ya se atisba cuando el paso se vuelve trote y finalmente galope que lleva hasta cimas con parajes de plenitud: praderas para el descanso perenne.

Sylvia, su molusco de aguas tropicales —voraz—, escalda a ese prisionero que tan libremente aletea como gaviota surcando su cielo púrpura incendiado, una y otra vez para, de repente, lanzarse en picada hasta las orillas de su playa pilosa donde flota un rato ocultando la testa en las rodillas para que Sylvia Lizzeth se retuerza de alegría y a cambio enrede las piernas en la cintura de Torombolo y le presione con los talones sonrosados y succione su boca, haciendo con las lenguas un enredijo laberíntico cuyas puntas latiguean en las sienas, en los senos (que furiosos

se restriegan en el pecho masculino), en la espina dorsal, en los poros que se abren para empaparlos de salobre sudor ahora que ella le rasguña la espalda, apuntándose de la mejor manera a la silla de carne cruda —de la que no quiere ser despojada ni despojarse, aunque quisiera: no en balde la afianzaban por las nalgas (con avaricia) dedos como cangrejos atezados en la roca, para estar piel a piel, poro a poro, boca a boca...

* * *

No lo sabía pero Sylvia se masturbaba pensando en Paco, y él viéndola a través del vapor dueño del baño, que le hacía olvidarse del frío ambiente, concentrándose en las manipulaciones trémulas brindadas al miembro que apuntaba hacia donde ella se mantenía flotando en el placer, mordiéndose ligeramente la lengua cada que introducía hasta lo más profundo su dedo, solitario explorador de aquella su selva tropical que tan succulentas y vivaces floraciones otorgaba.

Torombolo la ve agilizar sus movimientos: el agua escapa por los bordes de la tina. Torombolo entrecierra los ojos, de pie como está, y otra vez la mágica imaginación los tiene a ambos sentados en el borde de la tina; ya no puede entrar más y Sylvia Lizzeth lo ha recibido todo con la piel de su cuerpo erizada: multiplica, saborea cada milímetro que tiene dentro de sí, aunque siente una nada desagradable punzada a la altura del ombligo y es cuando ambos se estrechan porque algo está a punto de estallar, de liberarlos, y Sylvia se funde contra él y él quiere trozarla por la cintura, descoyuntarse con ella cantando un ruego, suplicándole espérame en el cielo, corazón, espérame que me voy contigo.

Y todavía faltan luces multicolores, tambores batientes que retumban en sus cráneos; bandadas de golondrinas desperdigándose en todos sentidos, en mil direcciones. Y las contracciones del cielo, las contradicciones del mar, del infierno, de las bocas que exhalan resuellos, y faltan diez surcos en la espalda de ambos para trastornar más las aguas, hasta que recuperen su habitual calma a partir del profundo suspiro que ambos engendran y dejan libre para que se expanda por el universo todo y lo transforme y arrije un sol plateado, una luna luminosa: luz que invade todo.

Torombolo entreabre los ojos y redescubre a Sylvia —¡Señorita!— lánguida, con la cabeza suelta a un lado. Y entonces, sobresaltado y silencioso veloz, se ajusta el pantalón que no abandonó y justo cuando está por terminar, la Señorita percibe algo y abre los ojos negros; lo mira azorada... y él, Paco, arremangándose la valenciana de la pierna izquierda.

Sylvia Lizzeth se incorpora lenta, silenciosa, y él, trastabillante, sin poder ocultar del todo la erección aún visible bajo la tela, coge presuroso el Pinosol y los guantes rojos de látex.

Apenas si tiene tiempo de balbucear:

—Usted dispense... Es que... Pensé que no había nadie y... Este... ¡Con permisito, con permisito!

Salió despavorido, sin dar tiempo a que la Señorita se recuperara de la sorpresa.

* * *

Así la conoció... de cuerpo entero: un metro sesenta y siete centímetros, de menudo pie y descalza, piel de durazno, pantorri-llas firmes, muslos como columnas de porcelana, vientre plano ostentando un gracioso ombligo; caderas con forma de pera que

se estrecha para dar paso a la cintura, curva peligrosa; senos amplios y erectos, con pezón respingado como capullo de buganvilia; cuello alargado y esbelto, facciones dulces y taciturnas, altivas cuando se requiere (la barbilla bifurcada ayuda). Por si fuera poco, la cabellera cae como un velo sedoso desde la coronilla hasta el nacimiento de las nalgas, semiesferas...

* * *

Por su parte Sylvia estaba decidida a satisfacer el interés que sentía por Paco. Ojalá fuese a temperaturas más veraniegas y con los cuerpos dispuestos poro a poro, “los dos vestidos de desnudez”, anotó en su diario con la fecha al calce: enero 14/martes.

Desde entonces se repetía: “Es que el amor es el silencio más fino”. Y ahora que estaba harta de su vida, pero lo que se llama *harta*, quería romper con todo. Incluida su —hasta entonces “casi íntegra”— virginidad...

CANCIONES INFANTILES

*Para Alfredo, Ricardo y Modesto Correa,
que pusieron letra y música*

—¡Que no te pase, que no te pase, güey! ¡Métele acelerador hasta'l fondo, que cruja el chasis, is; que se sienta a toa ma!

—Ya conozco mi chamba, guarín, pero qué tal si nos damos en toda la...

—madre.

—¡Madre, mira qué mujer!

—Pérate tantito, ¡horror!

—Nelson, luego se les alborota el estiércol y se sienten los galanazos conquistadores aquí, allá y...

—Chale, ora sí.

—Así, así, ora.

—Hacía así, sintiéndose muy liona.

—¡Arajo!

—Hiciste muy bien, Rey Momo, no valía la pena: estaba muy aguamiel la chava.

—¡Qué pena, ¿verdad?!

—Mambrú se fue a la guerra

—qué dolor, qué dolor

—¡qué pena!

—Mambrú se fue a la guerra

—y no sé si volverá.

—¿Quién? Ah no: sí, sí volverá; hoy no pudo acompañar-nos porque traía una cruda que...

—El estómago le quedará como de niño tragón, con purga y lavativa.

—¡So-do-mi-ta!

—Esto es el puro acelere. Te adornaste con la palabreja.

—¿Y qué quieren que hagamos? Si nos quedamos en un solo lugar...

—estáticos,

—seguro que tronamos en un dos por tres

—son seis; seis y dos son ocho y ocho, dieciséis.

—¿Enton's qué estamos haciendo?

—Ahhh qué chingona pregunta. Mira, no es que quiera molestarte, amigo Chon, pero a ciegos ojos cerrados se advierte que llegaste tarde al reparto de materia gris...

—Frena un poco a la izquierda y da la vuelta a la zurda.

—¡Izquierdista...! (Chántelas... me aloqué).

—Eso. Tú sí sabes mi buen Chimis...

—culero.

—¡Chi-mi-no! Aguas con el nombre, plis.

—¡Que agarres esa desviación, pendejo!

—Desviados somos del camino del Señor. Hossana en las alturas.

—¡Ayayayayay, mana! Dame un besito y vomita, ¿sí?

—No comiencen de maricas, que el coche no es mío.

—¿Enton's qué te apura, güey?

—Tú en lo tuyo, maneja bien que nos vas a embarrar en cualquier cerca pueblerina.

—¡Míralo, míralo: por poco y atropellas a uno de tu especie!

—Éjelejelé, éjele: por eso no me matrimonio...

—...

—Ayer fuimos a la carnicería, ¿verdá Feo?

—Ixcles, mi Rey Momo.

—Cuéntale a la Despeinada cómo estuvo l'onda...

—Pus afigúrate mi amor que fuimos a la carnicería...

—Uta, eso es noticia a ocho columnas

—¿dóricas

—jónicas

—o vertebrales?

—No joroben con sus palabritas domingueras. Cuando este gordito se metió al local, lo seguí y abordamos a una morra.

—“A ver qué te parece l'onda: al dos por una”, le dijimos.

—“Hecho”, respon...

—Las nalgas al pecho, güey...

—¡Qué pinche puto corriente eres, me cae...! “Hecho”, respondió la nenorrna: “pero me pagan el doble”.

—¿Cuánto?

—“Una lana por cabeza”, dijo la nena y también le echó lápiz a lo del cuarto.

—Uta, se ve que andaban urgidos, pinchi par de burros manaderos, ¿no?

—Pus sí... Pero este güey es un cabecilla de primera. Subimos los tres al cuartito, muy acá, abrazados y cumpliendo el protocolo al pie de la letra. Fue en un pueblito de Michoacán. Primero se lanza este tipo que viene adelante, a mi derecha: se la faja y yo como el chinito: nomás milando.

—Perdón: a propósito de *nomás milando*: una vez llegó a un restaurante un anciano así, arrugado, pasita-pasita. La mesera se acercó: “¿Qué le servimos al señor?”. “Quielo mollete, nena”, respondió el cascarita. “¿Qué dijo?”, preguntó medio confundona la chava. “Que quielo mollete, chamaca”. “Bien, bien”, respondió la de la fonda chiquita que parecía restaurante y fue a la cocina para informarle a la superioridad que no entendía lo que al rucailo se le antojaba. El mandamás fue, le preguntó al

ruco sus penas y alegrías; regresó riendo: “Anímate, porque el veterano dice que quiere morderte”.

—¡¡¡Qué bien, qué bien!!! ¡¡¡Nos ha gustado mucho, nos ha hecho mucha gracia!!! ¡¡¡Que se repita, que se repita!!!

—No hagas caso y síguele, Feo.

—Luego me tocó brincar al ruedo y comencé mi trabajo. Cuando más entrado estaba entre las piernas de la nenorróna, éste... Sí, tú, no te hagas. ¿Creen que dejó llevar a cabo lo que les conté? Se puso a bambolearme las pelotas, el muy cabrón y luego, cabrón, agarró la jarra de agua fría y ¡brrrr!, me la vació en el lomo, siendo que yo estaba empapado en sudor.

—Luego, nomás fíjense: la chava se puso alebrestada y no quería que nos quedáramos a dormir con ella.

—¿Yyyy?

—Pus nada, que aquí el joven Feo y yo nos aferramos y... ¡Bájale al radio, Chimis, que no le pongo sabor al caldo! ¡¡¡Chale!!! Nos quedamos hasta eso de las dos o tres de la madrugada, hasta que la puta se endemonió: que agarra su vestido, blusa, calzones, bolso de mano, abrigo de pieles, y se encerró la hija de la chingada a dormir en el baño.

—Al ratón escuchamos que llamaban a la puerta. ¡Ahí vamos el par de babotas! Nos asomamos y resultó ser un briagales en busca de una pared para firmarla con sus miados. Lo mandamos requete lejos.

—Mientras, la chavala salió de la fábrica de churros, corriendo como a cien por hora.

—Y lo gacho gabacho fue que atrancó la puerta por dentro.

—Obvio. A güevo.

—Nel, porque también por fuera se puede.

—Ohhh-oh-ohhh.

—Nos dejó como a viles changos: encuerados, en los puros pelos.

—Para esto, estimado auditorio, sabrán que las casas de pueblo son chanchísimas, no como los palomares en que ustedes viven... estrechos de estrechez.

—Bájele, bá-je-le: se pasan de lanza con las críticas.

—Bueno, el chiste es que estaba muy alto, y nosotros sin ropa...

—No mientas, Momo: rimember que en el pasillo encontramos un tendedero con ropa íntima, propiedad de las ninfas del changarro aquél.

—Pura pantaleta rosa mexicano, pura talla cien.

—Y pus ni modo: cada quien tuvo que llegarle a una.

—Lo que es ser gandalla, pinchi Feo, me dejaste la de la mujer más chancha del universo...

—¡Órale güey: fíjate cómo manejas que me zarandeas el abono de los tulipanes!

—Nomás no se me encabrone, patrona, y ya sabe que usted manda.

—Pobre Momo: a cada rato se te bajaban los chones; tuvimos que descolgar un mecate y con él hicimos una fajilla que ya quisiera el Preciso Presidente para sus recepciones en el Salón Principal del Palacio Nazional... Total: que abrimos las ventanas hasta que dimos con la que daba a la calle. Y qué creen: estaba de pelos.

—Sin exageraciones, mi Feo, porque a Dios gracias había un poste con alcayatas; daba al puro pelo a nuestro balcón. Un metro y medio nos separaba de él.

—Pus que le saltamos, y yo al menos descendí gallardamente, pero la soba fue para acá: estrellita marimbera.

—Pus la neta es que no me arriesgaba a tomar tamaña decisión; preferí bajar apoyándome en la marquesina del burdel, pero aún así estaba como a tres metros de la banqueta.

—¿Cuál banqueta, tú?

—¡Oh que la...! ¡Es un decir, puto! Pero lo peor fue que este hijo del mión no me advirtió que abajo estaba tamaño-nón hoyanco repleto de porquería. Peor que este coche. Y salí apestosísimo.

—¡¡¡Ah ya vas!!! ¡¡¡Pamba por mamón!!!

—Ohhh, cálmela... Era puro lodo podrido. Cuando el camarada pudo salir a flote, gracias a su servidor, traía una escurridera de drenaje profundo, una jiedentina que ¡pa' su mecha! Y por ahí dos que tres Kotex.

—Conque Draculita el señor, ¿no?

—A la verga pus qué, si ya saben que acá al compañero de yunta bien que le gusta exagerar, según convenga a sus intereses.

—Qué quieres, así anda la opinión pública.

—Ora. Déjenlo manejar o nos embarra.

—Calma, calma y nada pasa.

—Salú.

—Ventanitas: destapa las otras tecates y cuidadito te agandayes. Ai se lo haiga si se mancha, usté es menor de edad.

—Mis güevos, pus qué: ya tengo mis dieciocho años, pero no me han liberado la cartilla melitar. Salen tecates on ti car.

—Ya vas, sabás, pero nomás no me las avientes.

—¿Y ora?

—A la víbora, víbora

—de la mar, de la mar,

—por aquí pueden pasar;

—los de adelante corren mucho,

—los de atrás se quedarán.

—¡¡¡Tras-tras-tras!!!

—Una mexicana, qué fotos vendía, caray. Vivía cerquita de mi casa y su esposo era fotógrafo profesional; de iglesia, pues. Los rollos que le mandaban a revelar los censuraba y se quedaba con ellos. Aprovechaba la calentura cachonda del pueblo. Qué quieres, carnal, el jotógrafo estaba afiliado al Pricolor y pus ya sabes: la Moral Robolucionaria. Pero ella no, y se dedicaba a vender las reproducciones; le compré una serie que ¡carajo! Ver para creer, neta que sí. A cada una le saqué el bonche de copias y nos resultó el gran bisnes.

—Muy puerco por cierto, envenenador de inocentes criaturas.

—No me diga eso, compañebrio, que más puercos hay en el mundo; les hablan de usté y no pasan hambres. Y ni me cuque porque me sigo y me comprometo y me pueden acusar de subversivo y... ¡Qué fotos mano! En la escuela se vendieron como pan caliente, como tortas a la hora del recreo. El conserje compró toda una serie y bien que hizo su ronchita, hasta que alguien vendió el negocio, o quien sabe si fue metida de pata, porque se las enseñamos a unas chavas, quesque las más aliviadas del grupo, las que presumían de ponerle a la pescuezona. Las más acá del salón de clase, de la escuela si ustedes quieren, y fueron chille y chille: “Señor director, buh-buh, unos palurdos nos enseñaron lo más puerco que se pueda usted imaginar, buh-buh”, lloraban a moco tendido, y pus que se viene la carcería de brujas...

—Ay dios, qué feo: hasta tu mamacita resultó embarrada en el asunto. ¿Y no te da vergüenza?

—Más respeto, hijo de la chingada, o me bajo y a ver qué hacen sin su Jaime...

—¡¡¡No por favor!!!

—Tranquilos, pues. Yo me sentía como en una novela, el orgüeliano Winston Smith (mámense esa, culeros ignorantes) a punto de enfrentarse al Hermano Grande en plena Semana del Odio. Pero no quise triunfar sobre mí mismo. Amenacé a los compradores: “Ustedes que rajan y van a ver quién soy”.

—Huy nanita, qué miedo. Qué mello...

—De todas maneras, si triunfas sobre ti no lo ibas a presumir, ¿verdá? Porque no es como pa’ decir: qué bárbaro del ritmo.

—¿Quién te daría un premio por eso?

—Ya ni friegas: échate un triunfito, ¿no?

—Traguen caca, ojetes, que cuando les llegue la hora y sientan la de hacer niños, me comprenderán. La neta es que yo estaba...

—Estaba la pájara pinta

—sentada en un verde limón,

—con el pico picaba la rama

—y con el culo movía la flor.

—¡Ayyy sí, ayyy no

—cuándo vendrá mi amor!

—Me arrodillo a los pies de mi amante,

—me levanto constante, contante.

—Dame la mano, dame la otra...

—¡¡¡Dame un besito de tu linda bocaaaaa!!!

—Putá, qué inspirados pirados andamos, bola de mamadores.

—Si no te late, podemos rezar un Padre Nuestro y un Ave María. Tú dirás, tú dirás, tú dirás... si a mi amor le correspondes...

—Chale, esa ya no es canción de niños.

—Qué transa, ¿cuándo vamos a devolver el coche? Dijimos que lo agarrábamos prestado nomás un rato, ¿no?

—Ventanas, ¿estás pendejo o así eres de nacimiento?

- Sí güey, ¿nos quieres amargar el rato?
- Por cierto, ¿y tu novia?
- Oh, no se manchen, qué les importa; se ve que le traen ganas, pero yo ya dije: chingue a su madre el que correee lagartijas ajenas en terreno propiedad de la Nación. ¿Papas?
- Nel. Las rucas ajenas son para que nos hagan como trapeador. A cambio, les damos buenos piquetes y lamidas en el peludo...
- ¿Quieren entonces que les explique con métodos audiovisuales?
- Te gusta la ñonga, pus qué.
- Oquei, oquei. No sean ojos...
- Cara.
- ¿Ya vieron qué narizota tengo?
- Métetela en el fundillo.
- ¿Mande?
- Pa' que ande...
- Ya párenle. Si seguimos así, en el momento menos pensado nos invitan a La Hora Nacional o a la tele, a Siempre en Domingo.
- Brincos dieran; los pendejos abundan.
- Oigan, si no es mucha molestia abran las ventanillas porque sus cancerigenosos tizones me irritan los oclayos.
- Tus mecos, pus qué.
- Háganle caso al Ventanas, porque además del humo alguien agrediendo con unos pedotes frijoleros a la política del Buey Vecino y a la endeble paz mundial, latinoamericana... ¡Ya ni la chinga, es usted, camarada Rey Momo!
- Bájele a su estereorey, camarada Chimino, que nunca, óigalo bien: nunca en mi vida he tenido el gusto de empacar frijoles refritos o de la olla pa' echar pleito.

—No se encabrone, mi buen, que yo nomás decía. Pero tampoco mienta: acuérdesse de las funciones corridas en el cine Maravillas y verá que es hablador usted...

—No rimember, mi amor.

—Caras vemos, puñal; pero para no meternos en honduras y otros pedos, le recordaré que a la entrada cada uno compraba su dotación de habas fritas, garbanzos, pepitas y chitos. Alquilábamos una manita de plástico y una cachiporra para fines de sobra conocidos.

—No por mí...

—Hágase pendejo, hágase pendejo...

—¡Me caga que me achaquen un pavo del que ni las plumas he visto!

—Hago la exposición entonces, para encontrar y destrozarse la ignorancia del aquí presente. La cachiporra servía para:

—¡¡¡matar a las ratas, que mordisqueaban al menor descuido nuestras tortas de queso de puerco!!!

—Y las pepitas:

—¡¡¡eran sólo para defendernos: el bombardeo, aunque la película fuese de Isela, Eduviges Fenech o cualquier otro buen culo:

—(Te toca, güey. Estás comiendo verga).

—¿Ehhh? Ah sí: ¡¡¡era nutrido!!!

—Y la mano de plástico:

—¡¡¡servía para rascarnos las partes difíciles, afectadas por el ataque de las chinches: huéspedes honorarias del mencionado pulguero!!!

—Ay sí, qué dijeron: vamos a ponernos de acuerdo para chingarnos esta verga, ¿no?

—¡Qué asco!

—¡Horror!

—¡cerdonios!

—¡Silencio compatriotas! ¡La hora decisiva ha llegado! ¡He ahí nuestro destino, como el de la Patria...! ¡Ay güey, no frenes tan duro! Las nenas nos esperan con los brazos abiertos y vengan, dicen, vengan... ¿Traen lana? Miren sus brazos extendidos, sientan el calor de sus cuerpos, respiren el aroma lácteo de sus senos, la fragancia popular de sus sexos húmedos. ¡Vayamos a gustar las mieles del placer! ¡A coger, a gozar, que al país se lo van a acabar! Escuchen el ronroneo de esas fierecillas que anhelan destrozarnos...

—los bolsillos.

—¿A poco tu mamá trabajaba gratis?

—¡Cállense pendejos, que las espantan! No se cisquen y lléguenle... Sírvanse servirse, que es autoservicio. Pero antes, bajen las tecates y el brandy Presidente y el ron Cagüey...

—Pero, ¿y la austeridad? ¿Y el ahorro?

—¿La moral?

—¿El sentido de la responsabilidad... la disciplina?

—¡¿Y quién se ha creído y respetado esas pentontadas?! ¡Puto el que hable y escupa más idioteces! Polvo somos, polvo serás. Aserrín...

—aserrán,

—los maderos de San Juan

—piden pan, no les dan; piden queso

—y les dan un güeso...

—¡¡¡que se les atora en el pescuezo!!!

—Manos a la obra...

—¡Ayayayayjos del maíz!

UN GATO LOCO EN LA OSCURIDAD

Acuérdate que siempre te adoré,
no dejes que me pierda en mi pobreza;
ya todo lo que tuve se me fue,
si tú también te vas me lleva la tristeza.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

I

—Eres una cuzca —dijo Tano.

Artemisa saltó de la cama y se le enfrentó altiva, echaba lumbre por los senos que le apuntaban directo a la cara, siempre tan tiernos con él y ahora como dagas amenazadoras, desafiantes.

—Paras el culo para lo más roña que pueda haber en el mundo... ¡Cuzca! —añadió tendido sobre la cama cuan largo y escasamente ancho era, con una mano (la diestra) bajo la cabeza y con la izquierda sosteniendo un cigarrillo del cual desprendía blancas y gruesas volutas.

—Nalga fácil... ¡Putá! —se lanzó Cayetano con la estocada a fondo.

Entonces la dulce Artemisa, la Misha que le llamaba “mi bebé” y depositaba los breves pezones en sus labios y le acariciaba la testa y se inclinaba sobre su miembro y le besaba con cremosa dulzura; la que un día le bautizó a esta parte del mundo

Narizoncito, mi muñequito enorme; la que lo defendía a capa y espada ante las habladerías de la jauría laboral, ahora se cruzó de brazos... desafiante.

Pero antes fue la chavita lurias de la oficina del octavo piso del diario en el que laboraban, la que parecía mosquita muerta con su cara de chingame dos varos, porque nomás traigo uno pero eres capaz; la que cuando él, Tano, rompió sus miedos y la abrazó directo —al tiempo que la besaba y metía su lengua entre los dientes y le afilaba el placer—, le frotaba casi con furia el montículo de su entrepierna enmezclillada y le ofreció los senos hasta donde sus manos calientes habían llegado por debajo de la blusa y del sostén.

La sabía virgen y dispuesta casi para mártir a hierro candente perecer, ya la soñaba con las ingles empapadas de sus propios jugos y del espeso y opalino semen de él: desconocido lujurioso dejándole ir “todo un monstruo” —dijo ella y él sonrió agradecido a la almohada— que la hizo desfallecer (al principio de dolor que trajo sangre consigo, y luego de placer al sentir sus movimientos)...

Misha se cruzó de brazos... Y luego, estalló:

—¡Ahhh nooo: me perdonas pero eso sí que no me lo puedes decir! Puta nomás contigo, si es que ser puta es quererte como te quiero: con nadie más, y te juro por esta cruz que así es, hijo de la chingada; más que puta, pendeja una que anda haciéndole al cuento con la fidelidad y esas mamadas, pero ahora: se acaba y te me vas mucho a la chingada, porque son poca madre tus palabras: si bien sabes que contigo empecé y contigo aprendí a querer al mundo, a ver a mi alrededor, a que me pusieras el dedo en la llaga y yo lo besara, pendeja de mí, como si fuera un objeto sagrado: porque eso es para mí: la parte donde te concentras y me la das hasta las amígdalas, hasta el alma misma; pero

te pudres, cabrón: te me vas mucho... Nooo, mejor quien se va mucho ¡pero a la chingada! soy yo...

Misha detuvo en seco su perorata, lo miró con ojos de pistola, casi-casi de rifle de los llamados cuerno de chivo, y agregó para que no cupiera duda:

—No-no, nooo-no-nooo, ya te dije: quien se va mucho a la chingada... soy yo —añadió y dos lágrimas quemaron sus ojos y se evaporaron, mientras iba de aquí para allá recogiendo sus prendas de vestir y alejando con la punta del pie las de Tano, que se le cruzaban en el camino.

—*Te vas de mi lado porque eres cobarde / y porque le temes a mi situación* —tarareó Tano y conciliador agregó—: pinche escuincla pendeja y de pilón orinacalzones. Te quiero. Y te vas, madres: todavía ni de madrugada es...

—Y qué-y-qué-y-queee —respondió Artemisa pese a su postura, agachada sobre el lavabo, cepillándose los dientes y escupiendo en el bidet, ese extraño artefacto higiénico, tránsfuga de alguna vieja película francesa—. No será la primera ni la última vez. Acuérdate que por llegar de madrugada a mi casa me eché broncas con mis papás, hasta que me salí de mi casa, por ti y para qué: para esto...

Afuera del hotel la lluvia deslavaba paredes y un danzón se deslizaba entre el sopor de la noche abochornada. Un par de borrachos discutía acerca de los resultados del futbol y de la posibilidad de que el dinero les alcanzara para otro par de tragos.

—No te aceleres, Misha... Te comportas a lo pendejo, mi amor...

—Y qué-y-qué-y-queeee —repetían los diecinueve embe-rinchados años de Artemisa, mientras guardaba en una maleta sus pertenencias—. Además, ya no soy tu amor.

—A güevo que sí, aunque me duela uno y la mitad del otro. Yo nomás lo que digo, y conste que no me hago pendejo, es que si le diste las nalgas a ese otro culero y ya hicimos las paces, mínimo hay que usar condón hasta que sepamos qué onda: pinche mono, se la pasa de putaño en los burdeles y no vaya a ser el diablo del sida que se le pegue. Vamos, nos hacemos el examen y papas: según lo que resulte vemos cómo le hacemos para lo nuestro... Ya me dolió todo lo que debería de dolerme de que me hayas visto la cara. Ya chillé, patalié de celos, quise martarte y rebanarte en pedacitos y darte de comida a los perritos; me empedé hasta que no era yo alcoholizado, sino alcohol con yo de ribete, y me vomité, cagué, volví a guacarear y me batí de mocos la cara y me embarré de mierda los calzones de tanta inconsciencia, hasta que llegué al fondo; pero ahora sé que te amo, Misha culera, ojeta, arrabalera, hija de reputa a la que adoro pero sí: sí me quiero un tantito y todo lo que te pido es que, si le vamos a seguir poniendo Jorge al niño, si nos vamos a vaciar uno por obra y gracia del otro, ¡papas! pero nomás te pido eso, que usemos condón, globito, paraguas, guantecito, mientras sabemos qué onda... Ora que si te emperras en largarte mucho a la chingada, nomás te pido: aguántate un ratito, duérmete, luego almorzamos en la fonda de la Mago y con la barriga llena discutimos lo que quieras, pero sin aceleres... Te pasas...

—Y qué-y-qué-y-quééé —repetía como disco rayado Artemisa y paraba la trompita carnosa, enfadada, mientras en la radio, paradójicamente, sonaba un merengue:

Dime niña quién te besó
a la orilla de la empalzá,
que tu mama tuvo la culpa
que la justicia no hiciera ná...

Tano hablaba y Artemisa se peinaba con furia frente al espejo, desnuda, irguiendo los brevísimos senos. En el reflejo él advertía el abundante vello rizado que cubría su sexo, y por detrás admiraba en el cuerpo la mata de vellos que sobresalía de entre la parte baja de sus nalgas.

Ahhh, la bella infanta Artemisa poniendo, ¿ahora sí en serio?, punto final a esta relación. ¿Ahora sí? Porque en otras ocasiones y después de salvajes discusiones salpicadas con brotes de violencia: tirones de cabellos, mordidas en las nalgas, puños sobre la espalda y cachetadas, terminaban amándose como si fuese la última vez.

Llegaron a separarse en algunas ocasiones, pero Tano o ella daban “su brazo a torcer”.

Pero esta vez, Artemisa parecía muy decidida...

Fueron seis años de acudir con Tano a ese hotel enclavado en la zona de los periódicos nacionales, a unos pasos del Paseo de la Reforma por donde los travestis pululan ofreciéndose como mercancía con el mínimo de ropa. En las cercanías era posible captar el constante frenar de tráilers que circulaban por los alrededores conduciendo enormes rollos y rollos de papel para los *rollos* de los diarios.

—Te digo: aguanta un ratito... Te pasas, de plano te pasas... Seis años...

La magia de cada reencuentro fecunda a la imaginación y a la tortuosa angustia de la espera por cuestiones productivas en el diario “que calla lo que otros dicen” o por encabronamientos, la suplen nuevas prácticas que estremecen el hotel que Tano y Artemisa ya consideran y llaman “la casa”.

—¿Vamos a la casa, pécora de mis ojeras y taquicardias?

—Vamos, pero nada más a dormir, ¿eh? —respondía y le guiñaba un ojo.

—Pues claro que no. Mejor dime que no vamos a coger.

—Nada más poquito, pero bastante —le sigue ella la corriente de la conversación, abrazados bajo la tenue lluvia que apresura el paso del resto de la gente, comunes mortales para ellos que se dirigen a la pieza donde la obligación queda relegada por el mutuo deseo.

—¿Qué vamos a hacer? —inquieta ella y agudiza el placer de ambos la inminente entrega.

—Nada más lo que tú quieras —contesta él y ya sonrío al recordar que ella siempre aduce lo contrario o recurre al halago:

—Lo que tú quieras, mejor tú me enseñas...

Cuidado con los baches y coladeras destapadas. Qué gusto de agarrarme las nalgas en la calle, van a pensar que soy joto-lín. Conmigo sí, ¿cuándo te habían metido un dedo en el hoyito, mi amor?, dice y abre las compuertas de la risa. Hojas de papel volando se adhieren a las paredes y resbalan como marsopas fulminadas. Fugaces sombras de roedores cruzan la solitaria calle cintilante, iluminada por las intermitencias del letrero que pende al fondo de la calle: Hotel Garage.

II

El ritual de entrada parece igual al de anteriores ocasiones. Pero ya no sienten la necesidad de apresurarse, de que ella permanezca fuera de la vista del administrador de llaves, dizque apenada.

El administrador: en sus manos está el acceso a la intimidad, es cómplice declarado y el alquiler que recibe sin solicitarlo

(aunque puede informar de su monto) sólo es parte del ritual que puede incluir solicitud de bebidas, toallas y jabón.

Ahora trasponen la puerta, juegan a que se tocan con mayor cadencia y amplitud de zonas, confiados en que nadie los mira y si así fuera, qué. Están en otra parte del mundo, asumen nuevas perspectivas y suben las escalinatas alfombradas con falsa piel de tigre para ahogar los pasos de tigres y hembras que aquí concurren. Ella se derrite en sus efluvios cremosos y aromáticos; él se siente incómodo por la erección que no cede.

Apenas cierran tras de sí la puerta, reinician los escarceos que incluyen el arribo a la desnudez para encontrarse piel a piel; activan el encendido de la televisión como una barrera más ante el exterior.

Afloran trilladas palabras y sin embargo impactantes porque los muros tienen la palabra y los cercan para que hallen la cercanía. Incendiarias peticiones de ella que él acepta complacer porque sabe que Artemisa se esmerará en seguirle el paso e incluso superarlo, y para muestra está su lengua: con los dedos crispados lo toma de los cabellos y le besa hasta la garganta profunda y él siente que le sorbió el alma y para que se la recupere le atenaza las nalgas y deja que las manos se deslicen desde el cuello —hizo a un lado la cabellera de bucles negrosnegrosnegros, intensos y sedosos— y se solacen en las truncas alas de ángel que, dicen, son los omóplatos de las mujeres, y descenden hasta la bifurcación de esas rotundas nalgas que no se cansa de pronunciar, y sienta el tibio calor que de ellas emana, que de entre ellas Artemisa desprende para darle cobijo al ser que frente a ella se enhiesta, le humedece el ombligo con una lágrima de cíclope y tiritita topando contra el muelle vellón azabache —tan rizado como la cabellera—, tiritita para urgir a que le cedan el paso y quiere sentirse inmerso desde ayer y navegar entre esas

aguas densas que ya le fluyen a Artemisa por la entrepierna y él las siente tan calientes que le da más frío.

—Ven —le tiende los brazos Artemisa.

—Voy —los recibe Tano y se deja conducir. Casi en silencio.

Con un leve desliz de las manos lo detiene, le echa los brazos al cuello y mejora el beso que lo dejó sin alma. Pero ahora no la devuelve: porque lo tiene de pie a la orilla de la cama, vuelve a tenderse sobre ella, abre las piernas al máximo y entonces Tano recibe una descarga de un algo así como quién sabe qué, cuando mira en el vértice a la oscura golondrina de alas extendidas que le entra por los ojos y cimbra su razón, no sin antes advertir la sonrisa de Misha y sus ojos vidriados tras del ángulo que forman las extremidades y pronunciar la palabra mágica:

—Ven...

Y en seguida:

—Mámamela... Mámame...

Remata la orden con una sonrisa que desarma a Tano y lo hace abalanzarse con los labios cálidos a explorar aquel misterio que ella entreabre con los dedos de ambas manos para que aparezca la carne viva, a la que él acude como si fuese vertical rebanada de sandía, loca alegría con la cual saciar la sed, la necesidad de este salobre, denso, caliginoso líquido donde la lengua hurga con saltitos arribayabajo, izquierdayderecha hasta que el aliento ausente le confiere fuerzas para subir las rodillas al lecho, girarse lo suficiente y ofrecer a la también experta lengua de Artemisa al Narizoncito que recibe la cavidad bucal con un suspiro y soporta tal racha de placer hasta que no puede más y se deja ir y está al borde de la asfixia, pues Artemisa responde con la misma moneda y el paroxismo le contrae los músculos de la entrepierna y es como si quisiera llevar a Tano hasta lo más infinito de sí, cálido y húmedo.

III

La noche está abochornada; se humedeció la cara con la llovizna. Lacios, los cuerpos inician un vaivén suspendido en el tiempo, en cámara lenta; las transpiraciones se confunden, sucumben las delicadezas civilizadas y asoma la animalidad, pero la cadencia del vals que ambos tararean, que los amantes sostienen, le confiere ternura, pasión, ansiosa búsqueda de la plenitud, del supremo contacto, de la cadencia al fin descubierta pero dosificada con la pretensión de eternizarlas.

—Apriétame, llévame contigo en uuuno-dos-unooo, vuelta, valseo... Así, así nada más.

—Así —contesta él como eco.

Cuando pasan frente al espejo, él la detiene y se embelesan con la figura que han creado, se frotan nariz con nariz y se mecen arrullándose en suave oleaje que luego transforman en tempestad. Les da curiosidad cuanto ruido proviene de la recámara superior, pero sólo sonríen y miran al cielo raso... y siguen en su valseo.

—Dame la lengua...

Él obedece. Y luces cintilantes se le instalan en el cerebro. El dolor del abrazo les provoca corrientes de pasión, y ella que decía:

—Soy más tierna que apasionada.

Ella, que decía eso, demuestra lo contrario, conduce el acto por toda la recámara, da indicaciones:

—Este paso hacia la izquierda, no te despegues... Así, derecha... uuuno-dos-unooo, vuelta, valseo... Así... Apriétame, llévame contigo en uuuno-dos-unooo, vuelta, valseo... Así, así nada más —clama Misha y se conduce apretando entre sus piernas el pene de Tano.

El vals cambia a danza propiciatoria.

El sudor se lo frotan ambos en el pecho: reactiva, incrementa la sensibilidad de la zona, endurece con furia los pezones, invade todos los resquicios y es bueno para que los torsos sean explorados por manos en ocasiones crispadas pero con sabiduría contenidas y vueltas caricia, exploradoras del mapa que asciende hasta ser nalgas que se mueven en círculo y reciben a las palmas ardientes; mientras, el ritmo se devuelve a la calma del vals e incluso suele llegar al nulo movimiento, combinado con la absorción del aliento del otro como si fuesen inspiraciones de vida.

Artemisa gime, grita de placer y él gruñe, bufa, resopla. Y entonces cesan los ruidos de los cuartos vecinos. Y ellos reinician la invención de los siameses que son.

Afuera, la lluvia golpetea sobre un techo de lámina. Desde un radio vecino la música tropical desparrama: es rock de los campos de algodón sureño USA y también mambo de Cubita la bella y chachachá de allá mismo y boleros en voz del gran Jibarito Anacobero, Daniel Santos:

Perdón, vida de mi vida,
perdón, si es que te he ofendido...

IV

—Gracias, hoy no tomo —les dice Tano.

—¿Qué le pasa, mi último bohemio de aflicción? —pregunta Meni.

—Algo grueso se trae ese... Enamorado... puede ser que me lo traigan cacheteando la banqueta, arrastrando la cobija, ¿no?

—¡Sácate a la mierda! —responde y coge sus cosas, deja la botana intacta y un billete—. La vemos, ai se ven.

—Órale —contestan Chucho y Quique nomás porque sí.

Descubre que, ¿inconscientemente?, está en el mismo barrio donde las noches con Artemisa eran eternas vigiliadas amorosas endulzadas con pausas de lecturas en voz alta, pláticas del día, juegos con remedo de voces infantiles: mamoch a vel quen tene máchs cochquillachs, de dame tu lengua y hachemos un nudo; dame la patita adorable: nochs chupamos desde el dedo chiquito y el chiquito hasta el goldis, pachando pol tuch talones y tobilloch...

A ella le encantaba que le provocara orgasmos sorbiendo con los labios adheridos a su ombligo, desde donde descendía un hilito de finos vellos que desembocaban en el Delta de Venus, y pedía que le diera mordiditas alrededor y la lengua exploraba la cicatriz umbilical mientras ella gemía exaltados:

—¡Cabroncito: ¿sabes cuánto te quiero, cabroncito?! Así, así, mal-di-to: cuando dices te amo, yo te amo *ibidem-ibidem*, maldito este: ahorita verás lo que te voy a hacer, ancianito, viejo rabo verde libidinoso.

Y él, cuarenta y un años de edad (aunque siempre decía que tenía o cuarenta más uno o cuarenta y dos menos uno, delgado, greñas crecidas al ai se se va, con las primeras canas que rebeldes se erizan lo mismo que en la barba que en los bigotes e incluso en los testículos, se deja dibujar las flores que eran sus labios en la espalda y también desde los talones hasta las tres arrugas de la frente y en el cuerpo todo; y la dejaba que trazara miles de microsurcos con los hilos de su musgosa cabellera de

negros y brillantes rizos deslizándose por sus brazos, el pecho, las piernas...

—Ahorita verás lo que te voy a hacer...

Y le cubría la cara a besos diminutos como dulces agujones; y ella se prendía a su totalidad y él viraba y reviraba, pagaba con la misma moneda hasta que sus efluvios se hacían uno con la saliva hirviente de cada quien.

Laxitud, suspiros; manos que retiran cabellos de la cara, pilosidades de la lengua; y luego, ronca por los alaridos que le llegaron desde el ombligo, y jadeantes ambos jalan aire con leve sabor a éter y reposan —antes de entregarse al abrazo que les ponía en contacto con su más profunda piel— leyendo al poeta de “Los amorosos”, prodigándose una y otra vez —así, envergada como está; así, devorado como es— aquellos versos que a ella le salen con tanta ternura, pasión, los de “No es que muera de amor, muero de ti. /Muero de ti, amor, de amor de ti, /de urgencia mía de mi piel de ti, /de mi alma de ti y de mi boca / y del insoportable que soy yo sin ti”.

Se juraban y maldecían y envueltas en carcajadas volaban las almohadas y las sábanas se convertían en tiendas sajarauíes y allí se buscaban los labios y se encontraban los sexos y con dedos que deseaban de terciopelo iniciaban un rudo vaivén sobre la piel del otro que culminaba en abrazo enfebrecido y desfallecían con larguísimos suspiros que en breve les darían más energía y horas para el deleite.

Sin embargo, un largo y estrecho abrazo con profundos besos a las afueras de un hotel de paso, y una petición de tregua, los tiene separados.

—Más vale... Ya nos peleamos mucho, a cada rato —justificaba Misha.

Y él camina por las calles como ebrio, quiere encontrarla y anda atontado; tropieza con la muchedumbre, siente que le arrojan al vacío más terrible: el de la ausencia de Artemisa.

Frecuenta aquellos cafés, no podía faltar el de chinos, donde entrelazaban sus manos, seleccionaban del magro menú, y se convidaban chocolates, dulces y chicles mentolados de boca a boca.

Frecuenta las calles por donde deambularon abrazados, los parques y jardines donde hacían altos para seguirse besando, también las esquinas solitarias de las que se adueñaban, y las paradas de los camiones donde subían o bajaban...

En el vagón del metro la multitud lo rodea y Tano se siente solo.

Estación terminal: los pasajeros se atropellan para ganar escaleras abajo. Tano finge dormir, aunque no falta el acomedido que le zarandea un brazo para sacarlo del sueño ficticio. Voltea hacia los pasillos del metro donde creyó ver a Artemisa, esa escuincla que lo trae de un ala.

Pero no es y más se obstina en reencontrarla, aunque sabe el plazo: fue como un poema de Cavafis:

Un día, a las cuatro,
nos separamos por sólo una semana.
Ay! esa semana dura todavía.

Por eso trae intermitentes mordiscos en el estómago y punzadas en el corazón. Calor y frío. Arde. No se halla. Escalofrío. La evoca y aparece Artemisa ahí. Misha en la zona de la memoria donde —*per secula seculorum*— ambos se conservan y reencuentran, en verdad se tocan sin que nadie se moleste ni dé cuenta.

En la memoria hacen realidad su ideal de amor aislado...
Pero no se hallan.
Y él anda como un gato loco en la oscuridad.
Un gato enamorado.

OSCURA SONRISA DE ALEGRÍA

Para Sergio y Gabi Salazar

Miércoles de Ceniza. ¿Tres o cuatro de la tarde del Miércoles de Ceniza? Quién sabe. La tarde lluviosa borra los horarios de Ismael, *el Patrañas*, y de Airamaná, inmersos en la penumbra de la alcoba del hotel de paso.

Afuera, en la calle, la gente busca refugio bajo los aleros de las casas mientras del templo cercano ancianas vestidas de negro salen con una cruz de ceniza impresa en la frente. Elú, la gata siamesa, duerme a los pies de ambos y tira esporádicos zarpazos a los sueños, a uno que otro mosquito que se posa junto a ella.

Ismael extrae un breve pliego de papel arroz; coloca la yerba y forja el cigarrillo. En la radio, a bajo volumen, los acordes de una canción norteña:

Se me fue mi amor,
se me fue mi encanto
y no sé hasta cuando
volveré yo a verlo.

Ismael raspa la cabeza del cerillo. La flama ilumina su rostro; acerca un extremo del pitillo de mariguana y succiona hasta llenar sus pulmones. Contiene la respiración, siente cómo los ojos se le congestionan y luego exhala...

Quisiera su sombra ser,
su suerte correrla yo,
seguir su camino,
el mismo destino
que tenga él tenerlo yo.

—¡Ahhhhh pinchi mundo! —susurra, complacido, para no interrumpir el sueño de Airamaná—. Chingoncito el tocador, la morrita, el aliviane... Pinchi mundo... si quieres sobrevivir tienes que sobrebeber, en toda la amplitud de la botella. Beber, sobrebeber, suavebeber, vivir para beber, hasta no beber no caer, diría Santo Tomas de Aquínomas.

Airamaná suspira entre sueños, sonríe. Los negros rizos de su abundante cabellera le caen sobre la frente, alcanzan la breve aureola de sus senos desnudos. Nuevo suspiro y revuelve las sábanas hasta descubrirse el cuerpo por completo, al tiempo que con ambas manos se frota los párpados de los pequeños ojos, cuando despiertos pequeños y de una alegría pícara, chisporroteante.

Yo le pido a Dios
si no vuelvo a verlo
que me dé la muerte:
es mejor morir.

—¡Ahhhhh qué pinchi mundo! Y yo, Maiqui: aquí, si ya amaneció: ¡quiquiriquí! Qué buena mota. Toque y rol, carnal; presta pa' la orquesta que nada te cuesta: un toque, mariguana-zo vil. La cannabis, qué pedotote es encontrarla aquí, en la calle, qué irigotes; en cambio allá era como tener la boleta de libre, el papelito que te dejaba libre de la pinchi-ojeta-culera celda de

castigos... ¿Quién sabe de la celda ésta, del apando? *Caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes, caínes-caínes-caínes-caínes-caínes...*

Ismael, *Maiqui*, alias el Patrañas, prende sus labios al cigarrillo, repite la dosis y luego clava la mirada en el cielo de la habitación, colmado de cagarrutas de mosca y grietas en la pintura alguna vez color ostión.

—Ufffff —hace una pausa para tomar aire—, ojetes y arrabaleros, sarta de culeros cainescainescaines que no saben del Chotito Manuel y de yo aquí en el hoyo de la celda de castigos, ¿oyó mi reinita? ¿Oyó?

Un breve calosfrío vibra en todo su cuerpo y le eriza los vellos. Se vuelve y busca el máximo contacto con la cálida piel de Airamaná y ella corresponde, dormida como está ofrece sus tibios y carnosos labios.

—Negrita loca... Te amo-te amo-te amo —le dice al oído.

Y la estrecha con infinita ternura. Se prende a su boca, muerde con suavidad el labio inferior, se solaza en las comisuras con la punta de la lengua, apenas con breves roces lee cada milímetro del juvenil rostro.

Vuelve al cigarrillo, lo chupa con fruición y humedece la punta de fuego con saliva para apagarlo. Exhala y pega el salto fuera del lecho. De pie, frente al espejo de cuerpo entero, contempla su desnudez, palpa las tetillas. Monologa.

—¡Chingasumá, parezco niño de Biafra! Así decía mi madre cuando llegaba a la visita: “¿Pus qué no comes, m’hijo? Pareces niño de Biafra”. Y si no me hallaba, le decían que estaba en la celda de castigos; sufría y yo también, pero pues luego ya me valía madres o fingía demencia.

Frente al espejo. Ismael inspira, transpira, expira, inspira. La mariguana ya prendió en su cerebro, lo tiene de vuelta a su

experiencia en el apando. Transpira, suspira. Coge el cigarrillo dispuesto a terminarlo.

—Pira, pira, muere... que no pire: toque y rol, mi buen, no se agandalle. Clarito veo a Chotito Manuel, ya acostumbró sus ojos a la sombra del encierro y dijo: “Qué onda chavo, ¿usté por qué está aquí?”. Nel: pues es que, ¿sabes qué, ñerito? Que la torcí con unos chochos... me apañaron en la venta de las pastillas. ¿Y usté?, le pregunta este Maiqui (yo) al otro castigado, el Flowers Mamila, autoconsiderado cabrón-cabrón. Contestó: “A mí no me hable de usté: a mí me va usté a hablar de cabrón a cabrón, de tú a tú”.

Ismael, *el Patrañas*, flota al fondo del espejo. Flowers Mamila le golpea con la palma de la mano en la nuca y dice mirándole a los ojos, entre burlón y paternal: “Mire Maiquito... *Pa-tra-ñi-tas*... Yo vine aquí por un toque de mento-cemento, o qué ¿miento? Y aquí me la voy a rifar y si usted, Maiqui, está aquí, yo la voy a hacer efectiva para que los dos nos pongamos hasta el culo, pero no se quiera pasar de acá porque se las va a pelar: aquí *yo soy* el que las va a bailar, ¿va?”.

Maiqui asiente. Pero en el espejo se ve sentado en el piso, la espalda recargada en la pared que rezuma viscosas humedades, preguntándose acerca del Choto Manuel:

—¿Alguien sabe por qué llegó a la celda de castigos Chotito Manuel? —El mismo Patrañas contesta: —Pus no. Y a los pocos días nos hace compañía el Marciano en la celda de castigos, la número 18, y le dice al Flowers Mamila: “Qué ñerito: pus si yo sé que usté la rifa, que usté es el mero macizo con el mento en su territorio, ¿a poco no hay chance que se discuta con cualquier toquecín de pegamento Cincomil? Yo sé que usté tiene sus colegas bien acá”.

La respuesta es pelota de ping-pong, hagan su juego señores, pelota que ahora responde Flowers Mamila: “¿Pus sabes qué, ñerito? Que orita no la puedo hacer porque pus yo: erizo, e-ri-zo, cero dinero, y si te pasa y traes con qué: presta, prestigios y yo conecto y la hacemos; y si no traes con qué: ¡pus a chingar a su putísima madre!”.

Airamaná sueña y olvida a Maiqui debatiendo, veinteaño oyendo, sentado: con la cabeza sobre los brazos cruzados en las rodillas (no haciendo caso a esos dos fantasmas que en su memoria están ahí) pero farfullando su monólogo para la Bella Durmiente a la que dice amar, para los muebles del hotelucho perdido en las orillas de la gran ciudad...

—El Marciano, reinita, dijo que estaba erizo tamborín: “Monedas, no traigo con que, pero si te pones al pedo sí tengo con qué clavarte y ¡cágate mariposa! Pa’ pronto y papas, no te arrugues, no seas cobarde”. Luego yo pensaría: ¡ay Marciano tan verbero, quién te mandó a decir eso: chance que si no te pones de hablador ni pasa nada de nada!

Un movimiento hace que el Patrañas —con la rapidez del ratón— vuelva el rostro. Aligera la tensión: en el lecho algo inaudible susurra Airamaná. (Elú despierta y la observa detenidamente; luego vuelve al sueño.)

Maiqui deja escapar un profundo suspiro y encamina sus pasos hasta la cama. Tira al suelo las sábanas, se tiende cuan largo es y con las manos en la nuca recuerda que el Marciano gustaba de las fanfarronadas: amenazaba con supuestas y ocultas armas y sin embargo nunca llevaba nada encima: a pura lengua, el puro verbo.

—En la celda era lo mismo... Pus si nomás quería echarse un pedo al aire para no dejarse apachurrar por el Flowers, pero este dijo: “Pus nel, mano: pus si de atrás tiempo es el pedo y ya

vas; papas con el tiritito, una buena putiza nos la echamos porque de clavar a clavar, hay que ver quién las puede más; quién las ponderosa más. ¡Sáltale hijo de la verga!”

Como su llamado no tuvo eco en el Marciano, el *Flowers Mamila* se dio a la tarea de dar vueltas casi alrededor de sí mismo: el tamaño de la celda apenas daba para más, pero se advertía su intención de no establecer el mínimo roce con los otros.

—Nosotros comenzamos a cabulearlo cantando: *pasito Tun-Tun / pasito Tun Tun*. *Airamanita*, negrita santa: el Marciano estaba emperrado con un botecito de Cincomil en las manos y el alma allá, alejado, apendejado haciéndose las ilusiones de que el pegamento olía: o consigues un toque de mota o vas a valer gorro, le dijo este pendejo al *Flowers Mamila* y éste nomás se midió diciendo: “Si tanta es tu ansia de la mariguana, hazla con cualquiera de ellos”. Y así, echándonos la pelota desafanó el pedo y el Choto Manuel y yo tuvimos que carburar lento, al paso mi buena reinita; por si las moscas, levanté la cabeza y le dije: “No te podemos conseguir la mota ni el mento, mi Marciano”. Pero la regó el Choto Manuel, nomás de picudo: “Y si pudiéramos, pura verga que te tocaba”. Entonces el Marciano se sobresalta y lo veo y me digo: aquí viene el tiro, la bronca, el sáltale tú pa’ saltarle yo. Porque en respuesta a la mirada de pistola que recibimos, el Choto Manuel, muy prendido en la ecuanimidad le dice: “Que no hijo ni te me quedes mirando así; clávate esto en el coco: yo no soy como el *Flowers Mamila* que le sacó al parche; conmigo vas y chingas a tu marciana madre, ¿oíste? Conmigo vas y chingas a tu marciana madre: no hay mota ni mento y ¿qué pedo?”.

Exaltado por la carencia de Cincomil, la mirada del Marciano se topó con un envase de vidrio que bajo el catre asomaba. Choto Manuel se dio cuenta. Y dijo Choto Manuel con

su acento feminoide de loca del penal: “Papas papacito; ya vas pendejito. Dame en la madre, ándale, pero conste que no va a ser tan fácil, nonono-no, si vamos a llegar a esos extremos hay que tomar en cuenta quién le da a quién”.

—Y nosotros, ahora el Flowers y yo reinita, seguimos con el cabuleo a ritmo de cumbia: *pasito Tun-Tun / pasito Tun Tun...* Airamanita, el Marciano como que se friquea, si el Marciano no es pendejo, a pesar de sus bigototes y su robustez y la barriga de cuero tenso que le ha crecido; pero se arma de valor, entre-cierra más sus ojillos que penetran el rostro de Chotito Manuel, el rostro enjuto, tranquilo, color moreno tabaco. No, pus este putito sí me salió güevudo, dice el Marciano burlón y se prende otra vez al bote de pegamento unos segundos.

Luego mira de nuevo a Choto Manuel, agita la greña, se pavonea, se engalla, se engulle:

—Me pasa tu rollo, matador mariquetas, me late que no se me arrugue pero pus antes de darnos en la madre, ¿por qué no un toquecín? Vamos pidiéndole un toquecín al Diablo, al Bicholo, a ver si nos lo oferta.

Airamaná escucha entre sueños y entre sueños se abraza al Patrañas, quien flota con la mariguana y se suelta con un diluvio de palabras:

—Nel, por mí como quieras mano, dijo el difunto Choto Manuel, a ver si la hacemos. Aquí es ésta la celda donde se nos aparece el Diablo, mi amor que amoamoamo: en la tenebrosa oscuridad de la celda de castigos y Chotito Manuel, chava, decía: nel, si se trata de eso, el Diablo que vaya y chingue a su madre junto con el Marciano. Estaba encendido el Choto Manuel, ahora porque era creyente de Dios y por lo tanto del Diablo, y también por la chiviada que se dio el Flowers Mamila, que junto conmigo

nos hicimos a un lado: la bronca era entre ellos y ellos al final decidieron irse al Diablo.

“Yo sabía, al menos eso me habían dicho, que en todas las celdas de castigo de todo el mundo hay un Diablo dibujado en la pared; ve tú a saber quién los hace, pero seguro que ninguna alma de Dios; el dibujo se hace raspando la pared con una ficha o un clavo o un cuchillo o sepa la madre... Y también en todas las celdas de castigo de todo el mundo hay un cariñoso, un garrote pues, para madrear al chamuco. El chiste es que el Marciano colocó un cigarrillo en el orificio que el Diablo tenía dentro de la bocota. Un pitillo que algún bondadoso pasó por debajo de la pesada puerta de acero, al saber que allí en la de castigos está cabrón; el cigarro casi siempre es un *delincuente*, un Delicados sin filtro, como nosotros allá: delicados éramos por el trato de peligrosos que nos daban; peligrosos a quienes debían tratar con tacto porque decían que el filtro de la escuela, de la familia, del trabajo, no nos había servido: seguíamos de drogos rasposos y de estos rasposos que estábamos en la celda de castigos por haberla torcido, eran de los que más le gustaban al Diablo: fumaba Delicados, nos fumaba a nosotros a cambio de un toque de mota que nos haría sentir menos el rigor de la celda. Creo que todos creíamos que sí, que nos iba a hacer humo para su reino. Total, que entre el Marciano y Choto Manuel encendieron el cigarro y se lo dieron. Tú sabes que si un Delicado no lo chupas, se te apaga porque está muy apretado el tabaco, y si al Diablo se le apaga es que no quiere que le estén chingando la madre, bastante material tiene en el mundo como para ocuparse de la carroña como nosotros. Pero pus este pinche pingo estaba de buenas y el flaco Choto Manuel y el Marciano bigotón, ojitos, greña loca alborotada y piojosa, vieron, y el Flowers Dávila y yo también vimos, como el cigarro se encendía y encendía, como

si alguien lo chupara y el que lo chupaba era el Diablo: se había doblegado ante los garrotazos que el Marciano, después de ponerle el cigarro, le dio con todos sus güevos, le atizó con el cariñoso (que aquí era un bat de hule macizo) mientras gritaba: “¡O me traes un toque o te pongo en la madre! ¡Este cigarro es para ti pero tienes que darme uno para mí! ¡Soy para tu vida y eres para la mía! ¡Y vamos a ver quién es aquel y chingas a tu diabla madre! ¡Y chinga a tu puta y diabla madre!”.

El cuerpo de Maiqui, Ismael, *el Patrañas*, abraza con ternura al de Airamaná. Ahora el espejo donde recrea las imágenes es su cerebro, y la memoria corre diáfana pese al adormecimiento que Maiqui siente, se ha posesionado de su ser. Siente que habla, pero afiebrado como está, apenas si exterioriza las palabras.

—Los madrazos al pobre Diablo, Airamanita, mi reina morena chula apurrúñame, le sacaban chispas de los ojos. Si el cigarrillo se apaga, no hay mota; si se lo acaba es que el Diablo acepta el cambalache. Y los garrotazos al pobre Diablo retumbaban en toda la celda, el Marciano tenía que golpearlo hasta que el cigarrillo se consumiera totalmente sin que cayera la ceniza. Y el Marciano para nada se hacía del rogar: atizaba golpes severos y mira, reina, con cada chupada al Diablo se le ilumina el rostro, ¡y ya se acabó el pitillo! Aquí el Marciano, sudoroso, agitado, con los músculos adoloridos, llega hasta donde estamos Mamila, el Choto Manuel y yo, el Patrañas, recargados en la pared y con la cabeza entre las manos, empapados de sudor como si nosotros también le hubiéramos atizado al chamuco con toda la furia de nuestros músculos; el calor nos hacía sudar pero frío, más cuando vimos que el Diablo le dio la última chupada al cigarro y aún no terminaba de escapar el humo por la rejilla cuando escuchamos que tocaban la puerta.

El corazón les saltó, aunque ellos más bien sintieron que se les detuvo y se quedaron ahí, perplejos, sin fuerza, tratando de reconocer aquella voz que bajito decía: “Esos, esssooosss...” El susurro se alargaba, parecía interminable: “Esssoooooosss... esssssoooooosssss, ¿qué esperan? Esssoooooosss... Vénganse sobre el aliviaaaneee... Esssooosss... Ai les va el aliviaaaneee, carnalesss...”.

Un mismo impulso los hizo lanzarse de bruces hasta la rendija de la puerta donde les ofrecían un pequeño envoltorio. Flowers Mamila, por el tamaño de su vientre, no intentó siquiera recogerlo; el Patrañas se sabía en desventaja por su edad (era el más joven) y el Choto Manuel hubiera preferido un botecito de cemento porque con la mariguana le daba dolor de cabeza, y además, ¿quién insistió más en el toque si no el Marciano? Y ya se sabía propietario del cigarro del envoltorio, que para sorpresa de todos contenía tres aunque de menor tamaño que el Delicado consumido por el Diablo. “Perdón, Satanás: te pusiste a mano, me cae que sí. Pus ni pedo, como dijo Alfredo: al tres en uno”, dijo el Marciano y se dio a la tarea de forjar un solo cigarrillo; quedó de muy buen tamaño. Lo encendió y le dio tres chupadas, *las tres* de rigor; para entonces habíamos formado un círculo, todos en pie...

Ismael siente un escalofrío que le corre desbocado por la espina dorsal, a galope tendido primero y después como una corriente acariciadora. Aún se arrepiente de su intento por alterar el orden establecido para rolar la mota.

El Marciano y sus orejotas enrojecidas deglutían el humo como extractor de aire traqueteante; pasó el pitillo al Choto Manuel y éste al Flowers Mamila, quien lo entretuvo más de lo debido; entonces el Marciano, a pujidos para no soltar el humo, le hizo ver que no jodiera: “Si quieres jalarle al mento,

rola la bacha, culero; si quieres mamar, ven: aquí están mis güevos”. Pero Flowers hizo que no oía y daba un jalón al cigarro y una inhalada al cemento, y vas p’atrás: sniffsniff, y chúpale al tizón; se lo pasó al Patrañas visiblemente mermado y éste no se hizo del rogar y le jaló al humo:

—Estaba buenísima la mota, reinita, y me di valor para darle otro gran jalón que indignó al Marciano: “Ora jijo de su puta madre, pus agarre la onda de que no es chupón para traerlo todo el día”. Me tiró un manotazo al pecho que me rebotó: ai va tu Maiqui contra la pared, hizo que en seco botara el aire de los pulmones. Me dio coraje, aunque te digo: de ahí me viene el cierto arrepentimiento, porque si le hubiera entregado la bacha al Marciano no hubiera habido pedo, pero pus ni en cuenta: la regué y qué, la bronca parecía en paz pero lo malo fue que el Marciano me cayó mal y no lo tomé en cuenta y por eso rompí el orden de la rueda, la volví triángulo pasándole la bacha al Choto Manuel y eso molestó al Marciano, pero en vez de echarme la bronca a mí, se le fue encima al otro, encendido, con esa pinche furia encima haciéndole decir: “Qué ¿a poco eres más león que yo?”. Y el Choto Manuel: “Pus no hijito, ¿por qué?”. “¿Cómo que por qué?! ¡¿Eres o te haces pendejo?! ¡Pa’ mí que te haces, pinche chango mierda! ¡Estás saltándome siendo que sigo yo! ¡¿Quieres tus vergazos, pendejo!? Cuádrate puto o te cae la joda y pus tú sabes que así no, hijito, pus qué pasó”. Ya se traían, Airamaná, y comenzaron a discutir y uno decía que le tocaba y el otro que no. “Pus si a mí me la pasaron, ora me la soplo”, dijo Chotito Manuel y se dispuso a matar la bacha apañándola con sus bien cuidadas uñas, largas y filosas como navajas. Ni modo, la regué y ellos ya estaban en las habladas pero ni el Flowers ni yo pensamos que se fueran a dar un tiritito; además, si se lo aventaban: ¿cuál era el pedo? Ni modo que la fueran a armar de

qué o qué, ni quién oliera que mientras Choto Manuel le daba fuego a la motita, el Marciano fuera hasta el catre para recoger el envase de Jarritos y cuando más metidos estábamos en el alucine (el Flowers con el bote de mento en la mano y el Choto Manuel aplatanadón), ¡jaz-traz! estalla en nuestro cerebro, en el mío cuando menos, un rompedero de vidrios, como si fuera un sol de vidrio en el cielo, un sol que explota y crash, caen las astillas y volteo en cámara lenta y miro muy lento al Marciano, capto a los cuatro muy lentos: el Marciano quedaba ahí, al centro de la celda pegando unos brincos como de gorila enfurecido, hasta el techo y con el gollete del envase en la mano; parecía que se quedaba flotando para estirar un pie, encogerlo, estirar el otro, estirar-estirar que el demonio va a pasar, juntar los dos talones y caer sobre ellos, tronantes como chinampinas, como bombas trepidatorias y bajando los brazos hasta la altura de las costillas, reinita, como pistolero del Oeste en el centro del gran salón, sólo que en la zurda, en lugar del revólver o el rifle llevaba un cuello de botella con unas léperas puntas de filo enca-bronadísimo; lento y todo, desguanguilado, Choto Manuel pegó un brinco; esa sombra flacucha que era Chotito Manuel pegó un salto, Airamamá: apurrúñame. “Hijo de tu pinche madre”, tartamudeaba el Choto y el Marciano contestaba: “Vas y chingas a la tuya, ora sí se te apareció el Chamuco”. Siguieron bailoteando y el Marciano tiraba golpes con el cuello del envase, las puntas del gollete cortaban el aire, lo hacían huir zumbando que te zumban. “Choto Manuel, aguas-aguas”. Y el Choto Manuel esquivaba aquellos golpes asesinos y aprovechaba los descuidos del Marciano para acomodarle buenas patadas y trompones, dos-tres rasguños. “Porque lo que es a mí no me espantas”, gritaba Choto Manuel... Pero el Marciano no sentía, lo dejó que atinara los golpes, no sentía, le valía madres todo, le valió madres

y tiró también puntapiés hasta que con uno acertó, cuando el Chotito se estiró para agarrar el cariñoso, le reventó los güevos al Choto Manuel; se dobló poco a poquito, como para no despeinarse y quedó de rodillas con las manos en la entepierna, como si orara arrepentido de algo. Y mira reinita, así, así cayó de lento y luego, escurrido el Choto Manuel y sobre él, puta y vil sanguijuela prendida a la carroña que ya se anunciaba en el Choto Manuel, el Marciano con el gollete cayendo: ¡¡¡pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum pum!!! Un chingatal de veces cayendo sobre aquella plasta que ni siquiera dijo pío-pío, como los pollitos, cuando tienen hambre, cuando tienen frío... ¡Pum pum pum pum pum!, sobre los pellejos del Choto en el suelo, sin que el Flowers o yo hiciéramos cuando menos la finta para detenerlo: ¡pum pum pum pum y pum!, hasta que completó cincuenta piquetes por cuatro, que eran los picos del gollete. Quedó el cuerpo, el occiso, el difunto, el fiambre, junto a la piletita pestilente que para miar y cagar teníamos en aquella celda y como la sangre era sangre, no cagada ni miados en el suelo, escurrió, hizo caminito hasta escapar por debajo de la puerta; en el charco de sangre que se iba estaba Chotito Manuel escapándose de la celda de castigos para llegar hasta las coladeras. ¡La fuga del siglo y nadie la esparaba! ¡La fuga del siglo, Airamamacita! Por debajo de la puerta y luego por las alcantarillas y después por todo el drenaje profundo de la ciudad hasta el campo, hasta donde no apestara a gasolina quería llegar el pinchi Chotito, hasta donde no hubiera humo ni nada de lo que a él le asqueaba o le bajaba la moral, el ánimo: humo, bascas de borracho, gonorreas, sífilis de prostitutas, discursos del director del penal y de los políticos que dizque iban a mejorar las condiciones de aquella cárcel, aroma de clorofor-
mo del hospital que le recordaba la vez que lo llevaron porque

una raza brava del penal le echó pira, entre todos se lo cogieron, amorcito, y le florearón el fundillo; por eso se nos iba también y para ya no andar sobre el mento, toque y rol, cocaína, birrias y fritangas caras y peores que bazofia y sudor rancio, apretujones en el metro, colas en las paradas de los autobuses cuando andaba libre... El Choto Manuel se nos fugó a todos, Airita, al bicicleto mayate que le pedía sus servicios en las madrugadas por San Juan de Letrán y luego lo madreaba y se iba sin pagar, al judicial que lo esperaba a la salida de algún changarro cabaretero para bajarle la feria y hacerlo que le mamara de gratis la pistola amenazándolo con la fusca en la nuca, al patrón que alguna vez esperaba su mano de obra barata para la máquina de coser que el Chotito sabía manejar, al bolero que le iba a disfrazar los zapatos siempre jodidos: a todos, ¡a todos!, mi reina, se nos peló el Choto Manuel... ¡Pero nadie se dio cuenta, ni el celador que descubrió el chorro que se medio coaguló en la escurridera del barandal y subió para abrir el postigo y averiguar qué era ese escándalo que se armaba y desde allí, apuntándonos con su metralleta a los tres que éramos y al monigote ahí picoteado, gritó con furia nerviosa: “¡¡¡Se mataron... Se mataron!!! ¡¡¡Ya se dieron, ya se dieron y se partieron la madre en la diciocho!!! ¡¡¡Vigilante, descuégate a la diciocho, de volada a la diciocho: vengan a ver, vengan a verrr que valieron veerrrrga estas lacras!!!”.

Maiqui intenta tragar saliva, pero la boca está reseca, la lengua se le adhiere al paladar.

—¡Cuánta sangre tiene uno en el cuerpo, reina! Te aseguro que tiro una cubeta de agua aquí y es poca en comparación con la sangre que tiró el cabecilla aquel; los chorritos le hervían, la panza le hacía pgrfff-pgrfff... ¡¡¡Se estaba fugando todito!!! Y chance que ese pgrfff-pgrfff quería decir: ¡La vemos, batos; me la pelaron, me les voy y a ver quién dice: párate ahí, párate ahí!

¡A ver, ¿quién?! Chotito Manuel, no me vas a creer mi amor, se nos fugó y en el rostro llevaba *una oscura sonrisa de alegría...*
Me cae...

Elú, la gata siamesa, se vuelve y lo mira: está bañado en sudor. Elú lame una de sus manos, para las orejas y tira, otra vez, esporádicos zarpazos a los sueños, a los mosquitos que se empeñan en molestarla...

YA SOMOS MUCHOS EN ESTE ZOOLÓGICO

*Para Arturo Olvera, Lupita,
Lorena y Dellanira*

—Ese cabrón no escarmienta —señaló Hermano Burris hacia la bocacalle. Acodado sobre el mostrador, insistió y los clientes vieron a Mapache cruzar la calle una y otra vez, vestido con uniforme de futbol y maleta deportiva a la espalda.

—Un día, o se ahoga en cualquier charco o en su propia basca —dijo Pelón Águila.

—No te creas: para los años que lleva en la briaga, se sabe cuidar... Míralo, nomás se va de una banqueta a otra, parece papalote coleando —agregó Tío Ñandú.

Chanate, hermano mayor del Panda —emboscado en un zaguán, en cuclillas—, también lo vio pero no detuvo las profundas inhalaciones a su estopa.

Los perros, enardecidos, no daban reposo, pero Mapache —a las diez de la noche de ese domingo— arribó por fin a su destino: el expendio de cerveza. Se aferró a uno de los postes que sostenían el tejabán; el agua de lluvia le escurría por el rostro.

—¡Utos perros, me querían tragar, Hermano Burris...! Pero ¡mocos! Sus patadas... Uno se acercaba y ¡cernía! Utos perros... Como me ven, me tratan, pero ¡mocos, mocos y mocos, me cae! Dame una cerveza para el mal sabor de boca... bien fría —balbuceó Mapache.

—¡Ni una más! —gritó desde la trastienda Alondra, la esposa del Hermano Burris—. Hasta que no pague lo que debe.

—Chale-chale... Si por eso fundé El Barzón de Chupamaros —refunfuñó Mapache.

—Ya debería dejar el trago: la Marta ya va a ser abuela y usté, malgastando su dinero, sigue en el agua, ¿pus qué gana con eso? —dijo don Leoncio y echó el sombrero de palma hacia atrás para dar un sorbo a su cerveza.

—Niguas... Hasta que ella me haga caso...

—¡Quítate el uniforme, denigras al equipo de la colonia! —embromó Tío Ñandú. Don Leoncio hizo segunda:

—Deveras, Mapache: anda y duérmete, ya estás como querías.

Sobre el tejabán, el tamborileo de las gotas de lluvia se incrementó. En la calle, ni un alma. Tras las rejas del expendio, Hermano Burris se atusó los enormes bigotes. Mapache soltó la maleta con el escudo de los Pumas y se repantingó sobre el tronco de árbol que servía de asiento a los consumidores.

Bajo la marquesina del zaguán, Chanate inhalaba; de cuando en cuando extraía de su chamarra una charrasca de acero y la frotaba contra la banqueta.

—¿A poco todavía juegas fut, mi Mapas? A tus cincuenta, todavía aguantas, aunque sea echando porras, abrazando postes y deteniendo paredes tan briagas como tú —pinchó Pelón Águila.

—Juego y chupo... hasta que Martita me haga caso... Ya se cansará de ser madre soltera... O abuela soltera... Porque a la Ave, después de su fiesta de quince años... empezó a crecerle la panza... A mí me dijo Martita: fue el Panda... Lo busqué al chamaco y ¡mocos, pum-pum-pum, mocos, culero! Pa' qué se ponchó a la Ave.

Tío Ñandú, contrito, le soltó:

—Lo mandaste al hospital con los güevos reventados.

—Eso no está bien, Mapache, digo yo —agregó Águila y puso el envase sobre el mostrador—: deme otra, para ir a dormir sabroso.

—Querías hacer méritos, Mapache, pero te pasaste: dicen que mañana capan al Osito Panda —le agregó al chisme don Leoncio.

—Está bien... Ya somos muchos en este zoológico... Con un garañón menos, nos tocan viejas de a más —balbuceó Mapas. La cabeza se le iba de un lado a otro, sin control—. Oiga, Alondra... Apúnteme en el hielo la última chela... Hazme la balona con tu domadora, Hermano Burris... La última y ya me duermo... Es más... aquí me duermo... ya no le caigo al cantón.

—La última, que conste; para todos, porque hoy toca operativo policiaco; si pasa la ley orita, me multan y ustedes calientan concreto; ya vamos a cerrar.

Cada quien apuró sus cervezas y se despidió. Mapache ni siquiera probó la suya. Clavó la barbilla sobre el pecho y en segundos sus ronquidos poblaron la solitaria calle.

El hermano Burris cerró el establecimiento y con Alondra del brazo enfilaron rumbo a su casa.

—Siquiera le hubieras quitado el envase, lo va a romper —dijo ella, pero no obtuvo respuesta.

Chanate se incorporó, inhaló profundamente de su estopa y caminó hasta el tejabán; recogió el envase, intacto el líquido. Mapache roncaba. Del sueño pasó al desmayo.

—¿Oíste? —dijo Alondra.

—Bah, tres varos menos de ganancia por una botella rota —respondió Hermano Burris y añadió—: apúrale o nos empapamos.

Chanate limpió con la estopa su charrasca de acero e inhaló, inhaló, inhaló.

Desde la bragueta de Mapache escurrió sangre, comenzó a gotear sobre la banqueta. Aún con la estopa sujeta a la nariz, Chanate exhaló y se fue, trastabillante.

—Con dos garañones menos, nos tocan de a más rucas, ¿no mi Mapas? —dijo y apuró el paso.

¿ME EXPLICO?

*Para Joel Pulido y Juan
Portilla, valedores*

Fue aquella noche de septiembre, despuesito de las fiestas patrias, cuando decidí recoger mi sax. Tendría que volver a esa calle, Estrella, al número 57. A la calle de las vecindades donde duermen el hojalatero, la secre, el tícher, el viejo empleado que solitario rumia los errores que nutrieron su soledad, la muchachita aquella que salió de la casa paterna para rentar una vivienda donde pudiera ser ella.

Volví a la Estrella del puesto inmenso de sopas y quesadillas ubicada entre Guerrero y Lerdo, donde con los cuates cerceábamos hasta pasada la media noche y mientras los más chavalos jugaban futbolito callejero, la raza me pedía:

—Órale maistro: tráigase a una morra para que cante, y usted le hace el fondo musical con su sax. ¿Cuánto quiere por el instrumento, tícher? Neta que suena efe, efectivo, más cuando anda uno arrastrando la cobija.

Muchos arastraban la cobija, sobre todo cuando chavalos, cuando andábamos de noviecitos de manita caliente y nos entregábamos al juego de las serenatas al pie de tu ventana, pa' que sepas que te quiero, tú a mí no me quieres nada pero yo por ti me muero. Medio le rascábamos las tripas a las guitarras y con los pomos en la mano nos dábamos valor para apostarnos al pie del balcón vecindero, puestos también para responder a

las bravas que los papás o las mamás o los carnales nos echaban para que dejáramos de molestar a las morras.

Luego de la serenata nos lanzábamos con fe sobre todo aquello que la Ma Rufa preparaba para los clientes noctívagos, que como nosotros íbamos a recalar con ella a las dos, tres de la mañana, para entrarle a los sopecitos cargados de cebolla y salsa verde, o a los pambazos retacados de papa frita con chorizo y su cucharada de salsa de chile guajillo.

Los ligues no nos faltaban. Era nuestra rutina. De la que nos sacó aquel par de paisanitos que llegó hasta el puesto un día de las Lupitas. Todos los bandosos nos juntamos en el puesto de Ma Rufailina, ocupamos las dos bancas y las sillas que ofrecía a la clientela. Por eso es que los paisanitos no alcanzaron lugar. Yo me había peleado con la morra, mi noviecita Angelita, a la que había convencido para que, ya que se había salido de la casa de sus papás, viviera conmigo en aquel departamentito del 57 que me rentaba la viuda de mi tío Chetos por una lana casi simbólica. Casi, porque tenía que andar en los camiones tocando la lira para sacar los dineros suficientes para la comida, la bebida, algo de ropa y la renta.

Aquella madrugada del 12 de diciembre Ma Rufailina vendía café negro con su chorrito de Agosto, el ron más baratero y pinchurriente al que teníamos acceso. “Esos rupestres, ¿no quieren un trago para el frío?”. No contestaron los músicos campesinos hasta concluir la canción que interpretaban tan sólo con una guitarra y un sax abollado hasta en la boquilla:

Esta noche tu vendrás
porque me quieres todavía,
porque a pesar de lo que digas
amor igual no encontrarás.

Luego dijeron que sí, o dijo el mayor de ellos, el del sax, porque el escuinle —guarachudo y sombrerudo como su papá— tocaba la guitarra, o más bien la rasguñaba sin ton ni son, ni siquiera levantaba la vista del suelo. Pedimos quesadillas para todos, también para ellos, porque se veía a leguas el hambre que se traían. El ruco, porque la verdad es que ya soltaba polilla el hombre aquel de guaraches tostados por el sol y las faenas del campo, le entraba con fe a los cafecitos con piquete. Y nomás se daba un resuello entre quesadilla y quesadilla para decir: gracias, jefecitos, gracias por el taquito que Dios les ha de pagar, y también por el cafecito; deveritas que muchitas gracias.

De puro agradecimiento, y hasta que el sol apareció detrásito de los edificios, estuvieron cante y cante aquella canción que dice:

Mataron a la paloma
que te llevaba el recado,
por eso siempre pensaste
que yo te había abandonado...

Cantaba el chamaco luego de que a una señal del padre tomara el jarro de café y se lo empinara cuantas veces le agregamos el brandi Augusto. Jamás volví a sentir voz tan sentida como aquélla. Sabía enredarse con las notas que el padre sacaba desde sus cansados pulmones y se desperdigaban perezosas por la atmósfera del barrio, invadían los cuartos de las vecindades, sofrenaban las discusiones de los esposos, derretían a la novia en brazos del galán y dejaban lánguidos a los amantes que desde temprano ocupaban los cuartos de hotel de los alrededores.

El sax del viejo se hacía poco a poco independiente, agarraba por su lado e improvisaba sobre la cuarteta concluida por el chamaco, que ya no necesitaba que le ofrecieran café porque Ma

Rufailina, la cuarentona quesadillera, apenas veía vacío el jarro lo llenaba y agregaba su respectiva ración de alcohol. Mientras él echaba de su ronco pecho ella le sostenía el jarrito, y si él hacía señas para que se lo acercara, ella lo llevaba hasta su boca y le daba a beber con una ternura que jamás, hasta entonces, le conocimos. Él se esmeraba con la voz:

En él te contaba todo,
te pedía que regresaras,
que perdonaras mis faltas
y conmigo te casaras.

Con los tragos ya perfectamente instalados en mi choya, se me ocurrió que sería buen detalle para reconciliarme con la Angelita, que me traía de un ala, llevarle serenata, aunque ya fuese más del mediodía y todos los compas estuvieran tanto o más que yo de lacios y babosos por la desvelada y la embriaguez.

Caminamos todos, diez o doce, hasta el departamentito de Estrella, subimos hasta el tercer piso y en el descanso de la escalera hicimos señas de silencio y otras que le indicaban al par de rupestres entrar en acción con sus instrumentos. El viejo fue quien arrancó primero.

Nos mecíamos en aquella tristeza que manaba del instrumento.

La Angelita salió.

Al vernos, las lágrimas asomaron a nuestros ojos. Snif, snif, moqueaba yo. También ella sorbía, snif, snif, y con la platera secaba sus ojos. Ni siquiera pensé que eso fuera un triunfo de mi parte. Días antes yo había confesado mi infidelidad a la Angelita. Un desliz nomás, nada serio. Pero ella me sorrajó dos cachetadas que me hicieron ver bizco. Luego ya no quiso

saber nada de mí. Por eso con los tragos, los músicos y la banda me di valor aquel 12 de diciembre para acercarme de nuevo a su vivienda y hacerle coro al rupestre chavo:

Por eso aunque pase el tiempo
no me podré perdonar
que habiendo tan buen correo
con quién te lo fui a mandar.

La Angelita nos abrió la puerta de su casa y con Ma Rufailina se puso a platicar de quién sabe qué cosas, pero de lo que sí me acuerdo es que se decían algo al oído y se me quedaban viendo, a mí, que ya comenzaba a colgar el pico de puro agotamiento.

Antes de quedarme dormido en la silla alcancé a verlas tomando *brandy* y escuchar que Ma Rufailina decía que sí, estaría bien, para que se le quite lo pito fácil, para que tome en cuenta que también una puede... Luego de escuchar eso, apenas tuve fuerzas para seguirle la voz al sax, arrastrando las palabras:

El recado se quedó
en la punta de una loma;
allí, prietita querida,
mataron a la paloma.

Luego desperté. La banda no estaba. En un rincón, la guitarra y el sax: enmudecidos. Fui al baño y me mojé la cara. Apenas se me despejó el entendimiento un poco. Me senté en la taza del guáter y nuevamente el sueño se apoderó de mí. Al despertar tenía las piernas entumecidas. Decidí buscar a la Angelita en la recámara: abrí la puerta y vi a Ma Rufailina cabalgando con furia sobre el cuerpo desnudo del rupestre mayor: toda su

humanidad, inmensa humanidad olorosa a la masa de maíz con que preparaba los sopes y tlacoyos, se afanaba en devorar la hombría del hombre aquel de huaraches, retostado por el sol.

A un lado, abrazados, el Rupestrito y la Angelita, los dos en cueros. Las dos parejas sobre la cama que sólo había sido mía y de la Angelita. Furioso, aunque torpe, me dejé ir sobre aquella escena, ciego de coraje. Pero Ma Rufailina, sin descuidar su calbalgata, nomás extendió su brazo y solito me estrellé en su inmenso puño cerrado.

Escuché gritos, exclamaciones que urgían a aquellos dos para que se vistieran y se fueran lo más pronto posible.

Cuando por fin pude levantarme, el viejo rupestre se agachaba a recoger la guitarra. Alcancé la reproducción de un perro ixcuintle que le había regalado a la Angelita y la arrojé fallando por un pelito; si no, bien que hubiera desnucado al guarachudo. Salió destapado, sin guitarra, y en un dos por tres llegó a la calle, junto con su hijo de su pinche madre que se había acostado con mi Angelita, la rete jija de su puta proge que se cuchicheaba con la Ma Rufailina, que planeaba y ejecutaba su venganza mientras yo me dejaba ir entre las notas que el viejo le sacaba al sax: notas de valsés, de polkas, de boleros rancheros con los que se engolosinaba improvisando, arrullándome, diciendo entre pieza y pieza:

—Gracias por las quesadillas, gracias por los cafecitos, seño; deveritas que Dios ha de darle para más.

Por más que Angelita y yo intentamos reconciliarnos, todo fue por demás. Todo se fue a la puritita chingada. Un tiempo vivimos todavía en Estrella. Es un decir: nos dimos vida de perro rabioso, hasta que ella abandonó el departamentito en agosto y yo me pasé una semana en él con varios litros de tequila y apenas si tenía conciencia para salir a comprar unos sopes o

quesadillas donde fuera, menos con la Ma Rufailina: cada vez que me veía agarraba un chile de la mesa, me lo enseñaba y se carcajeaba.

Luego me fui a vagar por el país, chambeando en lo que fuera.

Casi al año me atreví a volver al departamentito. Los niños tronaban cuetes y palomas para celebrar el mes de la patria. La Angelita, me dijeron las vecinas, volvió, hizo maletas y se fue. Afuerita, en la calle, la esperaba el Rupestrito. Nomás como de burla dejaron el sax y la guitarra.

Volví a la calle, mi calle de la Mala Estrella, la del puesto de sopes y quesadillas tan inmenso como la Ma Rufailina. Calle ubicada entre las de Guerrero y Lerdo, solitaria a esa hora del atardecer, cuando los chamacos hacen las tareas escolares y las mujeres cocinan y los perros rascan entre las bolsas de basura y los chamacos se meten coca por la narizota o la revuelven con mota para fumarla.

Abrí la puerta y vi el sax en el mismo lugar, recargado en la guitarra: ésta la destrocé a puntapiés. Con el sax no me atreví. Destapé una de las cervezas que llevaba y saqué la carta que llevaba para la Angelita. Las puse sobre la mesa y la leí una y otra vez, entre trago y trago. Luego cogí el abollado instrumento y comencé a sacarle algunas notas. Es un decir: si acaso, aire medio transformado, triste eso sí, pero me servía para seguir leyendo una y otra vez la carta:

“A ver, Angelita, si así me explico: poco a poco nos fuimos conociendo. Nos fuimos mostrando el cobre, la baratura de nuestra hechura. Poco a poco las mieles fueron miasmas; los aromas, hedores; los cariños, rencores. A nuestra piel le crecieron abrojos que nos desangraban entre jirones lo que antes confundimos con terciopelos, con dermis de duraznos. Los almíbares

se tornaron mierda vil, purulencia, pústulas, y las sonrisas plenas, gatunas, fueron gestos irascibles, intolerantes, dentelladas al pasado y al futuro hasta convertirlos en bazofia, carroña sin trozo alguno que a los gusanos apeteciera. Tiramos dentelladas y las manos de finas caricias sólo acertaron a blandir zarpazos que descarnaban el pecho y buscaban extraer el corazón para, con sonrisas torvas, enloquecidas, triturarlo hasta convertirlo en esa masa amorfa que ya soy, que somos y que no sobreviviremos, si acaso como bascas de la resaca en que culminó ese enamorado amor al que masacramos. No me sobrevive fe alguna, ni esperanza en algo. Sólo este amargor, esta hiel que si te tuviera frente a mí te diluía, como un ácido que luego se reviriera hasta barrer con estos dos que ya somos nada. Ni polvo. Ni sombra. Sólo una plasta, gargajo que el sol reseca y el viento sucio de la calle esparce para contaminar a nadie porque nadie, siquiera, nos merece. ¿Me explico?”.

Ahora de perdis tengo el sax.

Me acompaña a las cantinas. Como lírico que soy, poco a poco le agarro la onda y le saco más notas, casi siempre tristes. Pero me dan para comer. Ya es *mi sax*. El Rupestrito se quedó con la Angelita, pero su “oiga apá” me dejó algo para darle salida a la música que traigo dentro, muy adentro, ¿me explico? Le pusimos en la madre al amor, pues. ¿Me explico?

JULIETA

I

Casi hasta el final de la década de los sesenta, el terreno de la esquina que forman la calle Ocho y la Sexta Avenida permaneció baldío. Conforme el número de vecinos aumentó fue tomado por asalto y se convirtió en depósito de kilos y kilos de basura y centro de operaciones de los pepenadores que lo visitaban en busca de cartón, huesos, metales y demás material reciclable.

Pensábamos que dicho baldío no tenía dueño, hasta que un día apareció aquella pareja desapareja: don Paco y doña Julieta. Él, cuarentón, bien parecido, alto, coloradote, bigote de aguacero, uniforme color caqui y sombrero tejano. Ella, de cuerpo seco y con el rostro surcado por cientos de arrugas, corte de pelo (entrecano) que terminaba en colita de pato, andaba siempre con la boca pintada de corazoncito y vestía uniforme de enfermera. Rondaba los sesenta y tantos años de edad y trabajaba en el leprosario de Ixtapaluca; él, como carpintero en una paraestatal.

Ambos gustaban del tequila, pero de esto nos percatamos hasta que terminaron de cercar y construir un cuarto y se establecieron entre nosotros, los primeros pobladores de Nezayork.

A diferencia del resto de trabajadores que vivían en la colonia, ambos descansaban dos días a la semana, mismos que dedicaban a la bebida sin medida, hasta que el cansancio los vencía.

En un principio fueron pacíficos, incluso entre ellos. Después, Julieta llegó a quejarse con mi madre —con quien había establecido excelente amistad— de las buenas tranquizas que don Paco le propinaba, harto de los celos de que ella lo hacía objeto.

Pero ella no era manca.

Poco a poco sus relaciones fueron deteriorándose y nosotros, la familia que en cierta manera adoptó la pareja, vimos cómo Julieta fue tirándose cada vez más a fondo y sin red protectora al alcohol. Llegaba a casa, iniciaba la plática con mi madre, le pedía permiso para que fuésemos a conseguirle un cuarto de litro de tequila Sauza blanco y al rato ya estaba echando bronca.

Si doña Tere estaba de humor como para tirarla de a loca, le daba por su lado y luego la mandaba a dormir, previa insistencia para que le echara algo a la barriga, porque sin comer durante el día se arriesgaba a ganarse una cirrosis de miedo.

Julieta no se andaba con rodeos para eso de la tomada. Perdió el trabajo en el leprosario y le dolió mucho abandonar a sus enfermos. Don Paco terminó de plano con los teporochos y no hubo poder capaz de retenerlo al lado de la anciana, que de mantenido no lo bajaba:

—Prefiero más al Oso, que me ladra pero me cuida la casa, y nada más se conforma con un hueso o un plato de tortillas remojadas. En cambio contigo, ni para hacerme el *favor* sirves ya; por mí, regrésate con tu vieja y tus vástagos. Ya me fregaste todo el dinero que tenía, ya puedes buscarte otra para que te le pegues como sanguijuela. Para vivir con animales, con el perro tengo...

Don Paco se calentaba y sin medir consecuencias —era fornido, musculoso— agarraba de las greñas a la doña, y en ocasiones la llevaba a rastras, desde nuestra casa hasta su domicilio, sin que valiera la intervención de los vecinos, quienes le fueron

agarrando ojeriza pese a que, cuando andaba en sano juicio, el hombre era de lo más amable y comedido.

Un día que arreaba a doña Julieta por el llano a punta de patadas, don Paco enfrentó la ira de las mujeres que hacían cola en la toma del agua. A cubetadas de agua hicieron que la dejara en paz, aunque con dos costillas seriamente lesionadas.

Mi madre se encargó de sobarla con iodex y vendarle el esquelético tórax. Varios días dejó de beber Julieta —hecho que resintieron nuestros bolsillos, pues la propina tras de ir por el pomo era generosa—, pero cuando volvió a las andadas se hizo de palabras con aquellas que enfrentaron a don Paco y terminó mandándolas al diablo “por entrometidas”:

—Soy su vieja y puede matarme si quiere. Pero hace dos semanas que no está conmigo y a ver, ¿quién de ustedes me va a dar *gasto*? Y aunque alguna dijera *yo mera*, sépanse que a mí no me gustan las *tortillas*, me gusta mi viejo y ustedes me lo espantaron, por metiches.

II

Cuando don Paco volvió a casa de Julieta, hasta el perro recuperó su buen humor. El hombre se había inscrito en un programa antialcohólico y recuperó su trabajo en la paraestatal. Julieta se abstuvo de beber durante varias semanas y la vida pareció sonreír a la pareja, que a diario, por las tardes, se encaminaba al mercado, surtía su despensa y consumía litros y litros de agua de limón.

Él vestía, presuntuoso, su uniforme laboral, color beige, y ella el de gala de las enfermeras de Salubridad. Al Oso lo bañaban con creolina cada ocho días, lo enjuagaban con un champú y le ataban un enorme moño rojo al cuello.

Los domingos nos llamaban a Ricardo, Alfredo y a mí para que les llenásemos la pila del agua, que vaciarían durante la semana, y al final de la jornada —había que acarrear cerca de quinientos litros, desde nuestra casa hasta la suya— nos ofrecían un banquete, que consistía en tortillas recién salidas del comal, carne asada, guacamole, frijoles refritos, nopalitos preparados y agua de sandía.

La pareja nos consentía y contaba con nuestro cariño de escuincles, aguadores y comedidos mandaderos. Al Oso no le perdonábamos su traición: desde que Julieta y don Paco llegaron a la colonia, el perro decidió vivir con ellos. Cambió su cotidiana sopa de tortilla, con epazote para que expulsara las lombrices, por los enormes trozos de carne de res cocida, que Julieta pepenaba entre los restos de comida del leprosario.

El perro la aguardaba mirando hacia la calle, sentado sobre el mueble de la vieja máquina de coser. Cuando Julieta se plantaba frente a la ventana, el Oso abría la puerta del cuartucho, salía al patio y arañaba el zaguán hasta que Julieta abría, lo llenaba de besos y apapachos, y extendía los trozos de carne.

III

Aquel día de febrero Julieta llegó a casa y se puso a platicar con mi madre, quien bordaba un inmenso mantel. La enfermera estaba nerviosa, y por fin confesó el motivo de su visita:

—Teresita: necesito un trago. ¿Le da permiso a sus pingos que vayan a la vinatería por un cuartito de tequila? Pero ahí me presta, porque ando bien bruja, no tengo ni un centavo.

A regañadientes, mi madre aceptó. A Julieta se le borra-
ba la memoria y no aceptaba deudas que su cerebro no registrar-
ara, lo cual ya era frecuente. Richar y yo tomamos el billete y
fuimos por el encargo. Julieta vació el envase, y entre plástica y
plástica dijo a mi madre que al otro día iría al leproso, porque
era probable que la reinstalaran en su trabajo. Que ahí nos en-
cargaba al Oso y a don Paco, “para que no les falte nada al par
de animales”, agregó en son de broma.

Luego, el alcohol se le subió a la cabeza y comenzó a fan-
tasear. Dijo que todo mundo quería quedarse con su herencia;
que sus hermanas querían arrebatarse al bebé que recién le ha-
bían regalado unas hermanas de la Caridad del Cobre; que con
don Paco ya habían convenido en criar al niño, y que al Oso lo
solicitaba un director de cine para elevarlo al estrellato, como
a Lassie o Rintintín...

Luego la emprendió contra mi madre: que ya no la trata-
ba como antes. Que se afrentaba de tener una amiga como ella,
que empinaba el codo. Que, en realidad, mi madre le tenía celos
porque Julieta era capaz de conquistar a mi padre, y que...

—Ya déjese de pendejadas y duérmase, Julieta. Ya no beba
más porque se le va a fregar el hígado —dijo mi madre y abando-
nó por un instante la aguja, harta del blablablá de la enfermera.

Pero se percató de que Julieta hablaba entre sueños. Mi
madre ordenó que la cubriéramos con una cobija y estuviésemos
al tanto de su siesta:

—No vaya a devolver el estómago. Capaz que se nos ahoga
en su propio vómito.

Julieta despertó al sentir que la tapábamos. Se incorporó con brusquedad, y mientras ordenaba, se dirigió a la puerta:

—Acompañenme, chamacos.

Como en otras ocasiones, varias veces cayó al suelo y otras tantas la levantamos. A medio camino ya no pudo más y se sumió en un sueño profundo. Entre Alfredo y Ricardo la tomaron por los brazos, y como de costumbre, a mí me dejaron los pies para cargarla hasta su casa.

Estábamos por abrir el zaguán cuando vimos a don Paco dar vuelta en la esquina. Nos ayudó en la difícil tarea y nos dio dinero para un litro de tequila:

—Porque cuando despierte se va a sentir muy mal con la cruda —explicó—. Siempre hay que tener un traguito, para cuando el cuerpo lo reclame. Si no, puede llevarnos Patas de Cabra...

Cuando volvimos de la vinatería, Julieta ya estaba en su cama de latón. Don Paco destapó la botella y bebió a pico. Nos dio la propina. Felices, partimos carrera hasta el mercado para comprar papalotes.

IV

Era febrero y los terregales arreciaron en el llano. Luego del mediodía, todo el mundo se encerraba en su casa. A los chiquillos nos encomendaban una tarea extra: cubrir con engrudo y papel cuanta rendija advirtiéramos, para que el polvo no nos invadiera. Del matrimonio y del Oso nos olvidamos varios días:

—Si Julieta no ha venido, es que bien se acuerda de lo pesada que se puso el otro día —dijo mi madre—. No hay borracho que coma lumbre —sentenció luego de recordar la reciente borrachera de Julieta.

Escuchamos que tocaban con insistencia a la puerta. Me tocó abrir. La fuerza del viento casi me echa encima a la única hermana de Julieta, que ocasionalmente la visitaba.

A salvo del aironazo, nos presentó a una muchacha, Ivón, como su hija. Ambas lloraban. Contaron cómo un presentimiento las decidió a visitar a Julieta. Al llegar, les dio mala espina ver al Oso mirando hacia la calle a través de la ventana. Cuando advirtió su presencia, el perro arañó una y otra vez los cristales. Decidieron atisbar y vieron que don Paco se desperezaba. Trastabillante, tentaleaba sobre el buró en busca de la botella. Entonces golpearon con fuerza los cristales, hasta que lo vieron ponerse los pantalones y salir al patio.

—En cuanto nos abrió, corrimos hasta la recámara —soltó atropelladamente Joaquinita, abrazada con desesperación a mi madre.

— El tipo olía muy feo —secundó Ivón—. Y en la recámara no se aguantaba el aroma...

—¡Teresita, quién sabe cuántos días tiene ya muerta mi hermana, y ese hombre acostado ahí con ella; borrachote, en la cama, con el cadáver!

Todos los hijos de Teresita pelamos enormes ojos.

—¡Acostado con la difunta, Teresita. Briago de mierda, ni nos reconoció y nomás andaba de allá para acá en calzones, el sinvergüenza!

Mi madre nos ordenó que saliéramos al patio. Nos mordía el gusano de la curiosidad, pero nos atemorizaba ir a la casa de

Julieta. Minutos después salieron las tres. Mi madre les prestó rebozos. Fuimos tras de ellas.

Tres días, quizá, tenía Julieta de fallecida. Las mujeres se le echaron encima a don Paco. Con el perro, fue a refugiarse al pie del piru, hasta la esquina más lejana del terreno, siempre sembrado con botellas de tequila. El perro aullaba. Don Paco no podía contener el llanto.

V

Las mujeres dijeron a mi madre que una de ellas iría a comunicar la mala nueva a sus familiares. Joaquinita se quedó y con la ayuda de mi madre encendieron una fogata. Sobre tres piedras colocaron la olla de barro, con agua que nos ordenaron traer, junto con varios sobres de café. Luego, fueron por el médico que extendió el acta de defunción. Más tarde llegó un sacerdote y bendijo el cuarto.

Antes que llegaran los familiares de Julieta, nos percatamos de que los sollozos habían cesado. Los aullidos del Oso, no. La curiosa chiquillería que se congregó para el velorio fue hasta el pirul. Don Paco no estaba. Se lo comentamos a los adultos, que lo maldecían por haber pasado tantos días con la difunta y el perro, sin dar aviso a nadie.

No faltó quienes especularon acerca de un asesinato al calor de los tragos, pero el asunto no pasó a mayores, para beneficio del que ahora llamaban “el viudo”.

Joaquinita siguió frecuentándonos hasta que el juicio de intestado fue resuelto a su favor. Pondría la casa en venta y con el dinero construirían un mausoleo para Julieta. Además, pagaría la celebración de misas cada mes, para que los fieles rogaran por el eterno descanso de su alma.

Tiempo después Ivón nos visitó. Comentó el fallecimiento de Joaquinita, quien “siempre se acordaba mucho de ustedes y de la cercanía que tuvieron con mi tía Julieta, cosa que mucho les agradezco”.

Se fue, y nunca la volvimos a ver.

Años después, al asomarme por la ventana vi a un hombre recargado en la esquina de la que fue casa de Julieta. Pese al terrenal, descubrí que era don Paco. Salí y lo invité a pasar a nuestra casa. Dijo que iría enseguida, que estaba rezando por Julieta. Sólo preguntó por el Oso:

—Regresó a la casa con nosotros y murió de viejo —le comenté. Volví sobre mis pasos. Los minutos pasaron y nadie llamó a la puerta. Salí de nuevo y fui hasta la esquina. Encontré una lata vieja y un ramo de rosas dentro, con una tarjeta:

“Nunca te olvidaré. Ni al Oso”.

Cada año aparecieron rosas y una réplica de la tarjeta, siempre con la misma caligrafía.

Luego, la ciudad creció. La esquina fue tomada por asalto. En las noches, los jóvenes se dedicaban a jugar fútbol y a tomar cerveza. Por las mañanas, era el sitio de reunión de los teporochos y pepenadores.

Si alguien volvió a dejar flores, no nos enteramos.

ENTRE AMAZONAS

No se le ocurrió a Fidel —aunque le interesaba llegar temprano a su trabajo— sino a Evelia, su mujer. Por lo general salían del metro, ella descendía en la estación Pino Suárez y transbordaba hacia Allende, luego caminaba por la calle de Tacuba hasta la tienda de ropa íntima donde era empleada de mostrador.

Fidel tenía que ir hasta el metro Tacubaya, transbordar y bajarse en San Antonio, marcar tarjeta antes de entrar al supermercado y cumplir las horas de rigor para ganar el salario.

Pero más que otras veces, el insomnio hizo presa a su persona; en reiteradas ocasiones, el jefe de personal amenazó con despedirlo si continuaba llegando tarde. Cómo tardaba en acudir a los llamados de Evelia para que despertara y se diera un baño, mientras ella arreglaba a los chiquillos y los llevaba a casa de su madre para que los mandara a la escuela. Regresaba y Fidel apenas estaba en la primera enjabonada.

Salían corriendo, aceptaban irse encucillados en el pesero y desesperaban ante la tardanza para que los dejaran entrar a los andenes del metro Pantitlán. De pilón, Evelia tenía que viajar con él en la sección de hombres, aguantando los frecuentes manoseos para que su marido no echara bronca y resultara golpeado.

De cualquier modo, a la hora de la cena ella lo ponía al tanto de lo que él no había visto, y Fidel recriminaba acremente su discreción:

—Me hubieras dicho para partirle su madre a ese desgraciado manolarga...

—¡Pero si no nomás era de mano larga...! Además, bonita me hubiera visto viendo cómo te peleabas, quién sabe si con riesgo de que también me dieran un mal golpe.

Pero los maloras no la dejaban en paz; el acabose para Fidel fue cuando Evelia dijo:

—Ahora si te iba decir, pero vi que el cuate ese iba con otros tres. Ganas no me faltaban para desgarrarle la cara con las uñas; figúrate, de plano hasta las anginas, hasta la campanilla me testereó el hijo de su madre...

—Ya ni la amulas. No sé para qué me cuentas, ora que ando con tanta preocupación. El jefe ya me trae de encargo y yo que no puedo dormir. De plano voy a meter la renuncia y con lo que me den pongo un puesto en el tianguis; tú también te sales de trabajar.

—Y mientras pega el negocio nos morimos de hambre, ¿no? Mejor te vas por tu lado y yo por el mío; por el de las mujeres entro mas rápido, con menos riesgo.

Pero Evelia hablaba de dientes para afuera: si dejaba solo a Fidel —pasó en otra ocasión— era capaz de quedarse dormido, y con una falta más lo pondrían de patitas en la calle: estaba advertido.

Fue entonces cuando Evelia sugirió:

—¿Y si me llevo el muñeco de trapo que me regalaste el día de mi cumpleaños? Lo envolvemos en una cobijita de bebé y entras conmigo a la sección de mujeres. Una vez, cuando la niña estaba chiquita, te dejaron pasar los policías. Yo me voy por

delante, haciéndome la desentendida, y tu alegas que te pueden aplastar al niño, ¿cómo la ves? El día que no pegue, ni modo, nos vamos del otro lado y ya.

* * *

Así lo hicieron, y para que los policías no sospecharan, ingresaban al metro por diferentes entradas. Fidel empezó a reconsiderar su actitud respecto a las supuestas comodidades que el vagón de las mujeres ofrecía a las viajeras subterráneas.

Ya Evelia había comentado varias veces que no era agradable ir en esa sección, aunque las agresiones sexuales eran menores. Se quejaba de la suerte que tenía...

—Para que las marimachos me echen el ojo; esta semana me tocaron dos, ya me habían dejado descansar un rato; a la última le di un pisotón: pensé que le había clavado el tacón, pero le arriesgue, porque me han contado que son igual de agresivas que los hombres.

Ni hablar: de los males, el menor. No iba a exponerse a regresar sola, aburrida y cansada entre puros hombres, aburrida y cansada cuando todavía tenía que llegar, bañar a los chamacos y dejarles todo listo para su ida a la escuela.

Aunque menores, las dificultades para llegar hasta el andén eran casi las mismas en la sección de mujeres; el abordaje al convoy se les facilitaba y no faltaba la señora acomodada o alguien que se prestara a cargar al bebé (en ocasiones como esa, Fidel sudaba como un condenado); alegaba que no, que era muy sensible y que podía despertar y luego quién lo calmaba; explicaba, sin que se lo pidieran, que tenía que llevárselo a su mamá para que le diera la teta, y que luego lo traería de nuevo a la casa

y así otra vez, hasta que cumpliera con el amamantamiento cotidiano de rigor.

—Huy, pus qué mamón... El chamaco, no usté —llegaron a decirle.

Evelia, haciéndose pasar por una pasajera más, le hacía plática hasta Pino Suárez, donde bajaban los dos; cuidaban que nadie los reconociera, entregaba el bulto y regresaba a esperar el siguiente tren.

* * *

Una de las cosas que más llamaba la atención de Fidel, era la diversidad de aromas. En el vagón de los hombres (por lo general), llegaba el olor a pies sudados, a cuero de zapatos baratos remojados, a sudor rancio y a grasa del cuerpo envejecida:

—Cada uno pone su dosis de pestilencia, se me hace que los humanos somos los que más fuerte olemos, y luego le andamos cargando milagritos a los zorrillos: de perdis ellos no usan metro, ni creo que se soporten unos a otros. Pero nosotros, a güevo.

—Y eso que no nos han olido a las viejas. Ahí sí se pone insoportable el aroma —le decía tiempo atrás Evelia, cuando tocaban el tema, y de exagerada no la bajaba su marido.

—Pues aunque no me lo creas —replicaba—. A mí me ha tocado ver que ustedes siempre van con el pelo seco; yo creo que muchos ni se bañan en las mañanas, pero el vagón de las mujeres huele a perro remojado; a plantas de pies apestosas, jiede como a vapor general. Y no se diga en tiempo de calor, cuando todas vamos sudando. Se confunde el Avón con el Chanel. Luego, suben viejas muy modositas a las que parece que ni los pedos les huelen, pero nomás alzan los brazos y pútala, a vil

caño vaporizante. No sé, yo creo que nomás soportamos aromas distintos al de humano. Tú te quejarás, pero deberías de sentir la patada a Kotex: una que es mujer sabe lo que es eso, y lo que abochorna cuando se juntan varias que andan en sus días. Y si ustedes se dan codazos y mientan la madre con los arrempujones y las prisas, acá nomás deberías de oír: parece que no, pero nosotras tenemos un repertorio más grande para insultarnos.

—Pero pus para uno debe ser bien rico ir entre puras chavas, ¿a poco no? Cuando menos debe ser menos brusco el trato, no que luego eso de que te vayan apachurrando, y que no puedes ponerte al brinco porque no sabes como va a reaccionar el vecino... Y de menos están a salvo de los carteristas.

—Eso crees tú: me ha tocado ver a dos tres pobres chavas, que de repente se ponen como locas y empiezan a gritar: “Auxilio, auxilio, ya me cortaron la bolsa, auxilio”, y voltean a ver para todos lados y nadie se da por enterada. “Ay, eso les pasa por pendejas, no escarmientan: siempre traen todo en su bolsa, ni que se les fueran a enroñar las chichis si se ponen el dinero en el brasier”, dijo una vez una viejita, que tú la veías y se parecía a Sara García de tan tierna.

* * *

El truco del muñeco funcionaba (y lo ponían en práctica cuando el tiempo apremiaba). El miedo inicial que sentía Fidel fue superado y por medio de miradas se comunicaba con Evelia, que en ocasiones quedaba en la siguiente puerta debido a los empujones. Se divertían de lo lindo, y más cuando el tratamiento medicinal que Fidel inició a base de yerbas, comenzó a surtir efecto hasta derrotar el insomnio que lo aquejaba. Ya no andaba como zombi, con los ojos enrojecidos y la presión alta. Le

ayudaba en los relampagueantes quehaceres matutinos, y salían con el muñeco cuidadosamente arropado, no le fuera a dar un aire. Cuando veían que los pasillos estaban desahogados, buscaban un rincón para ocultarse de las miradas indiscretas y guardaban el muñeco en una bolsa de plástico.

—Veras como un día de estos se nos ahoga —bromeaba Evelia, y entraban al vagón siguiendo las instrucciones del marido: “Pasas de costado y rapidito, para que te acomodes en la puerta y ya sabes: de espaldas a ella, si no quieres que te trasteen”.

No se piense que por las comparaciones que hacían, Evelia disfrutaba el trayecto hasta la estación de trasbordo. En no pocas ocasiones llegó al baño de la tienda a vomitar y ponerse hojas de yerbabuena en la nariz, para despejarla del rudo aroma afianzado a su olfato.

—Pa’ su mecha, de veras que está pudriéndose el país. Ya ni para jabón nos alcanza; pero de pérdida deberían lavarse la cueva del zorrillo —así llamaba a las axilas—, ya no por ellos, si no por los que vamos en el mismo vagón —comentaba a sus amigas del trabajo. Le preguntaba a Fidel si no le sucedía lo mismo, pero a él la variedad de aromas no lo molestaba.

—Pero sí me ha pasado una cosa: como que las mujeres son más canijas para eso de los peditos. Me cae que en los vagones de los hombres, no sé si te has dado cuenta, de repente empieza a apestar y nadie se da por enterado, como si solito hubiera llegado el olor, como un pasajero más...

—No seas hablador: claro que se dan por enterados y hacen más alboroto, tanto que luego-luego empiezan con sus majaderías...

—Pus si no lo digo por eso, sino porque el que los soltó no avisa, es a la sorda, pero con ustedes me ha tocado que se oyen como ametralladoras; otros, como bombazos; unos salen como

si hubieran soltado un rugido, y hasta hay unas requete tiernas que clarito le hacen: ¡miaaaaauuu!, como si hubiera salido un gatito recién nacido...

—¡Oh, ya cállate, no seas asqueroso Fidel; cómo te encanta acordarte de tanta porquería.

—¡Ay sí, muy delicada! Te apuesto a que eres una de las que se echan sus periquitos. Y no faltan aquellas que parecen susurrar: tuuuyohhh. Dicen que los silenciosos son los que más pegan en la nariz, pero otros como que no te los esperas en un lugar donde hay tantas mujeres, tan bonitas.

—¡Ay sí, ni que las bonitas no tuvieran por dónde peerse, tú!

—No, pus si yo nomás digo, ¿no? Dice el dicho que más vale perder un amigo que un intestino; yo creo que sí hace daño aguantarse, ya ves los retortijones que dan.

* * *

Evelia y Fidel iban cada uno por su lado cuando el teatro del muñeco se les cayó. Fue por la señora remilgosa, la que comenzó a protestar desde los pasillos:

—Éste es para puras mujeres, pus qué, ¿A ver, que hace usted aquí, en este vagón?

Fidel sintió igual que cuando pusieron en práctica la idea de su esposa, pero ya para entonces tenía tablas:

—No sea díscola, señora; traigo a mi hijo, y si me voy de aquel lado me lo apachurran.

—Pus si quiere démelo, se lo doy a la bajada; usté váyase con esa bola de brutos: qué tiene que andar metiéndose donde no lo llaman.

—Mire, qué fácil, ¿no? A usted qué, si el poli ya me dio permiso, y nadie se me ha puesto al brinco. Estamos en un país libre, señora, y tengo derecho a cuidar a mi niño, ¿A poco no?

Nadie respondió, y eso acrecentó más las puyas de la mujer:

—El niño es puro pretexto, pus qué; nunca faltan los mañosos que se quieren sentir gallos en el corral.

Fidel caminó de prisa, para no perder de vista a Evelia. Llegó hasta el andén, pero le tocó una puerta más atrás que a su esposa; para colmo de males, con aquella anciana de agradable apariencia pero humor de los mil diablos.

—Oiga poli, dígame a éste que se vaya —comenzó de nueva cuenta, antes que las puertas cerraran.

—No sea así, madrecita, ¿que no ve que trae niño de brazos?

—No me diga madrecita, que por eso no me casé, para no traer engendros al mundo.

Antes de que el policía pudiera reaccionar, las puertas cerraron y comenzó el martirio para Fidel: la anciana se hizo eco en un grupo de chiquillas, adolescentes de secundaria, que comenzaron a hostigarlo:

—Que se vaya, que se vaya —alternaban los gritos relajientos con manoseos que Fidel no acertaba a quitarse de encima, o con el acercamiento de los senos juveniles hasta sus manos, ocupadas en mantener oculta la identidad de su carga envuelta en un cobertor.

—Papacito, ¿de quién son estas cositas? —pregunto una voz y Fidel reculó como si hubiera recibido una descarga eléctrica; balbuceó, enrojecido:

—Órale, no sean mandadas, chamacas. Estense quietas.

A cambio, obtuvo una caricia entre nalga y nalga; tanto se apenó que hasta se atragantó con la saliva; fue peor cuando alguna chica con vocación de proctóloga intentó anal... izarle las

cercanías de la próstata: tosió intensamente; tuvo una sensación de asfixia que provocó la carcajada general, y enseguida gritos de:

—Ora yo, ora yo —hasta que una voz anónima interrogó:

—¿Quién dijo yo y nos lo cogemos?

—¡Yo, yo, yo! —clamaban las Amazonas y soltaban la carcajada.

Una señora, ocupante del asiento individual, se condeció de Fidel y del niño; sin que mediara palabra, le arrebató el envoltorio de las manos:

—Cómo será desconsiderado, con este calor y así de arropada, se va a ahogar la criatura —dijo y comenzó a aligerar el bulto.

Gruesas gotas de sudor perlaron la frente de Fidel; creyó desmayarse cuando escuchó decir:

—¡Desgraciado, no es un niño, es un muñeco de hilachos!

A la sorpresa inicial siguieron más gritos:

—¡Pamba, pamba; pamba, por mañoso!

—Este es un mañoso, ratero, carterista; llamen a la policía!

* * *

—Tú y tus ocurrencias —recriminaba Fidel a Evelia, mientras recibía toques de mertiolate en los rasguños que recibió; sentados en una banca del jardincillo ubicado en Izazaga y Pino Suárez, comenzaron a reír.

—¿Porqué no me defendiste? Eres bien canija.

—Capaz que me dan buena arrastrada, por alcahueta —respondió Evelia—. Preferí jalar la palanca y llamar a los policías.

Decidieron no ir a trabajar, y desayunar en un café de chinos.

—Tenemos pretexto...

—Y rasguños, como seña en la cara de que no es invento; chance que también te arañaron la próstata —añadió ella, socarrona.

Fidel se sonrojó.

ESTARÁS EN TU CASITA, CON CARA DE PERRO

Ya te anda por largarte, infeliz. No sé como puedo estar enamorada, enculada, perdidamente loca por un cabrón como éste, con mujer e hijas, mentiroso. Piensa que tiene el triángulo perfecto porque me engaña y engaña a la chancluda esa y engaña a las chamacas. Ay sí, Ximena y Carmen, qué pinches nombres tan feos. Y claro, hasta él mismo se engaña pensando que todos nos chupamos el dedo. Pero claro, una por pen...

—Nos vemos, mi amor. ¿Nos hablamos al rato?

—Mhjjj, sí. Yo me voy a echar otro sueñito. Me dejaste lacia, lacia, mi amor. Cuídate mucho...

—Sí, mi amor. Nos vemos, y otra vez: feliz año nuevo. Te quiero.

Adiós, que te vaya bien, saludos a la chamagosa de tu brujuer, cabrón. Ay sí: ya me voy, quedé de llegar temprá para darme un baño y llevar a las escuinclas a desayunar al California. Escuinclas, cuando ya tienen pelos en el fundillo, cuando se la pasan con el dedo en la panocha. ¿Y yo? Sí, claro, aquí toda cogida en este apestoso hotel de quinta, Hotel Héroes, claro: porque se necesita heroicidad para revolcarse entre sábanas desgarradas y colchones miados, y de pilón sin agua porque en toda la puta colonia no hay, dijo el administrador: así que si quieren bañarse, vienen por una cubeta de éstas y les toca de a jicarazo, y de a mentada. Güevón, por no traer el agua te va a ir como en feria

cuando llegues a tu hogarcito, *sweet* hogarcito, con el pescuezo marcado de bilé, mis labios rojos junto a tu manzanita de Adán, a la izquierda, a la derecha, abajito junto al corazón, en el ombligo... Mientras te dabas un trapazo e intentabas despedirte, logré convencerte: vamos a echarnos un rapidín, mi amor, un mañanero, el último del año antes de que amanezca, apenas son las cinco de la mañana. Claro, pinche pito fácil, no te hiciste del rogar: apenas terminaba de decírtelo y ya estabas firmes, apuntadazo. Entonces díjeme: pus como va, ya me cansé de ser la segunda de a bordo, me traes a la vuelta y vuelta desde hace cinco años con largas y más largas: sí mi reina, te lo juro que ya merito le digo a ella de lo nuestro, que ya lo sabe pero se hace que la virgen le habla, y trataré de convencerla para que me deje ver a las chamacas los fines de semana y entonces podremos hacer nuestra vida y... Claro, aquí me tienes de tu pendeja, todavía me escurren tus venidas y tú con mucha prisa porque ya tienes el compromiso encima y aquí te dejo para el taxi, te vas tempranito, te llamo antes de la media noche. Claro: me quieres tener encerradita el último día del año, del siglo, del milenio, y tú en tu casita estarás con cara de perro, fingiendo ser el cumplidor, el buen padre de familia, el que no rompe ni un plato aunque a mí me hayas roto la madre con tus pinches mentiras, promesas sólo para tener carnita fresca como esta que te acabas de comer. Ya te imagino infeliz: ai vas, sales carrereado, subiéndote el cierre del pantalón, malfajándote la camisa, agitado todavía —y no precisamente por la carrera—; suertudo: apenas sales y ahí está el taxi, joven, taxi. Y claro, yo aquí con la entrepierna sudada, húmeda de ti, sola de ti, sabiendo que el pinche taxista puede prevenirte: joven, disculpe que me meta en lo que no me importa pero lleva manchas de bilé en el cuello y se le va a armar con su domadora y como que no va a bronquiarse con la dueña

de las quincenas el mero último día del año. Claro, los hombres son buenos para alcahuetearse. Entonces tú agradeces al metiche que te haya prevenido, y claro: ya piensas en darle buena propina porque además maneja como alma que lleva el diablo, y ya está: buenos días, cómo amanecieron, ¿ya están listas mis tres reinas para irnos? Nada más me doy un regaderazo y papas, ¿tú manejas, vieja? Claro, como si te estuviera oyendo, y ella: sí, mi amor, ¿estuvo duro el bomberazo en la ofis? Báñate para que te despejes, las bebas pensaban que no ibas a llegar. Y claro, yo aquí disfrutando el momento en que te enjabonas, te enjuagas el pito que todavía lleva mis jugos, y te hueles la mano y suspiras satisfecho, pero escuchas que se abre el cancel de la regadera y mocos, cabrón, el madrazo certero de tu esposita en la mera jeta te hace ver lluvia de estrellas, cometas y asteroides, quitas de la cara el agua que te escurre y ahí está tu bruja, con mis pantaletitas estampadas con Taz en su mano izquierda, ¿la siniestra?, exigiendo: de quién son estas chingaderas, de quién... Y claro, yo aquí, esperando que llegue el agua para ducharme, para ponerme pipiris nais, arreglarme la falda que está medio arrugada e irme a la oficina así, ya libre de ti, sin calzones, sin mis pantaletitas del demonio de Tazmania, ¿cómo carajos llegaron hasta la bolsa de tu chamarra, hasta tu *home sweet home*? Ayyy, hasta me dan ganas de echarme otro sueñito. Feliz año, mi amor. Esta no te la acabas en todo el milenio. Bah. Y claro, yo aquí, esperando que llegue el agua para lavarme el alma, cabrón.

GALLOFERO

I

El sol iniciaba su descenso cuando inició la lluvia. Rodrigo, alias el Ronco Rugidor, amodorrado, escuchó cuando el primer automóvil se detuvo justo frente a la entrada de la casa. Contuvo la respiración hasta que el silencio invadió sus oídos y le incrustó un zumbido pertinaz que huyó al sacudir la cabeza.

Entonces estiró la mano hasta la botella de ron que yacía sobre el buró metálico, y vertió un chorro en el vaso que antes volcara sobre el piso de cuadrados rojos surcados por hilillos verdosos de cemento.

A su lado, Airamaná sonreía entre sueños, desnuda, con el cuerpo curvado presionando contra el suyo y el brazo alargado para que él descansara la cabeza. Distendió los sentidos mientras daba un gran sorbo al líquido transparente de sabor dulzón con aroma a limón pasado, que se desparramó por su estómago proporcionándole de inmediato calor a su cuerpo.

Escuchó murmullos de voces, pero por más que aguzó el oído le fue imposible distinguir lo que decían. Se levantó y fue hasta la repisa donde tenía una cajita de hojalata con cigarrillos de mariguana; cogió uno y lo humedeció con la lengua a todo lo largo.

Frotó un cerillo en el costado de la cajetilla y en la penumbra de la habitación su rostro se incendió. Airamaná se agitó en el lecho, solitaria. Ronco Rugidor aspiró el humo y lo contuvo en sus pulmones hasta que la impresión de que la masa encefálica le estallaría y desparramaría por las orejas y por los ojos, le asaltó. Entonces exhaló.

La lluvia volvió tenue, sigilosa, produciendo un murmullo, casi un ronroneo sobre los vidrios de la ventana. Airamaná lanzó un largo suspiro; su piel color tabaco contrastaba con el tono pálido, desvaído, de Rodrigo, que volvió sobre sus pasos y se tendió nuevamente en el camastro junto a Elú, la gata siamesa de Airamaná que estiraba sus miembros, mostrando las afiladas garras.

Con gesto indolente, Rodrigo recorrió la lengua húmeda sobre el cigarrillo y lo llevó hasta sus labios gruesos, amoratados, resecos (“tienes boca de mangana”, decía su abuelo; “tienes labios de hígado”, decía su madre); paladeó el humo, fijando la vista en la espiral blanca que se hacia invisible al topar con el techo de asbesto.

Su mirada fue a dar hasta los ladrillos desnudos donde había colgado aquel dibujo pirograbado en triplay de pino que la Niña le obsequió el día en que abandonó el penal; era un muñequito de la tira “Amor es...”, pero vestido con traje de presidiario, a rayas. El texto al pie del dibujo decía: “Amor es... no ser tan res”. Puntadas de la Niña: no ser tan res, no ser tan bestia, tan animal como para dejarse atrapar y permanecer tras las rejas.

“¡Qué de volón se pasa el tiempo!”, pensó, y enseguida pegó un brinco y se descubrió sentado a la orilla del lecho. “Qué güey”, sonrió, “clarito sentí que había gritado; chida esta motita... Chida”.

Volvió a chupar la punta del pitillo y se inclinó sobre la radiograbadora para accionarla. Las trompetas de la Sonora Santanera se desparramaron por todos los rincones de la habitación; soltó el humo y tarareó acompañando la voz que la bocina arrojaba:

Todo México me ha visto
calle arriba y calle abajo;
por doquiera te he buscado
en mi desesperación...

La gata se levantó y fue a pulir sus uñas en la pata del ropero de lunas resquebrajadas que ocupaba la mitad de la pared; el ruido que producía hizo que Ronco Rugidor evocara el banco de carpintero donde alguna vez trabajó en la cárcel: un serrote cortando una tira de oyamel, una lija devastando la cabeza de un tornillo, la lija puliendo la cara de un entrepaño...

Camino por Narvarte,
la Viga y Coyoacán,
mi anhelo de encontrarte
me lleva al Pedregal.

Te busco por Guerrero,
la Villa y Tizapán,
por la colonia Obrera
y no te puedo hallar...

Elú se pasea por el cuarto, la cola enhiesta; corre a ocultarse bajo la cama cuando el segundo auto (motor fuera de tiempo, petardos por el tubo de escape) anuncia su llegada.

—Qué se me hace que va a haber movida —exclama Ronco Rugidor como si lo hubiese pensado y va hasta la ventana; intenta mirar hacia el exterior a través de la cortina troquelada; le obstaculiza la vista la cerca de tabiques cuatrapeados (uno sí, uno no), pero no lo suficiente como para advertir la presencia de un vehículo blanco y otro azul marino frente a la casa.

—¿Qué transa con éstos, qué traerán? —exclama para sí y se dirige hasta el ropero donde tiene la escuadra calibre 45; la toma y vuelve a la ventana, con la piel chinita por el frío que ya se desató.

No alcanza a distinguir cuántos hombres permanecen en el interior, pero sí ve bajar a uno de ellos y dirigirse al auto, inclinarse sobre la ventanilla y volver a su lugar.

Los motores se ponen en marcha y los dos vehículos parten por donde llegaron.

—Quieto Nerón, no te me pares de uñas que nada pasó —se consuela y coloca la pistola sobre el buró. Airamaná entreabre los ojos y el corazón le brincotea a Ronco Rugidor como conejo desollado en vida; de la entrepierna de ella emana un olor a tierra recién nacida, a mujeres que duermen con la mano en el sexo, complacidas...

Ronco Rugidor lo capta al vuelo mientras, a lo lejos, el ruido de los autos se pierde en el miserable caserío. En la grabadora llega el turno de Bienvenido Granda y su cadenciosa voz:

Ay, vuela-vuela, pajarito
anda, llévame a tu nido
Ay, pajarito, pajarito...

Ronco Rugidor aprovecha para alucinarse seis meses atrás, en la calle, a las puertas del penal, recién liberado, valiéndole

que Airamaná le sonría desde el centro del lecho, cálidamente, mostrando la dentadura blanca y los hoyuelos que se generan en sus mejillas, y diciéndole:

—Te quiero mucho, negrito, bola de chapopote masticado.

Ronco Rugidor no puede evitar que la risa fluya desde el corazón para desgranarse sobre Airamaná como cascada de mariposas que al aletear sobre el cuerpo desnudo de ella le enchinan la piel y le erectan los pezones, oscuros como fresas hartas de sol.

Airamaná, feliz de la vida, no advierte que él no ríe para ella, ni con ella, como tampoco percibe que al apretarse más a su lado y poner la mano que antes descansara junto a sus senos, en el miembro de Ronco Rugidor (ahora con el prepucio arriscado, dejando al descubierto el glande violáceo), éste no responde al tacto ni a la voz que le pide:

—Negrito sandía, dime muchas, muchas picardías. O ya verás. O ya verás...

Porque con todo y risa, Ronco Rugidor está instalado (ay, vuela-vuela pajarito) a media banqueta de la avenida que pasa frente al penal, en una tarde citadina cuyo sol le entra a borbotones por las pupilas; el fulgor le impide ver. Cómo no, si minutos antes, en las oficinas del penal, todo era luz artificial o rayos solares tan prisioneros como él, como la Niña, como todos los demás, los carceleros incluidos.

Ronco Rugidor se encuentra de pie en la calle, deslumbrado por la luz que le brinda un sol que no es el mismo de allá dentro, porque aquél no ilumina a los autos (escasos a esta hora canicular), que ignoran (sus tripulantes) al recién liberado, quien no da crédito —porque así se lo propuso— al hecho de encontrarse fuera de las rejas, de frente al parque; no da crédito.

Prefiere creer que se encuentra en otra sala de la prisión, en un sitio del que nunca nadie le habló, por oscuras razones; una sala para torturar a los prisioneros haciéndoles creer que están libres; y los vehículos, escasos a esa hora del día en que la atmósfera se derrite sobre el asfalto, no eran más —según él— que una escenografía, una película proyectada sobre aquella película (la que muestra el parque) donde macilentos escuincles suben por una escalerilla para lanzarse al tobogán y enseguida adueñarse de columpios y subeybajas y pasamanos, escurriendo gruesas gotas de sudor negruzco a la hora de echar maromas sobre aquella raída alfombra de pasto verde que no podía ser, según la lógica que la cárcel le había impuesto, más que producto de otro verdor: el de la mariguana, que pese a todo su poder nunca le hizo olvidar el lema: “Ver, oír y callar, si las quieres cotorrear”.

Ronco Rugidor veía, oía... callaba.

—Que se rían a mis costillas —pensaba—. Que crean que creo me dejaron libre nomás para que Airamaná me canturree: “Negrito sandía, dime muchas picardías... o ya verás...”.

Ahora ya sabe que está libre y con ella a su lado, desnuda y desperezándose, pero hacía seis meses no lo creyó, a pesar de que se sintió sofocado al tomar de encima de su litera la boleta donde se le comunicaba su libertad, puta madre:

—¡Libre, libre, libre-libre-libre! —gritó al terminar de leerla y ante el regocijo tristón de la Niña y del Deivid que le escuchaban el corazón desbocado, y le ofertaban un toquecín de mariguana:

—La bachita aunque sea, mi buen, nomás la bachita puedo ofertarle ora que se nos va, porque ya ve que orita anda gruexa la resaca, pero pus ai le va, como despedida, mi Rugidor, porque pus ya sabe: quién nos garantiza que usted y yo, ambos dos,

volveremos a vernos allá en la jaula grande, chanchota, chanchísima, que es la calle.

Y entonces a Ronco Rugidor le temblaron las piernas, las rodillas le entrechocaron y luego, ya de salida, ni siquiera sintió el peso de aquella bolsa que le entregaron, la misma en que siete años atrás quedaron, tan prisioneras como él, sus escasas pertenencias: la camisa, el pantalón, los zapatos todavía con lodo de la colonia; ni siquiera, afuera ya, recordaba que se había desnudado en la celda para ponerse un pantalón color caqui, unos calcetines de costura en la punta de los dedos, y una camisola de manga corta del mismo color que el pantalón.

Tom-tamtam-tom: Bienvenido Granda, *el Bigote que Canta*, y la grandiosísima Sonora Matancera están ahí, con él volcado en sus recuerdos, diciéndose como seis meses antes que no es cierto, es mentira, es pura piña: no estoy libre, es una finta y ahorita vienen por mí. Aunque no lo deseaba.

Por eso, cuando sintió una mano posándose sobre su hombro, todo su ser se hundió: ya estuvo, de nuevo p'atrás, si estaba convencido de que aquella boleta, aquella despedida de sus cuates, el toque que le ofertó el Deivid, el llanto de la Niña y el dibujo pirograbado, eran pura falsedad, mentira que me fueran a dejar libre, nomás me cotorrearon, ¡me la hicieron gacha, ésos, éésssoooss pinchiiis culeeroos ojeeteesss, jijos de su puta madre: nunca voy a salir de aquí, nunca he salido y por eso chinguen todos a su madre, al fin que ni quería!

Y los autos siguen pasando por su memoria, frente a la avenida, cuando Airamaná lo saca, lo desconecta del alucine mariguanero, lo devuelve al cuarto donde Elú lo mira con sus profundos ojos grises:

—¡Qué te pasa, negrito: qué te pasa! —le grita sacudiéndolo, afianzándolo por los hombros.

Ronco Rugidor suda, tembloroso mira hacia el cielo raso, el humo del cigarrillo es bola de billar que rebota por todas las bandas hasta detenerse, y entonces pasa la diestra por su frente sudorosa y sonríe explicando:

— Uta madre, me puse hasta atrás! —y se inclina nuevamente sobre la grabadora, bota la cinta y coloca otra con boleros y cumbias—. Me puse a flotar, reinita, no te aflijas. Ya estuvo, orita me aliviano.

Entonces Airamaná se levanta:

—Qué susto me pegaste, malvado negrito —dice y se dirige al baño cuya puerta da a la recámara. El  juguetea con las barbas de la colcha roja que cuelgan al pie de la cama. Los últimos rayos del sol vuelven bochornosa la atmósfera de la vivienda.

II

Mientras se sirve otro trago, Ronco Rugidor escucha orinar a Airamaná, y se imagina que el torrente ámbar le cubre el alma de c ldido placer. Empina el contenido del vaso y en su cerebro (caja de ecos, ecos, ecos) la escucha pidiéndole que encienda el boiler para darnos un baño calientito, y él accede y se va respondiendo orita voy, bolita de luz de luna que sale de día, y al paso da un trago a pico de botella y saborea el sabor dulzón del ron y sale al patio.

—Abre las llaves para ver si no te falta agua —grita sin importarle que la llovizna perle su cuerpo desnudo.

—Pon la bomba del agua, porque me cae pura caliente
—grita Airamaná, y él obedece. Y se queda viendo la flama del calentador de gas, lelo, hipnotizado.

III

En el punto donde la llama es más roja aparece su padre, Ezequiel: entra a la casa donde crecieron Rodrigo y sus hermanos, seguido por dos agentes judiciales que le apuntan al muchacho con sus armas, mientras el que seguramente los comandaba le ponía a él, Rodrigo, diecisiete años, la punta de una escuadra calibre 38 súper en la columna, diciéndole:

—Eso, eso: así queríamos agarrarte pichoncito: limpiándote la cara. Pero levanta las manos, porque el resto de la mugre se te va a quitar allá adentro, jijo de la chingada, y eso quién sabe, porque lo puerco ya lo trae uno de nacementa.

Los acompañantes del policía decidieron cachearlo sin separar el revólver de sus vértebras, y sin cesar de hablar, como si temieran el silencio, le ordenaron: que abras las patas, güey, y Rodrigo (ya para entonces Ronco Rugidor) hizo el intento de quitarse la espuma del jabón que le escocía los ojos...

Ahora, el sol que le impedía reconocer el rostro de quien le sujetaba el hombro: su abuelo, quien de pie ahí, en la calle, lo esperaba desde hace tres horas.

Pero Rodrigo ni se acordaba de él, tan empeñado estaba en descubrir y no sorprenderse por las triquiñuelas de los celadores, quienes seguramente lo arrastrarían aunque no escuchara orden

alguna qué obedecer, pero para qué, si ahí estaba la mano sobre el hombro, y el recuerdo de Ezequiel tratando de sostenerse en pie, increpándolo con notables señas de embriaguez:

—Si te lo dije, hijo de la chingada, que ibas a terminar mal —azuzando a los agentes que más se envalentonaban y le descargaban puntapiés en las espinillas sin hacer caso a los ruegos de doña Juana, su madre, que trataba de detener los golpes diciendo:

—Pero si él no ha hecho nada malo, se los juro por la Santísima Virgen que está de testigo —y hablando y jurando hacia lo posible por enjaretarle una camisa, la misma que a la salida del penal le darían prisionera en una bolsa de supermercado que alguien, tan anónimo como los que serían sus compañeros de crujía, le proporcionó antes que cambiaran sus ropas de calle por el uniforme de la prisión.

IV

Alguien, melodiosamente, le ordena con tono de sugerencia:

—¿No quieres tallarme la espalda, negrito?

Y Rodrigo, alias Ronco Rugidor, contesta:

—Va, va, guan moment plis, cosita.

Cosita. La palabra queda suspendida, y a ella le agrega: Cosita, si supieras el susto que me paró el abuelo; la desconfianza fue desapareciendo: total, si voy de nuevo para adentro, ¿cuál es el pedo?

Eso piensa y le da valor para reconocer el brazo que lo aprisiona, y siente que desfallece cuando por fin la luz le trae el rostro del abuelo, nada era mentira, ¡voy con la libre! ¡Abuelo,

abuelo, qué bueno que vino! Y el abuelo, apesadumbrado, con sendas lágrimas en los ojos al tiempo que retira la mano de su hombro y agacha la cabeza diciendo:

—¡Ay muchacho, ay muchacho! —quizá comparando el recuerdo que tenía de su nieto el mayor cuando ingresó a la cárcel, con esta presencia que sigue siendo del mismo hombre pero más embarneado; no, viéndolo bien no es el mismo que al entrar en el penal no acababa los dieciocho años, pero igual ingresó con los adultos: cuál tribunal para menores.

El viejo no dice nada, sólo se le ocurre estrujar el sombrero de palma con sus manos callosas y entonces, sólo entonces, Rodrigo (el Ronco Rugidor que con otros siete de su misma edad fueron apañados, poco a poco, paso a pasito), abandona los recuerdos y reacciona al grito:

—Prieto cambujo, ¿qué esperas para meterte al agua? No le tengas miedo.

—Ja, Cosita. ¿Miedo yo, miedo al agua? Ja... —exclama Ronco Rugidor y corre a reunirse con ella bajo la regadera.

V

Cuando dio vuelta a la esquina, Ronco Rugidor sintió que las piernas se le aflojaban. Estaba cerca de su casa y la doble sensación de vacío y deslumbramiento persistía. Por si fuera poco, la congoja ascendió hasta formarle una burbuja amarga y reseca en la garganta. El polvo de la calle se levantaba a cada paso,

volvía pardo su calzado, tosco y barato pero nuevo, obsequio del abuelo, único familiar que fue a recibirlo.

El abuelo Venado, en siete años devastado por siete años. En el rostro arrugado destacaban sus ojos negros de perro triste y el gran bigote ahora entrecano. Como siempre, mantenía las mandíbulas apretadas. Vestía una raída chamarra y pantalón de mezclilla azul marino, playera blanca y sombrero de palma. Pero todo el conjunto le quedaba holgado, como si pendiera de una percha.

Quién sabe cuántas horas llevaría de pie ahí, firme a la salida del penal, y las arrugas —que parecían trazos de gis blanco sobre la piel oscura— destacaban con la luz del rojizo sol del atardecer.

—Toma —dijo Venado—. Si quieres vamos a buscar un guáter público para que te cambies. Acabo de ver unos aquí, atrasto —y le tendió una cajita de cartón; Ronco Rugidor, a su vez, le entregó la bolsa de papel en la que llevaba sus escasas pertenencias: un cristo de papel maché, un dibujo pirograbado con la frase: “Amor es... no ser tan res”, un cenicero con la bahía de Acapulco impresa a todo color en el fondo de cristal, un ejemplar del Nuevo Testamento y un fólter donde guardaba diversos documentos, incluido el de su liberación.

—Gracias, abue —susurró y no pudo evitar que sus brazos fueran hasta el cuello del viejo y lo estrecharan. Conmovidó, el abuelo correspondió al abrazo, y las lágrimas afloraron a los ojos de ambos. Otras personas que aguardaban frente al portón de la aduana, encucilladas o con la espalda recargada sobre el muro de concreto, apenas si los miraron, y volvieron a ensimismarse.

Cuando se separaron, ambos secaron sus lágrimas y desde ahí, Ronco Rugidor tuvo la doble sensación de vacío y deslumbramiento. La primera, por el mundo de encierro que dejaba

tras de sí. La segunda, por el retorno a la calle que desde hacía siete años no veía.

—¿Ya no te has enfermado de la garganta? —preguntó el abuelo Venado, a quien desde pequeño y por su dificultad para pronunciar la “r”, Ronco Rugidor llamaba así, por elemental deformación de Bernardo—. Porque tu abuela te mandó unas gorditas rellenas de chicharrón y con harto chile, no te vayan a raspar. Si quieres, buscamos una tienda para que compres un refresco. Por cierto, ten este dinero —dijo y le extendió unos billetes arrugados. Ronco los cogió.

—No, abuelo, me siento sano. Pero al ratito me las como. Primero me quito esta ropa — eligió Ronco Rugidor y echaron a andar...

Ronco miraba hacia todos lados. El aire, la luz, le parecían distintos. Y sin embargo, eran los mismos que respiró en el penal hasta hacia unos minutos.

—Te ves más espigado, hijo —dijo Venado luego de verlo caminar unos pasos delante de él—. Y más clarito.

En efecto, las facciones de Ronco Rugidor eran menos morenas. El pelo corto seguía siendo un poco ondulado. Se conservaba fornido, pero sin grasa. Y se comía con la mirada todo el paisaje urbano: los autos de alquiler que se disputaban el pasaje, los autobuses apretujados, las banquetas cuyas coladeras eran trampas para el peatón; inhalaba cuanto aroma llegaba hasta él y sentía que era delicioso.

Llegaron a los guáteres públicos, pagaron por el servicio y a cambio recibieron un cuarto de plana de periódico a modo de papel higiénico, y entraron. Aunque desde la mañana no vestía el uniforme, sentía que sus ropas llevaban impregnado el aroma del encierro. El abuelo, previsor, le llevó loción y desodorante para las axilas:

—Es para que perfumes la cueva del zorrillo —lo embromó.

Rugidor quería salir cuanto antes de ese sitio, el guáter, que lo asfixiaba con su aroma amoniaca, quemante, así que se frotó con energía, cambió la camisa y los pantalones color beige, tiró los calcetines y se echó encima la chamarra de pana.

—Listo, Venado. Gracias por todo. Deveras.

A Venado los ojos se le llenaron de lágrimas, pero con su paliacate las enjugó en un golpe certero. Fueron hasta la esquina, en la tienda compraron cigarros; Ronco ingirió el alimento enviado por su abuela y se fueron a fumar mientras esperaban un camión o un taxi.

—Qué piensas hacer —preguntó Venado.

—A ver —respondió Ronco Rugidor mientras miraba a una parvada de estudiantes de secundaria revolotear, levantaban polvareda alrededor de un par de rijosos que se tiraban trompadas y puntapiés al otro extremo del parque—. ¿Ya nos vamos, abuelo? —dijo y se levantó sin esperar respuesta.

VI

—Ojalá que ya agarres experiencia, hijo, y que de algo te haya servido esto —dijo el abuelo cuando viajaban en el auto de alquiler. Estrujaba con nerviosismo el sombrero y los bigotes zapatistas se le movían a izquierda y derecha, derecha-izquierda.

Flaco, de rostro enteco y café caoba, el taxista no les quitaba el ojo de encima: Cabrones, ese truco del viejito y el chavo

ya me lo han hecho, pero conmigo se las van a pelar, cavilaba y a hurtadillas acariciaba la cache de su pistola, una Colt 38 Super.

Comenzaba a oscurecer cuando le hicieron la parada. Anocheció cuando llegaron adonde el pavimento comenzaba o terminaba, según se fuera o se viniera. Entre tumbos y sacudidas, el taxista lanzaba maldiciones e incrementaba su nerviosismo.

Ronco Rugidor se asombraba de los enormes cambios que su terruño había sufrido. El recién instalado alumbrado público destacaba más la miseria. Un rock rasgaba el silencio y acallaba el ladrido de los perros, los gritos de los chiquillos, el sonido azul eléctrico de un televisor, las maldiciones de un borracho, las palabras de amor de él a ella y de ella él.

El aire llevaba aromas de café colombiano y frituras sobre el comal de un taquero; de quesadillas y tamales, flanes y elotes cociéndose dentro de un cazo; perfume de peluquería y enjuagues de salón de belleza y cerveza en la cantina y agua bendita en la capilla incensada; un mercado entre las sombras hiede a podredumbre, a cadaverina. No hay panteón. ¿A qué olerán los muertos?

Frente a la iglesia, los humeantes puestos de antojitos se multiplicaban.

—Nomás saludo a mi abuela y voy a mi casa, Venado.

—Ai tú verás —musitó el viejo y carraspeó.

Le urgía ver los restos del hogar. No lo creía. Sus papás divorciados. Sus hermanos viviendo donde podían. Los animales muriendo de hambre, con excepción de las perras: todas las perras, tres, estaban criando. Sólo la casa del abuelo parecía no haber cambiado. El taxista paró frente a ella, descendieron los pasajeros y recibió un billete del abuelo; sin decir nada comenzó a virar en reversa.

—Oye recabresto: falta el cambio —le dijo Venado al conductor.

Ronco dejó de embelesarse ante la fachada y se volvió justo cuando el taxista frenaba para cambiar la reversa. Asomó por la ventanilla para respaldar el reclamo del anciano, pero se topó de frente a boca con el revólver del taxista:

—Sésgate, ratero hijo de la chingada —dijo el conductor mirándole con sus ojillos rasgados, brillantes desde abajo del lacio fleco—. Sésgate o te plomeo. ¡Cúchila!

Ronco Rugidor retrocedió con el estómago encogido y la ira contendida. El abuelo pensó que Ronco recibía el cambio del billete, así es que ya se daba a la tarea de abrir el zaguán cuando escuchó a Ronco lanzar mentadas de madre y correr tras el pequeño auto compacto que sorteó los baches a toda velocidad hasta perderse a la vuelta de la esquina.

—Se peló con el dinero —escupió con coraje y polvo.

—Mierda se le ha de hacer, muchacho —dijo Venado mientras con el sombrero en la mano le señalaba el entreabierto zaguán.

A MANERA DE EPÍLOGO

GRACIAS POR LAS FOTOS, QUERIDA

Abrí el correo y me sorprendí. Gracias por las fotos, querida Ximena, saliste muy guapa, inteligente, simpática, amable, seriecita, jacarandosa, bullanguera y tropical, justo como deben ser las nietas cuando mandan fotos a su abuelo, perdido en el laberinto de la ciudad hasta que encuentra al gusano color naranja que lo traslada desde el lago donde habitan la gallareta y la culebra de agua vestida de rombos verdes y cafés, hasta la fuente de las piedras de azúcar con nueces, almendras, caramelos y pimientas con sabor a gelatina, aburrido de los sapos que croan como toros aunque añora luego a las mariposas verde limón y las babas del diablo, gigantescas telarañas que volaban entre los tulares turquesa buscando a los niños que luego serán abuelos, para enredarse en su cara sólo para que ellos lamieran unos a otros sus rostros cubiertos por tantos hilos de azúcar blanca.

¿Te gustan las gelatinas de pimienta? Sólo debes comer un miligramo, porque una vez me comí una entera, y aunque llevaba chochitos de colores y franjas de cáscara de mandarina horneada con gotas de lanolina, estornudé tan fuerte que fui a dar al desierto de Sonora querida, tierra consentida de dicha y placer. En nada se parecen el desierto y el lago. Agua fresca y arena quemante. Cielo azul surcado por aviones que flotan en el viento fresco, contra sol soleado que asuela la inmensidad y

nutre a los sahuaros y a las uvas y al trigo y a las anaranjadas naranjas y calienta el rico mar de la bahía de Kino, qui sí, Ki no.

En el desierto, un lagarto de Gila (medio hambreado el pobre) quiso meter el diente entre mis carnes, pero andaba yo tan flaco (porque ya era yo entonces abuelo de los de verdad) que el lagarto nomás mordió el aire y sus mandíbulas sonaron como castañuelas tocando el tipitipitín, tipitín, tipitipitín tipitón, todas las mañanas bajo tu ventana canto está canción, ton tonmmm... Pobre lagarto, se puso a llorar, sacaba la lengua, castañeaba los dientes, bailaba un danzón, se dio un tropezón y le sangraron los juanetes. A querer o no, me dio risa, me devolvió una sonrisa y prefirió cantar: Yo no fui, fue Teté, pégale, pégale que ella fue.

Quiso el lagarto mostrarme cariño a lengüetazos, pero del puro miedo me hice tan ligerito que me fui volando en compañía de miles de semillas de diente de león, alegres porque al fin abandonaban las fauces del rey de la selva. Muy alegres, sí, porque no era muy grato eso de vivir entre el aroma de conejos desollados, urracas desplumadas, ciervos que pasaban entre los dientes para dormir en la barriga del melenudo rey, que sufría gastritis, dizque enfermedad de reyes porque los muy bueyes comen astados con todo y cornamenta: dizque les sabe a menta y les refresca el aliento: te juro que no miento, me lo dijo Leonardo que vive en el zoológico, lo cual que me parece lógico si su playera dice: “Visite Etiopía, sobre todo al Mediodía”, cuando a los leones les ruge el hocico y el cagalar, cosa que muy monos niegan, aunque no saben hablar (eso se les ve al andar, pero más al eructar: ¡joder, la barriga y su trasiego producen gases que al olerlos dejan ciego!).

En el cielo y entre el viento me mecía como abuelo jacarandoso y platicador con los dientes de león, que se maravillaban

por los cientos de parvadas de aves que hallamos durante el vuelo: golondrinas rumbo a las tierras del sur, sur profundo, por sureño y por rotundo, para nada se nortea; palomas blancas, pintas y tornasoladas que viajaban rumbo a las ciudades para anidar en lo más alto de los edificios y criaban pichoncitos vestidos con plumaje como de terciopelo, pero nada, nadita de pelo, que por eso son polluelos; águilas y aguilillas que habitaban en picachos hasta donde, en ocasiones, llegaban los chanchos, chonchos chanchos que marranos, puercos, cerdos y hasta cuinos les dice la gente, ah, esa gente tan imprudente que cuando el chanchito ya está choncho, lo mata, cocina y mete el diente.

El vuelo de los colibrís siempre me marea, porque al ver cómo agitan sus alas la panza se me menea, se me revuelve y envuelve como madeja de hilo multicolor, que a pesar de todo me da mal sabor y guácala con la guaca, que la panza me alborota, se pone enorme y grandota y tengo que aletear fuerte, fuerte para no dar un zapotazo que me lleve al suelo, inerte.

Tú lo sabes, Ximena: los abuelos ya no somos fuertes (pero si guapos y jodones, a veces hasta mandones y lloramos si la mente se entretiene con la Muerte, que aunque flaquita y en los huesos es gente muy, muy pudiente, huesitos que yo respeto desde que vestía de peto); aunque gordos y panzones, a los abuelos la timba hace chiquitos los chones, y los chones de abuelo, con bolitas verdes, blancas y amarillas, ya no llegan a las costillas y a los abuelos el frío les da temblorina, les afloja hasta la orina y a veces hasta con el doktor acuden pa' que les de *medecina*.

Pobrecitos los abuelos, sobre todo si el frío los ataca en el vuelo. Sólo son felices cuando las nietas bonitas les mandan fotos al cielo y con letras muy bonitas, de algodón y pan de huevo, escriben cartas bonitas que firman muy modositas y agregan una posdata: "Te quiero mucho, agüelo".

Yo también, Ximena, aroma de hierbabuena, manitas como de cobre, lagrimitas de agua salobre y risa chisporroteante que se pone guantes de ante para besarme la frente y que deje de lamentarme porque en un vuelo rasante un pedito muy silbante se me escapó de repente y caí en un elefante y muchas historias pasé: te las contaré más adelante.

Índice

7	Prólogo, <i>Josefina Estrada</i>
	<i>Ya somos muchos en este zoológico</i>
17	A modo de introito. Guía de lectura
27	¿Qué tiene Nina, mami?
37	Amores fingidos
49	Tepalcate de piñata
59	Terrompotucotón
67	El Indomable... casi
77	Como de novela
91	Canciones infantiles
103	Un gato loco en la oscuridad
117	Oscura sonrisa de alegría
133	Ya somos muchos en este zoológico
137	¿Me explico?
145	Julieta
155	Entre amazonas
165	Estarás en tu casita, con cara de perro

169 Gallofero

185 A manera de epílogo. Gracias por las fotos, querida

ya somos muchos en este Zoológico

de Emiliano Pérez Cruz, se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S.A. de C.V., con oficina en Otumba núm. 504-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, Toluca, Estado de México, C.P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación: Iván Emmanuel Jiménez y Guadalupe Itzel Galán Henríquez. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor. Supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez. Editor responsable: Félix Suárez.

